

99TH NOVELA



LA PIEL DESNUDA

PATI BLASCO

UNA HISTORIA ENVUELTA EN UNA ATMÓSFERA
CRIMINAL Y POÉTICA QUE NOS HABLA DEL AMOR
COMO ÚNICO REFUGIO PARA EL DOLOR

D.J.57

Índice

Portada

Dedicatoria

1. Un domingo cualquiera

2. La página 203

3. El silencio de Edne

4. La Que Ríe Llorando

5. Buenos y malos

6. El niño rey

7. Verano, otoño, invierno

8. El tuerto de Camerún

9. Mudarme de planeta

10. Olvidar el infinito

11. De vallas y muros

12. Enfrentarse a los objetos

13. Los horizontes de Lua

14. El acabose

15. El guardián de tus sueños

16. Vístete sexy para mi funeral

17. ¿Es el rojo solamente un color?

18. El elefante enamorado

19. Primer encuentro

Epílogo De piel y sueños

Agradecimientos

Créditos

Para Sergio, la piel que amo. A tu lado el rojo es mucho más que un color

A Juan, el niño rey, que nos quita las arrugas del corazón

UN DOMINGO CUALQUIERA

Te doy mi alma desnuda,
como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Juana de Ibarbourou

Ni siquiera quería nacer, me sacaron por cesárea casi al décimo mes. A los dos años morí de hipotermia al caer a un río en pleno invierno, permanecí técnicamente muerto varios minutos, pero me recuperé sin problemas, aunque las malas lenguas digan que pisé el otro lado y por eso siempre he tenido un aire melancólico. En los últimos dos años he buscado las formas más eficaces de evasión, y he pensado en cerca de trescientas maneras de suicidarme que nunca he llevado a cabo por falta de valor.

Pero aquel día todo cambió.

Entré al hospital junto a ti y poco a poco me fui incorporando a la espesa jungla de la vida, descubriendo que no había ido a ese hospital a despedirme del mundo, sino a reencontrarme con él.

Voy a empezar por el principio, por el día en que te atropellé.

Era un domingo de enero, el frío entraba por la ventanilla y me golpeaba la cara haciéndome sentir mejor. El taxi corría por la carretera llena de curvas y yo, en el asiento trasero, imaginaba que viajaba en un barco atravesando un ruinoso océano. La resaca no me dejaba pensar con claridad, en la cabeza notaba un dolor punzante y continuo, recuerdo el grandioso amanecer en la sierra. Venía de cenar en casa de Jaime con su padre y su abuelo, una velada entre hombres entrañables a los que agradecía que aguantaran mi patético estado de borracho-nostálgico-empalagoso, al que, por otro lado, ya llevaban dos años acostumbrados. Casi antes de amanecer tuve la necesidad de salir de allí. Sentía

una soledad íntima, una tristeza honda, contra la que nada podían ese aire de invierno ni esa bulla ni esa amigable compañía, que hacían más amarga la soledad.

El taxi me dejó en Moncloa, desde allí iría caminando a casa, pero antes necesitaba desayunar una cerveza. Estaba fatal, llevaba meses sin estar tan mal, supongo que la fecha requería cierta tristeza extra, un derrumbamiento añadido. La cerveza se convirtió en varias rondas leyendo el periódico y cuando salí a la calle ya no tenía resaca, volvía a estar borracho. Para despejarme empecé a caminar sin rumbo fijo, igual que un indigente que busca un lugar donde guarecerse. En el templo de Debod me senté en un banco y creo que me adormilé hasta que los temblores me despertaron, estaba congelado. Decidí comer algo antes de ir a casa. Eran las dos o las tres, ¿tanto tiempo llevaba deambulando? Entré en mi bar habitual, cerca de casa. Pedí una cerveza y un bocadillo y me senté delante de la pantalla gigante, no fuera a darle al camarero por hablar conmigo; no quería hablar, solo evadirme. Empecé a desconectar con la cerveza, el bocata y la peli de la tarde. A veces una película te ayuda tanto a abstraerte de la realidad que, tras los créditos, pareces haberte convertido en un hombre nuevo. Pero precisamente aquella tarde no fue eso lo que sucedió, o quizá sí, depende de cómo se mire.

La película se llamaba *Un domingo cualquiera*, supongo que por la frase que dijo una vez Pete Rozelle, uno de los padres de la gran liga de fútbol americano actual: «En un domingo cualquiera, cualquier equipo podrá ganar a cualquier otro». La primera secuencia sienta el tono de la cinta: un interminable partido tomado desde todos los ángulos posibles, con el rock inundando la banda de sonido y planos fugaces que introducen a los protagonistas. Tony D'Amato es el entrenador de los Miami Sharks, un estratega de la vieja escuela que, tras cuatro años sin que el equipo levante cabeza, vive una mala racha... Nada de aquel viejo apretón de manos para cerrar un acuerdo: tiene que aceptar que no importa quién seas ni cómo te ganes la vida; siempre hay alguien más joven, más rápido y más fuerte que viene detrás de ti. En su inmensa casa no lo espera nadie, solo fotos antiguas de éxitos caducos. Es una historia sobre lo poco que dura el esplendor, sobre los olvidados, los que buscan su sitio en un lugar que ya es de otros, los que envejecen con dignidad y aquellos que se niegan a envejecer... En resumen, «la vida es un deporte violento», solo que no hacía falta una película de tres horas para averiguarlo.

Lloré como un loco con esa historia que, desde luego, no es para llorar. Creo que me derrumbé, que empecé a pensar que todas las historias, incluso las que subyacen en una de las películas más mediocres de Oliver Stone, estaban íntimamente ligadas a mí, porque todas parecían hablar de mí. ¿Sería algún mensaje del más allá? ¿O quizá una jugarreta del destino?

Ahora me inclino a pensar que la tristeza prolongada te convierte en un egocéntrico empedernido.

Lo peor de esos momentos de exaltación del propio amargor no es que sucedan, sino que los presencie alguien que conoces. Aún es peor si se trata de alguien que te conoce desde niño. Cuando las lágrimas salían a borbotones y buscaba desesperado un pañuelo para sonarme los mocos, apareció un hombre que aparentaba mil cien años y me puso la mano en el hombro.

—¡Ángel, cuánto tiempo! ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando? ¿Por qué lloras?

Sin pedir permiso se sentó en mi mesa. Tan tranquilo. Hacía años que no veía al viejo librero de mi antiguo barrio. De pequeño le pedía libros prestados que él a menudo me regalaba diciendo: «Aquí tengo uno para ti, te lo he guardado». Y siempre me contaba historias fantásticas sobre los autores. Me enseñó a amar los libros pero no su contenido, eso fue obra de mi madre. Él me enseñó a apreciar el libro en sí, como objeto, como elemento decorativo, como parte de nuestra colección de vida. El libro envuelve las palabras, mejor que el envoltorio sea bonito. Solía decir que a lo largo de la vida hay que guardar solo los ejemplares que querríamos tener hasta en la eternidad, esos que podríamos leer mil veces, y nunca en edición de bolsillo, por supuesto. Serían parte de aquello con lo que nos gustaría que nos enterrasen si fuéramos faraones.

Siempre utilizaba aforismos, citas y refranes en sus discursos, y no solía tomarse nada demasiado en serio. Hablaba constantemente de sí mismo sin tapujos, incluso de los detalles más íntimos; esto con la edad se le había agudizado, según él, a causa del tiempo que te hace perder la vergüenza. En definitiva, el señor librero era un personaje sacado de otra era, o de otra vida, y se había sentado a mi mesa.

—¡Yo sí tendría que estar triste! Me he divorciado, ¿sabes, joven?

¡No me acordaba!, siempre me llamaba «joven» o «muchacho», y esa frase salida de su voz de ultratumba me hizo retroceder veinte años.

—Me divorcié antes de verano, para romper las estadísticas. —Una sonora carcajada—. Pero no me arrepiento, al revés, además tengo una novieta.

¿Cómo podía tener novia un hombre de mil cien años?

—Como dijo Churchill, cualquiera puede cambiar de partido, pero se necesita cierta imaginación para cambiar dos veces. —Otra carcajada—. Cuando nos casemos será mi tercer matrimonio, aunque con la primera me casé en dos ocasiones... Para una vida no está mal, ¿eh? Siempre digo que habría que vivir dos veces, la primera para aprender y la segunda para ser feliz.

—Seguro que la segunda también la cagas, es lo que tiene la improvisación...

—¡Qué va, chaval! A mí en la segunda no me la dan, y menos dos veces, eso te lo digo.

Esta vez yo también me reí. Hablamos durante más de una hora, la mayor parte del tiempo de cosas sin importancia, supongo que por eso las he olvidado, pero recuerdo que al final de la conversación sentí hacia él una tremenda gratitud. Por su respeto disfrazado de monólogo absurdo, por ese tacto con el que se despidió después de que viniera a buscarle su «novieta», una mujerona mil años más joven que él, rebosante de energía.

Salimos del bar y me escabullí como pude de sus invitaciones para cenar juntos.

Cuando ya se alejaban, como dos quinceañeros, abrazados con pasión a ese amor tardío, se giró y supe que lo sabía. No porque me mirara con pena o compasión, sino por lo que dijo:

—Se ha muerto Kapuscinski, ¿lo sabías? Me siento como si le hubiera conocido...

—Es lo bueno de los buenos escritores, se vuelven como de la familia.

—Por eso, no dejes de escribir. Nunca más, ¿eh, joven?

Me guiñó un ojo y se alejó apretando el culo de su fiera leona.

Quedé solo otra vez. Soplaban un viento helado que me penetraba hasta los huesos, quizá no era frío, sino la noticia de que ese gran escritor ya no estaba, ¿quién me adentraría en los misterios de África? Mientras caminaba hacia casa no paré de mirar el cielo, una noche despejada plagada de estrellas.

Cuando miras al cielo no aprecias lo vivo que está. No imaginas que las estrellas son como seres humanos: nacen, viven y mueren. Lo habitual es que se junten en parejas como estrellas binarias, y si se encuentran a una distancia demasiado corta, su desarrollo individual se ve alterado por los cambios que sufre su compañera. Pero no todas las estrellas tienen compañía: algunas viajan solitarias como nuestro Sol.

Así me sentía yo, con la soledad del sol en esa noche sin luna, alejado del mundo, sin ningún centro de masas en el que orbitar, nada. Solo; borracho y solo.

Ya no era ni polvo de estrellas, yo también estaba desapareciendo.

Entré en casa, decidido a descansar un rato.

Me despierta el roce de su piel desnuda..., me gustaría hacerle el amor, pero no consigo moverme. Se levanta y comienza a vestirse con esa ropa de pana que tanto me gusta, le da un aspecto acogedor e invencible.

—Berta de pana, ¿cuándo has llegado?

—Me quité el disfraz de «Berta contable ordenada», pero estabas demasiado grogui para ayudarme con las malditas botas de tacón que no sé ni...

—Ven aquí... —Se tumba en la cama, con la cabeza apoyada sobre un codo —. ¿Por qué no nos quedamos atrincherados como cuando nos conocimos? Solo leer y follar...

—Suerte que Jaime nos traía comida...

—Y libros...

—Una semana sin salir de casa... ¡Habríamos muerto de hambre!

—Habríamos muerto de amor. ¿Qué te pasa?

Su cara tiene gesto de sorpresa y dolor. Las manos están posadas sobre los pechos, de los que sale un líquido espeso y amarillo, como el calostro para un recién nacido... Berta empieza a gritar.

Me desperté de golpe, sudando. Era yo quien gritaba. Otra vez, otra pesadilla. Pero estoy en su lado de la cama. Sábanas limpias, colchón nuevo, ¿cómo es posible que siga oliendo a ella? Parece que haya estado aquí tendida hace apenas unos segundos. Una alucinación olfativa: igual que ves el rostro amado en cualquier esquina, puedes oler el cuerpo amado en su lado de la cama aunque ya no sea ni la misma cama, solo porque sigue siendo el mismo lado. Menuda locura.

He ocupado por fin su lado de la cama, eso me duele, como una sutil traición.

No tenía valor para quedarme en casa. ¿Qué iba a hacer? Aún tenía resaca, lo mejor para la resaca es otra cerveza. Tras apurarla bajé al garaje, me apetecía conducir. Es curioso cómo una apetencia inocente y estúpida puede cambiar el

destino de diferentes personas.

Casi nadie por la calle, demasiado frío, demasiado viento. Paré en un semáforo del paseo de los Melancólicos, muy apropiado, y me percaté de lo borracho que estaba porque las luces de los semáforos lejanos bailaban como ovnis a punto de aterrizar. Se puso en verde. Entonces te vi y quedé embelesado mientras miraba cómo corrías aprisa por la acera, ¡te parecías tanto a ella! En tu forma de correr y en la manera en que tu melena oscura cortaba el viento... Por un momento creí que ella había vuelto, me quedé hipnotizado por la visión melancólica de un recuerdo que se hace carne.

Sin avisar cruzaste la calle, me miraste un instante, tenía los reflejos adormecidos por el alcohol y no reaccioné.

Mi coche te atravesó como si realmente fueses un fantasma.

Estábamos juntos, el después lo he olvidado.

Walt Whitman

asé sobre tu cuerpo menudo pensando que te habría hecho pedazos. Miré por el retrovisor y te advertí derribada, tus zapatillas de deporte habían volado y estaban unos metros alejadas de ti. Entonces me fui. Aceleré como un bellaco y me largué de la escena del crimen, dejándote tirada en medio de la carretera. ¿Serás capaz de perdonarme? Puede que prefiera que no lo hagas, así cuento con un pretexto para no sentirme tan miserable. Tu misericordia sería demasiado.

No se me ocurre otra cosa que esconder el coche en mi garaje, que está a solo una manzana de tu cuerpo abandonado en el asfalto. Y lo dejo mientras pienso «¿por qué haces esto?». Para que no me pillen. He atropellado a una chica mientras conducía en estado de embriaguez, ¿cuántos años de cárcel me caerían? Pero qué más te da, capullo, si hace solo unas horas querías tirarte por el viaducto. Es cierto, y me aterra pensar que, en el momento de la verdad, la vida siempre prevalece.

Mi cabeza atormentada se hacía preguntas sin cesar y, aturdido, corrí hasta tu cuerpo tendido en la nada. Pero ya no estabas sola, había una mujer a tu lado. No recuerdo gran cosa de lo que pasó después, solo a la señora diciendo que ya había llamado a la ambulancia, y tu móvil que no paraba de sonar, y ese dolor insoportable al comprender que yo era el culpable de que alguien pretendiera hablar con un cuerpo inmóvil, probablemente un cadáver.

Llega la ambulancia y continúo paralizado a tu lado, sin saber qué hacer ni qué decir.

Con eficacia y rapidez te suben a una camilla y me dicen que te llevan a urgencias, al hospital Clínico. Preguntan si soy familiar, respondo que no, soy un amigo. Antes de que te vayas me dan tu móvil, que es lo único que llevas encima. Subo al primer taxi que pasa. Casi cuando acabo de decirle al taxista que vamos al Clínico, tu móvil vuelve a sonar, parpadea el nombre de Ana en la pantalla. No sé por qué se me ocurre coger la llamada, pero no digo nada, solo descuelgo el teléfono. Entonces escucho a tu hermana, que habla apresuradamente, como si tragarse las palabras alimentara.

—¿Sofía? Joder, llevo dos horas intentando localizarte... Mamá no para de preguntarme dónde vamos a comer mañana. Sofía, ¿estás ahí?

Carraspeo un poco, y digo la primera gilipollez que se me pasa por la cabeza.

—Soy Ángel..., un amigo de Sofía. Ahora no se puede poner... Ya, es que tampoco te puede llamar. —¿Por qué estoy tan espeso?—. No, mira, lo que pasa es que la han atropellado y... No, tranquila. —¡Maldita sea, no tenía que haber cogido el teléfono!—. No ha dicho nada, estaba inconsciente... Tranquila, Ana, no llores, se va a poner bien... No, no me lo han dicho... Los de la ambulancia no saben nada... Sí, a urgencias, al hospital Clínico... Vale, ahí nos vemos.

Cuando colgué ya sabía de sobra que estaba metido en un buen lío. El taxista parecía preocupado, miraba con lástima mi cara sudorosa y mis ojeras.

—Tranquilo, seguro que se pone bien, atropellan a más gente de la que cree.

Como si eso fuese un consuelo. Me quedé un rato pensativo, decidiendo si debía contestar al hombre o no. Soy de los que hablan con todo el mundo: con los camareros, los que aguardan el autobús, los que se sientan a tu lado en una sala de espera..., pero hoy no me apetecía hablar. ¿Cómo podía haberme ido? ¿Qué tipo de persona hace eso? Al taxista parecía darle igual que no le respondiera, no dejaba de hablarme del número de atropellos que habían acontecido en Madrid el pasado año...

—¿Y sabe que en el ochenta y cinco por ciento de los casos se dan a la fuga? Si es que no puede ser, hay que ser miserable...

Ciertamente, si no fuera porque tenía un nudo en el estómago y me esforzaba por mirar al centro de la carretera para no vomitar, habría roto mi pacto de silencio. El taxista era un tipo como mínimo asombroso y eso, en los tiempos que corren, ya merece la pena. Creo que en todo el trayecto lanzó como dardos millones de cifras estadísticas sobre asuntos totalmente disparatados. Que

si se había demostrado que los hombres se tiran menos pedos que las mujeres, y que el noventa por ciento de la gente no piensa en la persona con la que está follando justo en el momento del orgasmo...

En cualquier caso era tranquilizador, por lo menos, pertenecer a ese diez por ciento. Supongo que se sentía seguro entre cifras y números.

Me dejó en la puerta de urgencias del Clínico, tras desearme suerte. Cuando entré a ese hospital antiguo, digno de una película de terror, con esos techos altos, los pasillos inmensos, las puertas amarillentas y los suelos de mármol..., no sabía qué decir ni por quién preguntar. Entonces pasaste a mi lado en la camilla, tú también acababas de llegar. Al cabo de un rato el enfermero de la ambulancia me llevó ante el mismísimo Drácula de los cuarenta, Bela Lugosi. Ese médico pálido y de mirada esquiva tenía la cara más triste, la voz más triste, era la persona más triste que había visto en mi vida, y creo que no dijo casi nada que yo fuera capaz de entender. Insistió, al comprender que no era de la familia, en que no podía decirme mucho, solo que el estado vital de la paciente peligraba.

Tomé asiento en esa sala de espera, no sé por qué. Lo normal hubiera sido irme, dejarles tu móvil y largarme de allí, pero la curiosidad es lo único que me ha mantenido vivo estos dos últimos años, así que me la tomo muy en serio. Tú me proporcionabas demasiados misterios que necesitaba resolver, demasiadas culpas que expiar.

De todas formas, antes de que pudiera reflexionar sobre por qué estaba allí esperando, entraron. Eran seis: tu madre, tu hermana mayor, sus dos hijas y una chica negra con un bebé en brazos.

Iban como un batallón de paso firme y ligero hacia el pobre Bela Lugosi, que no sabía con quién se la jugaba. Después del parte médico, tu hermana y sus hijas se sentaron junto a mí. Ahora sé cuál fue la razón de acercarme a Ana: no es solo que hubiera hablado con ella por teléfono, más bien se trata de que en su físico, en su voz, en su manera de moverse y hablar... transmite una promesa de cercanía entrañable. Sonríe, parece realmente feliz o a gusto consigo misma y tiene mucha calidez, te toca en seguida, te habla como si realmente la conocieras desde siempre. Además, la candidez inocente, y un humor sencillito de bromas y risas fáciles. Es imposible que no te sientas cómodo en su compañía. Pero eso lo descubrí con el pasar de los días. Esa noche solo me acerqué y le dije:

—¿Ana?

La hija de trece años que jugaba con su hermana de seis, como una madre en miniatura que quisiera distraer a su pequeña de la desgracia, me miró con curiosidad. Sin embargo, la que me preguntó fue la pequeña de ojos negros

parecidos a los de Ana.

—¿Quién eres?

Su madre aprovechó para apartar las manos en las que escondía su atractivo rostro, agachado por el desconcierto.

—¿Eres el amigo de Sofía? ¿El que tenía su móvil?

Le tendí el teléfono asintiendo.

—Soy Ana, la hermana de Sofía. ¿Estabas con ella cuando la atropellaron?

—No, no... Vivo cerca y dio la casualidad de que pasaba por allí y la vi en la carretera...

—¡Qué suerte ha tenido de que pasaras! El enfermero dice que cuando llegó le estabas haciendo el boca a boca y que eso ha ayudado a que no esté... —Miró a las niñas, que la escuchaban atentamente, y cambió de tema—. ¿De qué la conoces?

La pregunta me pilló desprevenido. No recordaba haberte hecho la respiración, solo a la señora que lloraba mientras no paraba de gritar que había oído un disparo, y la ambulancia..., pero de pronto todo me vino a la mente. ¡Era cierto! Tu sabor salado, tan parecido al de Berta cuando veníamos de correr, y las mallas ajustadas, y las zapatillas lejanas... Uní todos los datos y contesté lo primero que se me ocurrió, con tal seguridad que no me sorprende que me creyeran a pies juntillas.

Al fin y al cabo, hubo un tiempo en el que yo era fantástico contando historias.

—A veces salimos juntos a correr, ya sabes, es tan aburrido correr solo... Nos cruzábamos a menudo en el parque del Oeste y de tanto vernos nos dio la sensación de que nos conocíamos. Un día, estirando, empezamos a hablar y hemos quedado unas cuantas veces desde entonces...

—¿Así que tú eres tan inconsciente como ella? —me espetó tu madre con una voz casi masculina, tan autoritaria que estuve a punto de ponerme firmes. La chica negra se sentó al lado de Ana—. Le he dicho a mi hija mil veces que salir a correr de noche, por la ciudad, es muy peligroso. ¡Con la cantidad de accidentes que hay! Pero como siempre hace lo que le da la gana...

—Mamá, no digas eso... No es un accidente, ¡han intentado matarla!

Ana lanzó a su madre una mirada de reproche y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, gesto del que esa mujer mayor, de voz grave y cuerpo fuerte, no solía abusar. Sus facciones hermosas pero con demasiados ángulos casi nunca se dejaban llevar por el llanto, no iba con su carácter práctico y firme, capaz de sacar adelante tres hijas y un negocio. Pero esa es otra historia.

Lo importante es que descubrir que el atropello de su hija quizá no se trataba de un accidente hizo que esa noche los ojos se le llenaran de lágrimas. Lágrimas que, en cualquier caso, la ablandaron un poco.

—Disculpa, no nos han presentado —me dijo intentando disimular su congoja—. Yo soy Mila, la madre de Sofía...

—Ángel, amigo..., bueno, conocido..., hacemos *footing* juntos.

Ana me echó un cable. Empezaba a desvariar, ¿seguiría borracho?

—Es el chico del móvil, el que la ha salvado...

Esa descripción de héroe benévolo reactivó las punzadas de culpa que casi habían desaparecido al dejarme llevar por la emoción del momento.

—Ah, vaya, muchas gracias... —Ahora se dirigió a su hija—. No nos van a decir nada hasta dentro de unas horas. ¿Por qué no llevas a las niñas con tus suegros? Este no es un buen sitio para ellas...

Ana asintió y todos permanecimos en un silencio consternado, hasta que tu sobrina, la pequeña Lua de ojos casi transparentes por su negrura, volvió a preguntar:

—¿Sofía va a estar aquí toda la noche?

—Sí, cariño, me temo que sí —respondió tu madre con una dulzura que sonaba aún más tierna en su voz grave.

—¿Y qué pasa con *Ultra*?

Lua estaba a la vez ilusionada y preocupada.

—Bueno, cariño, pues tendrás que cuidarlo tú, ¿no, Ana?

—¿Quién es *Ultra*? —pregunté con una curiosidad impertinente a la que respondió Celia, la niña de trece años que aún no había abierto la boca.

—Es el gato de Sofía. Se lo encontró en la Estación Sur. El pobre estaba abandonado, se lo llevó a casa y le puso de nombre *Sur*... A veces ataca, sobre todo si te levantas al baño por la noche. Espera justo al lado de la luz y se tira a por tu mano, mira. —Me señaló una cicatriz en la muñeca—. Esto me lo hizo él... Así que le cambió el nombre y le llamó *Ultrasur*. A veces es muy juguetón y cariñoso.

—Mamá, me da un poco de miedo ir sola a su casa, con las niñas... Si hay alguien o yo qué sé —dijo Ana en voz baja.

—Seguro que a Ángel no le importa acompañarte, ¿verdad? —ordenó tu madre, como si de una sugerencia se tratase.

—Por supuesto, lo que pasa es que no tengo coche.

—Tranquilo, vamos en el mío.

Salimos de la sala deprimente dejando a tu madre allí sentada, con la silenciosa Edne custodiándola.

Subí en el coche de Ana y nada más arrancar sonó su móvil. Las niñas empezaron a gritar «¡papá, papá!» entusiasmadas, y tu hermana puso el manos libres para hablar con Tomás.

—Lo siento, Ángel, es que llama desde Darfur, ¡allí es tan difícil que pueda contactar!

Descolgó y su voz preocupada se llenó de ilusión.

—¡Cariño! ¿Cómo estás?

La voz de Tomás llegaba con un poco de retraso y con un timbre extraño, como si estuviese resfriado.

—Bien, amor, bien. ¡Qué alegría oírte! ¿Están ahí mis pequeñas?

—¡Hola, papi!

Gritaron las dos niñas como si pretendieran llegar a Darfur sin necesidad de la línea telefónica. Ana sabía que había poco tiempo y se apresuró a darle la mala noticia.

—Tomás, tengo algo que decirte..., han... —La voz de Ana se quiebra— atropellado a Sofía y está en el hospital.

Dos segundos después, Tomás responde, muy nervioso.

—¿Cómo está? Pero... ¿quién ha sido?

—Pues no lo sabemos porque se dio a la fuga, pero yo estoy segura de que han sido ellos. ¡Han intentado asesinarla! Ella está muy mal, Tomás... Voy a dejar a las niñas en casa de tus padres, ¿vale?

—Claro, claro, ten cuidado, ¿eh? ¡Hijos de puta!

Tomás parece furioso. Es horrible cuando estás a miles de kilómetros, te dan una mala noticia y lo único que puedes hacer es encajarla lo mejor posible.

—Cariño, las niñas están aquí. ¿Por qué no hablas con ellas?

—Sí, claro, pero... vuelvo en seguida, eh, en cuanto pueda estoy ahí, ¡joder!

—Cariño...

—Sí, perdón, ¿cómo están mis princesas?

Celia habló en voz baja, se daba cuenta de la gravedad de la situación, de que su padre intentaba disimular, ya no era una niña.

—He sacado un sobre en mates.

—Muy bien, cielo. Y el baloncesto ¿cómo va?

—Genial, si vuelves en tres días puedes venir al partido del sábado...

Ahora habló Lua, a voz en grito, ella aún era una cría.

—Vamos a casa de Sofía a coger a *Ultra*. Si se deja, claro, porque la tía dormirá en el hospital y alguien lo tiene que cuidar...

—Ten cuidado, que no te arañe ese gato loco... Vida, tengo que colgar... Cuando nos veamos, qué prefieres, ¿que te dé muchos besos pequeñitos o uno grande?

—Muchos grandes.

Es la respuesta más acertada que he oído en mucho tiempo.

Me siento un intruso en aquella íntima conversación. Todas le gritaron que le querían, él dijo que llamaría a los demás para comunicar lo que había pasado, Ana contestó que no se preocupara, que se encargaba ella, después iría a la policía... y cuando colgaron un inmenso vacío se apoderó del coche.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio, tan solo la radio sonaba de fondo, como un ruido sordo y lejano que daba aún más sensación de sosiego. Al intentar sintonizar otra emisora, nos encontramos con el programa de Jaime. Cuando dije que si no les importaba dejarlo, pues era mi mejor amigo el que hablaba, tus sobrinas me respetaron aún más. Aparte del héroe salvador de su tía, conocía a un tipo que hablaba en la radio, vaya.

Ese día Jaime estaba cerrando su hora de programa con una pequeña biografía sobre Kapuscinski, en conmemoración de su muerte. Al final del bonito retrato, como canción del día eligió la melancólica *Alone Again Or*. No fue casualidad, le conozco. Se trataba de una jornada de luto: hacía tan solo unos meses que también había desaparecido Arthur Lee, el líder de la banda de pop psicodélico Love, uno de los genios de la música de nuestra era. Antes de terminar el tema, Jaime se despidió con una sencilla frase que encerraba más dramatismo del que pretendía: «Se me van muriendo los ídolos, debe ser que me estoy haciendo mayor».

No te he hablado de Jaime. El día anterior a tu atropello cené en su casa con su padre y su abuelo, ¿te acuerdas? Esos hombres tan cercanos que soportaban estoicamente mi patético estado de borracho-nostálgico-empalagoso... Desde que tengo uso de razón lo he considerado mi mejor amigo. Le enseñé a nadar y a montar en bici..., creo que siempre ha estado ahí, en todo lo importante de mi vida. También estaba la primera vez que la vi... Sofía, has llegado a mi vida de repente, como llegan las cosas fuertes. Una mirada, y ¡pumba!, ya está todo arruinado, o lo que sea. Ella también se presentó sin avisar y se quedó.

Era la presentación de mi libro en una librería del centro de Madrid. Me sentía bien entre esas paredes de madera que olían a viejo, a palabras perdurables. Me sentía bien porque era joven, porque acababa de escribir mi

primer libro, era un chaval hinchado de entusiasmo, con la certeza absoluta de que me iba a comer el mundo. Ahora supongo que en ese lugar con olor a mohó, con recuerdos muertos y palabras vencidas, me encontraría perdido.

Me sorprendió ver la librería bastante llena. ¡Joder, y no me había preparado nada! Pensaba que sería un trámite aburrido que se despacharía rápido y solo dejaría un par de ejemplares con dedicatoria bien meditada de novato, pero fue una jornada cargada de sorpresas.

Cuando la editora me presentó, no sospeché lo que venía después. Y es que resulta que ahí estaban todos, los que me querían, los míos, a los que yo también quería: mis padres, que hablaron maravillas de su criatura y de su libro; mi hermana, con su capacidad de pintar el mundo de colores, con los ojos llenos de lágrimas solo podía repetir cuánto me quería; y Jaime, con el que en aquella época compartía un maloliente piso sin puertas y plagado de trastos.

Jaime nunca ha entendido lo que es el orden, tiene una visión diferente a la mía (en realidad diferente a la de casi todo el mundo que no viva en una cueva perdida en la selva) de lo que está limpio o sucio. Alquiló ese piso y lo describió como curioso y un poco raro. ¿Por qué raro? Pues no sé..., por ejemplo, no hay puertas, tiene diferentes alturas pero todo es diáfano, ¿entiendes? Sí, lo entendía, pero lo de las puertas resultó ser lo de menos (salvo cuando escuchaba sus sonoros pedos en mitad de la noche). Lo que me impresionó es que no mencionara nada de que el piso estaba repleto de cachivaches, cosas dispares, sin orden ni concierto. Plantas medio podridas que crecían como enredaderas por las paredes; un secreter antiguo infestado de termitas que luego convertí en mi escritorio y que estaba debajo de una reluciente, plateada y gigantesca bola de discoteca; máscaras africanas junto a cuadros bucólicos que seguramente pintó la antigua dueña del piso en uno de esos cursos a distancia de cómo ser Van Gogh en sesenta lecciones... y ese terrorífico quinqué polvoriento, que parecía sacado de una película antigua de miedo, y que Jaime se empeñó en conservar ya que, según decía, proyectaba una luz lánguida que le relajaba. «Es genial para dar fiestas», aseguró cuando vio mi cara horrorizada. Era cierto, las fiestas en el piso de la calle Padilla fueron sonadas, pero la casa siguió siendo un estercolero.

Jaime habló aquel día, en la presentación del libro, con un sentimentalismo, mezclado con su rudeza habitual, que ni le pega ni le he vuelto a advertir y mucho menos en público. Posiblemente por eso me conmovió tanto.

—Estamos aquí para hablar de tu libro, pero yo prefiero hablar de ti. La verdad es que estaba un poco agobiado por si no te lo publicaban, ¡no es que no confiara en tu obra! Pero ya sabes la opinión que tengo del ser humano..., ¡habías

invertido tanto esfuerzo! Aislado en tu escritorio durante horas, pensaba que te estabas volviendo loco... Cuando lo leí me di cuenta de que eso era lo de menos, lo que habías escrito iba más allá de que te lo publicaran o no, porque emociona a todos los que te queremos. Me daba rabia que cualquier gilipollas que no te conoce se pusiera a juzgar tu obra, no saben lo que significa para nosotros, sería como juzgar una carta de amor. Mil gracias, Ángel, amigo, hermano, hijo, compañero, en nombre de todos, por este libro: ante toda la mierda que hay a nuestro alrededor, la belleza es un acto revolucionario.

Fue una tarde mágica, colmada de emociones.

Desde entonces he parido cinco libros más y asistido a incontables presentaciones..., pero nunca, ninguna vez, he vuelto a sentir ese calor, esa sensación de que realmente lo que había expresado tenía sentido, tenía una razón de ser; aunque solo fuese por ese rato, por la íntima grandeza de aquel momento. No hay aplausos, ni fama, ni colas de admiradores esperando tu firma, ni críticas excelentes, ni premios literarios... que se puedan comparar a la sensación de estar en aquella cálida librería, al abrazo de los tuyos, que te quieren más por lo que has escrito. Y así todas las palabras cobran sentido y te das cuenta de que ciertamente ese libro era para ellos, lo han comprendido y te sientes realizado y satisfecho.

Cuando la emotiva presentación terminó, hubo un pisolabis del que disfrutaron todos menos yo: además de tener el estómago encogido por la emoción y el descubrimiento, estaba entregado a la difícil tarea de dedicar libros cuando te tomas demasiado en serio lo que escribes en tus dedicatorias. Una de las últimas personas que se acercaron a la mesa era una chica más o menos de mi edad. Estaba tan borracho de emociones que casi ni reparé en ella y me alivió que fuese una total desconocida, así no tendría el compromiso de escribir algo especial para ella. Al preguntar cómo se llamaba, escuché ese nombre antiguo enredado en su voz de niña rota y, por primera vez, la miré viéndola de verdad. Roberta aprovechó el momento en el que levanté la cabeza del libro para confesarse.

—La verdad es que no lo he leído, vivo aquí al lado y casi todos los días paso por la librería, como muchas veces hacen presentaciones interesantes, suelo entrar. No sé, hoy... igual te parezco una loca, no te conozco, no conozco a ninguno de los que estáis aquí, ni siquiera he leído el libro, pero... he visto tanto..., no sé..., tanto... sentimiento que me han entrado ganas de comprarlo. Solo quería que lo supieras.

En la dedicatoria puse algo muy hortera sobre los flechazos, pero no me lo tuvo en cuenta, también escribí mi teléfono y ahí empezó nuestra historia.

No me arrepiento de ninguno de los momentos que pasé a su lado, los repetiría todos. Fue como robarle tiempo al tiempo y regalárnoslo a nosotros mismos.

Lo que sé de ti, lo que he ido descubriendo y robando y escuchando... te hace parecida a mis personas preferidas: Berta y Jaime. Al menos en esa capacidad de fascinar a la gente. De hacerte querer sin proponértelo.

Subí los cuatro pisos sin ascensor que llevan a tu casa precedido por Ana, un tanto asustada. Había dejado a las niñas en el coche, ante las quejas de tus dos sobrinas, que estaban deseosas de cazar a *Ultra*.

No entendía tanto terror, ¿a qué tenía miedo Ana? ¿Por qué creían que no había sido un simple accidente? Según el taxista, atropellaban a más gente de lo que imaginábamos...

Ha sufrido algunos percances, me dice tu hermana con su voz serena mientras cuenta con los dedos. Índice: amenazas telefónicas; corazón: persecuciones en el coche; anular: incendio en una sede de IMARA en Granada mientras Sofía estaba impartiendo un curso... Y dedo meñique: el atropello de hoy.

Me hubiera gustado decirle «guárdate un dedo», pero me empapó el miedo de su mirada. Antes de que yo casi lo consiguiera, otros intentaban quitarte la vida. Te quieren matar, Sofía, te mueves en arenas movedizas..., aunque eso tú ya lo sabes, estás acostumbrada a hurgar donde nadie se atreve.

Tu hermana me fue contando que eres asistente social y que trabajas en la prestigiosa ONG IMARA (Intervención Médica de Acción, Resolución y Aviso) como coordinadora de proyectos.

—Digo prestigiosa porque goza de mucha credibilidad y respeto por haber intervenido en las crisis humanas más relevantes de las últimas décadas — asegura Ana con una nota de orgullo en la voz, de una manera eficaz, limpia, neutral y honesta.

Vuestro padre era médico y estuvo en la misma organización desde sus inicios hasta que murió en Kosovo, hace ocho años, al explotar una mina antipersona. Tomás, el marido de Ana, también trabaja allí desde hace muchos años. Antes era director de operaciones y ahora es responsable de Relaciones Externas.

El interrogatorio cesó cuando entramos en tu pequeño apartamento y, al ver que no había peligro, tu hermana bajó a por Lua y Celia.

En esto también te pareces a Jaime: tu casa es un desorden total. Bueno, para superar el caos de mi amigo hace falta mucha voluntad; su padre siempre cuenta que cuando era pequeño en su cuarto llegaron a desaparecer dos almohadas. Tú no alcanzas esos extremos, pero tu casa resultó ser una anarquía de libros, platos sin fregar, papeles amontonados, plantas..., me gustó estar entre tus cosas. Era como respirar un pedacito de ti. Además, casi no había tenido tiempo de observarte, solo en el instante antes de abalanzarme sobre tu cuerpo, acto seguido ya eras una máscara inexpresiva. Me gustó verte reír en las fotos de las paredes, tu belleza andrógina tan misteriosa, los dientes blancos como los de un tigre, unos ojos negros que siempre parecen tener los párpados maquillados de un gris oscuro que le da más profundidad a tu mirada. Y aquellas cejas excesivamente pobladas, tan poco de moda, tan bellas en tu rostro salvaje. El cuerpo flacucho y ágil y, sobre todo, ese pelo negro, casi azul, a veces corto como un chico, a veces largo, como una sirena. En el espejo de encima del tocador me descubrí viejo, fofo, deshecho. Por primera vez en muchos meses fui consciente de mí mismo. Nunca había sentido mi cuerpo tan lejano, como si fuera de otro y su estado no dependiera de mí. No sentía los brazos, ni las piernas, ni los abdominales..., parecía que siempre hubiese llevado una vida sedentaria, que el deporte no hubiera sido algo tan básico en mis días. Efectivamente, me estaba echando a perder, ya ni siquiera reconocía mi propio cuerpo.

Celia estaba realmente cautivada por el desorden.

—De mayor quiero ser como la tía Sofi.

—Pues no vas por mal camino, hija... Aunque me duele que entre todas las virtudes de Sofía lo que tú admires sea este... desastre...

Las niñas ya estaban llamando a *Ultra*. Ana cogió su móvil y relató lo que te había sucedido a alguien que parecía cercano. Yo disimulé mirando a ver si encontraba al gato debajo de tu cama deshecha, y aproveché para fisgar por la mesilla. Allí había un cuaderno con un boli y casi sin pensarlo, como todo lo que hacía últimamente, me lo guardé en el abrigo. ¡Joder, tío, aparte de un asesino que se da a la fuga eres un ladrón! Y reparé en el libro que te estabas leyendo, *Oscuras soledades*, mi segunda novela. Me reí de la casualidad, y del cómodo anonimato que tanto celebro de ser escritor.

Tenías un llamativo separador de horquilla que era un hada en pleno vuelo... Estaba colocado en la página 203.

De pronto se me hizo insoportable, como si ese separador fuera una inamovible garantía de futuro, una inocente manera de confiar en el mañana. Un mañana que ya no existía para ti. Y recordé la página que, si no te hubiera atropellado, quizá estarías leyendo ahora, después de una ducha caliente. Esa página que escribí yo, en un tiempo en que también confiaba en el mañana.

EL SILENCIO DE EDNE

Se escribe para llenar vacíos.

Frase de Mario Vargas Llosa escrita, en mayúsculas y en rojo, al margen derecho de tu diario

Acompañé a tu hermana a dejar a las niñas en casa de sus suegros y luego a la comisaría, para poner la denuncia. Ana quería hablar con la inspectora de homicidios, una tal Pastora Martos, que no estaba... En todos estos trayectos fui preguntando más sobre tu vida y tu labor en IMARA.

Llevas varios años trabajando en Marruecos, Ceuta y Madrid, en un proyecto que se llama Fronteras. La primera labor de IMARA es atender sobre el terreno a poblaciones en situación de vulnerabilidad, sobre todo haciendo hincapié en el aspecto sanitario, pero después denunciáis las causas que provocan esa situación.

En Marruecos y Ceuta hicisteis un estudio sobre los malos tratos que sufrían los inmigrantes por parte de las fuerzas de seguridad. La Guardia Civil, cuando era en territorio español y acababan de saltar las vallas que separan los dos países o llegaban en pateras; y la policía marroquí, cuando era en el lado de Marruecos. España presiona a Marruecos para que no entren inmigrantes subsaharianos, lo que se traduce en que la policía marroquí realiza duras redadas a lo largo de la frontera. Las batidas no son para detener, sino para aterrorizar y hacer que se vayan en otra dirección. Emplean un determinado grado de violencia que consiste en persecuciones que terminan con cuerpos cayendo por un barranco, cuchilladas, tiros... Ante esta circunstancia, IMARA decidió llevar un equipo de emergencias a Ceuta y Melilla por la zona marroquí para empezar a prestar ayuda. Durante un año y medio estudiasteis la situación hasta concluir que muchas de las consultas practicadas sobre el terreno eran como consecuencia de la violencia ejercida directamente contra los inmigrantes.

Además, muchos estaban en una situación parecida a la de vuestra querida Edne: la Guardia Civil, tras saltar la valla que separa Marruecos de España, le propinó una paliza y la obligó a volver a África. Esto que la Guardia Civil ha hecho con Edne es ilegal, ella ha pisado suelo español y no la pueden devolver por las buenas, hay un procedimiento administrativo para repatriarla, pero es complejo y largo, así que cuando pueden los vigilantes se saltan clandestinamente la ley a la torera, agarran a quien haya entrado, lo llevan a la puerta y, dándole una patada en el culo, lo vuelven a echar al otro lado. Dicen que unos cuantos han entrado hasta seis veces.

Todas estas denuncias tuvieron una gran repercusión. Habían abandonado a muchos inmigrantes en el desierto. Cazan a los que están cerca de la frontera, los dejan a su suerte en tierra de nadie, a más de cuarenta kilómetros de la población más cercana, junto a la frontera con Argelia (que está oficialmente cerrada), una zona desértica donde no hay agua ni alimentos. El equipo que teníais en el lugar se enteró de lo sucedido y fue en busca de los abandonados, a los que encontraron en un estado de deshidratación y total desamparo, así que iniciaron una intervención de emergencia: atención médica, distribución de agua, alimentos y mantas. Por supuesto, también denunciaron lo sucedido y, aunque Marruecos lo negaba, en la prensa de todo el mundo se publicó la noticia con fotos de los hechos. Tomás tiene muchos contactos en la prensa y estuvisteis en todos los medios de comunicación internacionales durante tres semanas. Fue un bombazo.

Este año has querido elaborar un informe de todo esto y hacerlo público, además de acompañarlo de un documental cargado de testimonios reales. En ellos muestras injusticias perpetradas contra los inmigrantes, pero sobre todo te centras en denunciar la actuación de la Guardia Civil en Ceuta y Melilla.

Te has implicado mucho y has ido sacando trapos sucios de gente más poderosa de lo que parecía... Dos días antes de que yo te atropellase habías recibido amenazas telefónicas. De algún modo se había filtrado lo que pretendías hacer, lo que les preocupaba es que cuentas con pruebas concluyentes: testimonios grabados, imágenes de malos tratos y denuncias de diferentes organizaciones. Tu familia está muy asustada y tus compañeros de IMARA también. En España nunca se había dado esta situación de amenazas: a veces les ha sucedido a los expatriados en países que se encuentran en pleno conflicto armado, pero nunca aquí.

No te conozco, Sofía, no me gustan las cooperantes preocupadas por salvar al planeta de todas sus injusticias, intuyo chicas raras, ingenuas y llenas de complejos. No tengo muy buena opinión de las organizaciones humanitarias porque se han convertido en el brazo caritativo de los Estados poderosos, algunas roban, otras son ineficaces, y todas juegan con el dinero de la gente aprovechándose de sus conciencias atormentadas y de su facilona bondad.

Aun así, todo lo que contaba tu hermana Ana iba dándote esa forma de heroína que tanto detesto.

Aun así, estaba fascinado por ti de un modo irremediable.

Tras esta conversación dejé a Ana en el hospital y me fui a casa en metro.

A esas horas el vagón se mantenía casi vacío; de hecho, durante dos paradas llegué a estar completamente solo, con aquel pitido infernal. Parecía encontrarme dentro de una cafetera donde rompería a hervir en cualquier momento, alguien me bebería y en los posos, en lugar de mi futuro, estarían mis cenizas. Divagaba, estaba ebrio, y me bailaban las líneas de tu diario.

Necesitaba descansar, pero también quería empezar a leerte. Entré en mi nueva casa, impersonal, sombría, ruidosa, y me senté en el sofá dispuesto a dormirme con la primera página. Suponía que se trataría de un cuaderno de anotaciones, datos y cursiladas, como mucho relatos del tipo «querido diario». Cuando lo observé detenidamente me di cuenta de que era mucho más que eso; la bonita encuadernación en tela de color morado con espirales blancas, y dentro no solo había palabras, también dibujos, fotos, recortes, entradas de cine..., era todo un mausoleo de recuerdos, escrito en una ordenada caligrafía de color verde.

Tu diario es muy pulcro, ningún tachón, ninguna muestra del caos que reina en tu casa, solo esa letra susurrante que dice y muestra y te invita a seguir leyendo. Me encantaría saber grafología: ¿qué significará que tuerzas las eles? Quizá eres como un junco fuerte y flexible que se comba por el viento y el agua pero nunca se quiebra. Imagino los cinco dedos extendidos de tu hermana y dudo.

Leí las primeras frases y quedé atrapado en ese escondrijo de palabras cobijadoras.

5 de diciembre

Nunca he creído que nada fuera para siempre, nunca pensé que mi primera casa fuese a ser mi última guarida, ni que mi primer amor fuese mi único amor... porque todo arde. Llevo años conviviendo con personas que no tienen prácticamente nada, solo vacío en el estómago. Nunca he tenido demasiado aprecio a los objetos; cuando explotó mi casa me di cuenta de que todo puede desaparecer de un

plumazo: las cartas de amor que guardabas con tanto cariño, las fotografías de tu niñez, incluso tú misma... Los objetos no te aportan nada insustituible y en cierto modo te esclavizan. Lo único insustituible es lo que has vivido y lo que te has perdido.

Lo de las personas es diferente, claro está, hay que aferrarse a ellas, son tu vida, son la vida. En todos estos años de vagar por países tan pobres, tan azotados por desgracias, guerras y hambrunas, me he dado cuenta de que todos nos parecemos bastante, en África o en España o en Kosovo..., no hay tanta diferencia. Me he dado cuenta de que la muerte es de todos, la muerte que solidariza a los ricos con los pobres, a los hombres con las mujeres. Parece un tópico o una estupidez, pero por muy especial que te creas, te acaba pillando a ti también. Puede que el carisma o la seguridad que transmiten ciertas almas intrépidas sea solo el reflejo de vivir como si no fuesen a morir nunca. Mi padre era un poco así, y también acabó saltando por los aires. Aferrarse a la gente es básico, pero también hay que tener cuidado porque van a lo suyo y te desilusionan, o se van, no vuelven más, su reflejo te parece estúpido y te quedas llorando sin esperanza.

No sé por qué estoy escribiendo este diario, supongo que tengo ganas de vomitar. Siempre escucho a todo el mundo, pongo el hombro para que lloren y eso me gusta, pero a veces siento que quiero contar mis cosas... y tengo a quién contárselas, únicamente soy incapaz de hacerlo. También he sentido de pronto esta necesidad absurda de recordar, de no olvidar.

Cuando murió mi padre no hablé con nadie, me dediqué a consolar a mi madre, que estaba destrozada, y a mis hermanas, incluso a veces consolaba a sus amigos. Hasta que un día ya no pude más y tuve que irme. Durante un mes me interné en una cueva perdida en los montes. Creí que duraría dos días en aquella soledad, sin nada que me rodease, solo paredes de tranquilizadora piedra, el riachuelo al final del valle, los búhos ululando por la noche, el aire perfumado de azahar..., pero necesitaba pasar mi luto a mi manera. Las mujeres en Java cuentan que un niño en su vientre es como un místico en su cueva, sin comida ni sueño mientras medita fortaleciendo su espíritu para emerger al ruidoso mundo exterior. Así me sentí, dentro de un vientre imperecedero, en silencio, porque en el silencio total escuchas muchas cosas. Lo que el silencio te cuenta de ti te ayuda a despejar sentimientos y sensaciones muy profundas, a soportar un luto. La sensación de pérdida jamás se va, pero aprendes a convivir con la ausencia.

Fue una terapia eficaz aunque pareciese una huida, una excentricidad de hippy trasnochada, encontrarme cara a cara con el dolor sin nada en lo que apoyarme más que mis propias ganas de salir adelante me ayudó a soportar su pérdida, el agotamiento de tantas pérdidas. Estar concentrada en tareas cotidianas como conseguir agua para cocinar, asearme, racionar la comida, hablar sola... me hizo sentirme antigua, animal, apegada a los riscos, las rocas que llevaban más años allí que yo, que seguirían allí cuando yo me fuera, cuando todos nos fuéramos... me hizo morir un poco, para volver a renacer algo reconciliada con la maldita muerte, que nos termina arrebatando todo.

En este punto tuve que dejar de leer. Parecía que en tu diario encontraba mis propios sentimientos, como si tuviéramos los mismos pensamientos, el mismo dolor. Habíamos llevado vidas muy distintas, casi radicalmente opuestas, pero por alguna razón nos encontrábamos en un punto semejante. Quizá simplemente tienes razón, Sofía, y todos somos más parecidos de lo que creemos.

10 de diciembre

No podré ser madre, he visto sufrir a demasiados niños... Me ha tocado ver cosas muy duras desde que trabajo en IMARA, pero lo de los niños me supera. Todavía sueño con la cara de Oba cuando apareció en aquel centro de nutrición infantil en Congolo. Muchos niños venían tan mal que entraban

directamente a morir. Entiendo que Joseph Conrad se inspirara en este lugar desolado para escribir «El corazón de las tinieblas», el relato en el que se basó Coppola para realizar «Apocalipsis Now». Aunque la película está ambientada en Vietnam y no en Congo como el libro, mantiene el espíritu del relato, la misma oscuridad del ser humano.

Normalmente los niños siempre tienen ganas de broma, a pesar de estar hechos polvo, aunque vivan en guerra, vean matar a su familia, padezcan un hambre atroz... no dejan de ser niños y quieren jugar. Había estado en otros centros de nutrición en Somalia y siempre vi esa inocencia que puede borrar la desgracia con una sonrisa, sin embargo, en Congo llegó un niño que me partió el alma. Con los problemas nutricionales sucede que el cuerpo empieza a comerse a sí mismo, los músculos le sirven de nutriente y eso también provoca la rendición del niño, llega un momento que se deja morir, ya no quiere saber nada. Por eso, aparte de alimentarlos poco a poco, teníamos montado un jardín de infancia, con un animador, para que los niños cambiasen el chip y volvieran a querer vivir.

A estos niños jugar les ayuda a cerrar heridas, a recuperar esa niñez que el hambre, la guerra o las largas jornadas de trabajo fabricando artículos para el Primer Mundo les ha robado.

Lo triste es que creas con ellos una relación muy íntima, se van en buen estado como Oba y cuando a los pocos meses vuelven igual, o te enteras de que han muerto..., sientes una terrible impotencia. No basta con alimentarles una temporada, habría que cambiar la situación en la que viven.

¿En realidad sirve de algo lo que hacemos? Muchas veces pienso que no, solo ponemos parches, prolongamos su agonía, solo cambiamos instantes de vidas. No buscamos soluciones globales, no buscamos resolver las causas de los problemas, por lo que los problemas se repiten. Hay veces que para que te dejen actuar en un país concreto tienes que pactar con el diablo. Es decir, pactar con los mismos que están provocando que sea necesaria tu ayuda allí. ¿Sirve para algo? Tengo poca fe, cada vez menos.

En lugares como Kosovo o Afganistán, muchas agencias recibieron financiación de los mismos gobiernos que combatían y que eran los responsables de muchas de las emergencias, ¿cómo puede pasar eso? Por lo menos nosotros mantenemos la independencia económica, que nos permite no aceptar financiación cuando la institución que lo propone es parte de un conflicto o de un problema y así denunciar situaciones de violación de los derechos de las poblaciones a las que atendemos... IMARA no son solo unas siglas, esta palabra significa «fuerza» en lengua suahili, dicen que la eligieron para dar nombre a la organización porque la fortaleza y la capacidad de sufrimiento de los niños era lo que más impresionaba a los cooperantes pioneros. A veces vuelvo al llamado Primer Mundo y veo cómo tendemos a sobreproteger a los niños como si fueran de mantequilla, y pienso en aquel que me encontré una vez en Angola: tenía ocho años, se había quedado huérfano a causa de la guerra y cuidaba de su hermano de cuatro, vivían los dos solos en la calle..., son mucho más duros de lo que parecen. Pero es tan injusto.

Pienso qué habría sido de Azaro si Edne no hubiera conseguido cruzar a España embarazada. Como ella, muchas mujeres embarcan en Marruecos para alcanzar la orilla del otro extremo del mundo. Proceden en su mayoría de Nigeria, Sierra Leona, Angola, Senegal, Congo o Ghana, países devorados por la miseria o la guerra. Allí inician un éxodo que puede durar años hasta llegar a Tánger, desde donde parten embarazadas rumbo a España, convencidas de que así será más fácil obtener el permiso de residencia.

Cuando recogí a Edne en la comisaría de Ceuta, lo único que decía era «baby, baby»... Una mujer africana tiene una posibilidad entre cinco de morir durante el embarazo o el parto, mientras que una mujer europea, una entre cincuenta mil. ¡Es todo tan injusto! Por lo menos a Edne y Azaro los hemos ayudado de verdad...

Los vuelos a África son de madrugada. Sales de casa, vas todo ese día como zombi porque casi no has dormido y de repente, apareces en otro mundo. Allí generalmente te está esperando un avioncito contratado con una empresa local que en dos horas te mete en el corazón del culo del mundo. Todo esto es un proceso tan rápido que realmente te das cuenta de que nacer por encima de un paralelo o al otro lado de un meridiano es una cuestión de suerte y las consecuencias de eso son atroces.

No quería dejarme atrapar por tus relatos cargados de idealismo. Siempre me he jactado de estar por encima de reflexiones gazmoñas que sugieren que los habitantes del Primer Mundo somos malos y los del Tercer Mundo son unos pobrecitos. Sofía, ¿realmente piensas que es tan simple? Me quedé dormido con tus palabras enredadas entre las sábanas y soñé con niños escuálidos y paquetes de pan Bimbo caducados, tirados a la basura demasiado pronto...

A pesar de las pesadillas, desperté con cierta sensación de alegría. Creo que no era alegría exactamente, pero llevaba tanto tiempo sin ganas de despertar por la mañana que tener una misión que cumplir, aunque fuese peligrosa, sin pies ni cabeza e impuesta por mi espíritu desolado..., ya era algo. Es lo que tiene la rutina, cuando la rompes te sientes bien, incluso cuando esta situación solo se debe a que estaba borracho, atropellé a una chica, me he colado en su vida por el morro y ahora me siento con un derecho inconcebible para acercarme al hospital y seguir metiéndome donde no me llaman.

Miré por la sombría ventana de mi casa: una ventana sin cielo, solo edificios y ruido, observé que llovía más de lo que había oído desde la cama. Después de una ducha caliente y un café bebido a todo trapo, salí camino del hospital. No podía sacar el coche del garaje, con el abollón tan sospechoso que tenía, y tampoco quería llevarlo al taller. Para ir al hospital la moto es ideal, pero llovía demasiado. Fui en autobús, soy un apasionado del transporte público. Es un momento del día en que la vida no depende de ti, no tienes que preocuparte de nada, solo entretenerte mientras te llevan de un lado a otro.

Cuando entré, nervioso, a la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, sentía una gran incertidumbre sobre lo que iba a suceder, podía imaginar asesinos incendiarios, pero desde luego no me esperaba lo que encontré. Aquello parecía una manifestación o más bien una sentada. Gente de todas las edades y colores se desparramaba por las sillas, el suelo y las escaleras.

Hacer un retrato de cada uno de ellos sería imposible: eran demasiados, me embrollaría en descripciones y anécdotas. Solo presentaré a los que se quedaron, los incondicionales que venían cada día, que no se apartaban de tu lado aunque un tabique les impidiese dar resuello a tu cuerpo casi inerte.

Recuerdo que me quedé impresionado con la multitud, me acerqué a tu hermana Ana, que era a la única que conocía.

—Hola, ¿se sabe algo?

Pregunté como un familiar desesperado por tener noticias. Menudo gilipollas. Pero es lo bueno de Ana: no suele juzgar, le da igual si tengo derecho o no a estar preocupado a esos niveles; si lo estoy, bienvenido sea. Uno más a la lista de aflicción general. Igual era un virus, tú yaces en una cama y el mundo se viene abajo.

—Mi madre está hablando ahora con el médico.

¡Por Dios, Bela Lugosi, pórtate bien!, dinos algo inteligible y positivo. Es lo malo de los médicos, les falta imaginación y nunca te cuentan un diagnóstico soportable, se limitan a decir la verdad.

Tu madre salió algo abatida y eso era muy mala señal en una mujer de su talante. Aunque la pobre Milagros llevaba toda la noche sin dormir.

—Está en coma inducido.

—¿Y eso qué es? —preguntó alguno de los acólitos.

—Los órganos vitales están en buen estado, pero tiene un traumatismo craneoencefálico severo. Es un edema del golpe, con pequeños sangrados, y no lo pueden operar, no saben las consecuencias que puede tener, solo pueden esperar a que remita. La mantienen en un coma inducido con sedación..., de momento no saben decir de qué magnitud es la lesión, puede tener secuelas leves, o graves, o irreversibles, puede no reaccionar o despertar como si nada...

—Entonces ¿hay que esperar a que despierte, no pueden hacer nada más?

—Si da signos de... —buscó las palabras con ojos tristes— mejora, le irán retirando los sedantes. De momento han dicho que paciencia, que es un proceso lento y que no nos hagamos ilusiones, pero que no perdamos la esperanza.

Los médicos y su lenguaje contradictorio. Sin ilusión es difícil tener esperanza. Pobre Bela Lugosi, como es un vampiro, no sabe demasiado de sentimientos.

En tu familia también son dados a poner motes a todo el mundo. Cuando le conté a tu madre lo del médico, se rió con ganas y desde entonces ya nadie le quitó la cruz de ser un vampiro en aquel terror antiguo de serie B.

Cuando Milagros dio la noticia hubo un murmullo generalizado y un montón de frases de ánimo: «Sofía es muy fuerte, saldrá de esta», «claro, seguro, no lo dudes, mi hermana siempre ha hecho lo que se ha propuesto, va a salir de esta cama en cuanto se dé cuenta de la situación», «para lo que necesitéis, llamad, ¿eh?»; «no estéis demasiadas horas aquí, los hospitales queman mucho, y ya habrá tiempo»...

El equipo médico, supongo que fascinado por la marabunta que se preocupaba por ti, puso un empeño exagerado en tu caso. No podían desilusionar a tanta gente.

Empezaron a disolverse y llevé a tu madre a tomar un café antes de que se fuera a casa a descansar y a cocinar un rato. Edne se quedó con tu hermana, y no dejé de preguntarme cuál era la historia de esa chica extranjera de la que habló Ana y que tú nombrabas en el diario... El día anterior ya me había fijado en ella: una muchacha de color que parecía una niña y una mujer, dependiendo de la expresión de su rostro, y que siempre cargaba con su pequeño sobre la cadera, pegada a tu madre, como una fiel escudera. Entre toda la gente podría pasar desapercibida, pero su porte grandioso y humilde y su piel oscura la hacían muy llamativa.

En la cafetería, tu madre me contó multitud de anécdotas de la familia y me habló mucho de ti, de tu maravilloso sentido del humor, de ese compromiso con la vida tan arraigado quizá por la presencia de tu padre... También me habló de él, se llamaba Ángel, como yo. Es conmovedor cómo tu madre sigue amándole; es conmovedor que esa mujer de piedra tenga un corazón de barro, tan fácilmente moldeable para ofrecer amor a los demás.

Sin pudor le pregunté por Edne, quién era ella y por qué estaba siempre presente.

—Nos adora, Sofía le salvó la vida y yo le di otra nueva..., o eso dice las pocas veces que abre la boca. No sabemos si es que es muy callada, o se calló de tanto sufrir... pero dibuja estupendamente y canta como los ángeles. Cuando estamos en la cocina canta mucho, sobre todo canciones nigerianas. Es un cielo de muchacha, la verdad.

—¿A qué se refiere con que la salvó?

—Uf, la historia de Edne es un verdadero infierno. Aún lo pienso y se me ponen los pelos de punta, fue tremendo... Edne cruzó el estrecho de Gibraltar en patera, embarazada de ocho meses, pero su odisea se inició mucho antes. Algunas noches, aunque duerme en la habitación del piso de abajo, todavía la escucho gritar en sueños... Sofía y los abogados de IMARA le arreglaron los papeles. Edne vino a Madrid y mi querida hija me la encasquetó. Al principio se iba a quedar una temporada mientras se solucionaba su visa y nacía el bebé, pero se ha quedado para siempre, o eso espero.

»No sé si sabes que tengo una tienda de comidas caseras, está debajo de mi casa, hacemos cáterin por encargo, postres para restaurantes y también preparamos menús para particulares que vienen a diario a comprar su comida...

Edne me ayuda en la cocina, tiene buena mano y además es muy trabajadora.

»Ahora habla muy bien español y eso que solo lleva aquí dos años. Mi negocio se llama Milagros Caseros, por mi nombre y porque es comida casera, Edne es muy graciosa y siempre dice que en esta casa se hacen milagros de verdad.

Poco después de mi charla con Milagros me encontré con Edne en la sala de espera. Todo lo lejano resulta ausente, por eso es tan difícil identificarse con lo que no se conoce, pero no lo es tanto cuando lo lejano se cruza contigo en una sala de espera y no te habla aunque su rostro, que aún conserva la amabilidad adolescente, te sonrío. No es inocente, la inocencia la perdió en el camino, pero tiene una transparencia que la dota de cierta pureza.

Uno todos los puntos, lo que me ha contado tu madre, lo que he ido entresacando en tu diario y me parece estar viendo a Edne de niña, cuando era una aplicada estudiante nigeriana hasta que, obligada por la falta de dinero, dejó los pupitres. Cuando el hambre empezó a apretar decidió salir a buscar un destino más prometedor y dar un poco de esperanza a su hambrienta familia. Partió de su hogar con apenas veinte años para atravesar, a pie, África. Un peligroso trayecto a través de kilómetros de desierto por países en guerra, por angustiosos puestos fronterizos y por un sinfín de avatares y vejaciones que prefiere no recordar.

Tras casi un año de travesía desde su hogar, con los sueños ya algo esparcidos por el desierto, consiguió llegar a Marruecos, pero se le había acabado el dinero y no podía pagarse el trayecto en patera. Después de pasar unos meses malviviendo como pudo en un bosque de las inmediaciones de la frontera con Ceuta, una noche saca todo su coraje, decide arriesgar y saltar la valla que separa Marruecos de España. Consigue escalar los cinco metros de la primera verja, librar la concertina de espino, se pega un buen golpe en la caída, corre el espacio que hay entre las dos vallas, salta la segunda mientras la Guardia Civil le dispara pelotas de goma. Intenta huir, pero los agentes la alcanzan y, después de tirarla al suelo, la golpean propinándole una paliza. Inmediatamente después, la «invitan a salir» hacia territorio marroquí. Me parece verla regresar al bosque de madrugada, descalza y apaleada. Le cuesta moverse, tiene varios huesos fracturados, casi no llega a su pequeño escondrijo de plásticos.

La noche siguiente, la policía marroquí realiza una brutal redada y captura a los inmigrantes subsaharianos que se encuentran en los bosques cercanos a la frontera con Melilla y Ceuta. Aproximadamente cuatrocientas personas, entre ellas mujeres embarazadas y niños, son detenidas, despojadas de sus

pertenencias y muchas sufren la destrucción de su documentación. Además de padecer todo tipo de malos tratos por parte de los militares marroquíes, como la violación de tres mujeres entre las que se encontraba Edne.

Con la intención de alejarlos aún más de la frontera los metieron en autobuses y camiones para desterrarlos a un lugar perdido en mitad del desierto del Sahara. Y miro a través de esos ojos transparentes que aseguran haber visto cadáveres cerca de la frontera argelina.

En esos momentos tú, Sofía, estabas en Marruecos, precisamente ayudando a los refugiados en los bosques aledaños a la frontera. No paraste de recorrer kilómetros hasta dar con todos aquellos condenados al abandono y encontraste a una Edne deshecha, después de la paliza recibida por la Guardia Civil, la violación, la deshidratación... La llevasteis al hospital, donde permaneció el tiempo necesario para cerrar sus heridas externas, las internas quizá no llegarán a cerrar nunca... A los pocos meses se dio cuenta de que estaba embarazada.

Contrataste a Edne como asistente en el campo de refugiados. Ella guardaba todo el dinero que ganaba y seguía viviendo en el bosque, a pesar de que tú le decías que en su estado, dormir cada día en el suelo, con la humedad, el frío y el miedo a las batidas de la policía marroquí, no era lo más apropiado..., pero estaba resuelta a cruzar a España. Y así lo hizo, ocho meses después. Pagó lo que había ahorrado para recorrer hacinada junto a otras cuarenta personas ese trozo de mar en una escuálida embarcación.

Salgo de su cabeza, de sus ojos negros que han visto tanto dolor y la observo jugar con su hijo... Me da lástima y vergüenza todo lo que ha sufrido, pero sobre todo siento hacia ella un profundo respeto. Es una verdadera heroína, de las que no hacen ruido, no quieren conquistar fama ni riquezas, solo la humilde posibilidad de compartir con nosotros un futuro más habitable.

En las incómodas sillas de la sala de espera, ya que no hay nadie cerca, no me resisto a seguir leyéndote.

13 de diciembre

Hoy iba conduciendo, disfrutando de un bonito y melancólico día de invierno. Nubes de viento, sol a ratos, los árboles tumbándose peligrosamente al compás de cada ráfaga. Escuchaba en la radio un programa al que llaman los oyentes contando sus experiencias; el tema del día era lo que nos evocan los sabores y olores. Una mujer ha contado que, aunque esté lejos, cuando se acerca a una ciudad con mar se acuerda de cuando era niña y esa sensación de seguridad, de vacaciones, de caminar por la playa y comer pescadito frito en el paseo marítimo entre los puestos de abalorios e inciensos... la acompaña durante las primeras horas que huele el mar, es como una regresión, decía. Y entonces yo me he acordado de Hugo, en cierto modo he regresado a su sabor salvaje, al suave olor de almizcle blanco. Cuánto tiempo sin verle, menos mal que existe el correo electrónico, si no nuestra relación sería aún más imposible.

Supongo que el olor del aire limpio me ha transportado a ese lugar perdido de África... ¿Cuánto tiempo estuvimos encerrados en la casucha de paredes vacilantes? Rodeados de desierto, montando aquel campo de cólera en mitad de la nada, en plena epidemia.

Cuando estás implicado en estos proyectos, te das cuenta de que tú recibes mucho más de lo que das, te hace sentir mejor y te vas a la cama más contenta. Siempre parece que por hacer este trabajo eres una especie de misionero sacrificado y es cierto que es duro, pero no me gusta la visión que algunos tienen de nuestra labor, como si fuésemos santos immaculados que nos solidarizamos con los males del mundo. Hugo y yo siempre hemos visto que es mucho más interesante utilizar tu energía en algo que redunde en el bien de los demás, pero no es un sacrificio, sino todo lo contrario: disfrutamos haciéndolo, no creo que supiéramos hacer otra cosa. No me imagino a Hugo de médico familiar en un centro de salud, se asfixiaría...

Recuerdo que el campo de cólera ya estaba en marcha, que la gente llegaba hecha mierda y hacíamos todo lo que podíamos. Recuerdo que estábamos hartos de estar los dos solos y no hacíamos más que pedir que nos mandasen una enfermera. Bueno, a mí me daba igual que fuese una chica o un chico, pero Hugo quería la enfermera. Tanto dimos la coña con el tema que en uno de los envíos de material nos mandaron la Barbie enfermera. Me enfadé con la broma, me pareció un gasto inútil y una pérdida de tiempo mandar una muñeca hasta allí; tuve una discusión muy fuerte con Hugo. Me dijo que soy intransigente y dura, que me tomo la vida tan en serio que no soy capaz de reírme de nada y juzgo a la gente que se toma las cosas más a la ligera, no entiendo que el humor viaje incluso a esos lugares. Sus palabras aún me duelen.

Un día, por fin, recorrimos con el jeep los cien kilómetros que nos separaban del aeropuerto más cercano, por aquellas carreteras polvorientas. Íbamos a por nuestra enfermera, muy contentos. Yo porque estaba harta de que Hugo siempre me ganase al ajedrez y Hugo porque es un ligón empedernido. Solo sabíamos que era una chica francesa y que se llamaba Mari. Llevábamos más de una semana fantaseando sobre su aspecto y su personalidad, sería como una brisa de aire fresco en nuestra casa aburrida. Cuando aterrizó el avión y sacaron las escaleras permanecimos expectantes. A nuestra derecha había un grupo alemán de ayuda humanitaria, también esperaban a alguien. De pronto aparece por la puerta una chica monísima, con una estupenda sonrisa de oreja a oreja. Hugo y yo nos pusimos muy contentos, pero para nuestra desilusión iba con los alemanes, que se frotaron las manos emocionados. No se me olvidará nunca la imagen de la puertecita del avión, primero invadida por una pierna de palo, luego un cuerpo inmenso de cara antipática y ahí estaba Mari. Hugo y yo nos miramos deseando que las primeras impresiones fueran equivocadas. Nos maldijimos en más de una ocasión por nuestra insistencia en pedir una enfermera, ¡con lo a gusto que estábamos los dos solos! Mari resultó ser una mujer hosca y desagradable que no hacía más que quejarse, no trabajaba mal, pero el resto del tiempo lo pasaba sentada leyendo sin parar. A veces parece que en este trabajo vas a encontrar personas con una vocación increíble y casi siempre es así, aunque también te topas con gente llena de buenas intenciones pero sin dos dedos de frente, o profesionales que lo que pretenden es huir de sus propios problemas, como si ser un expatriado resultase una terapia. Mari parecía de ese estilo, por mucho que intentábamos hablar con ella, te respondía de forma tan desagradable y con una mirada tan despectiva que acabamos por tener con ella una relación estrictamente profesional. Y eso nos unió más. Al fin y al cabo, algo tenemos que agradecerle a Mari la coja: que actuase como desencadenante de nuestro romance. Bueno, yo me inclino a pensar que fue por huir de su antipática presencia, pero Hugo lo achaca a la estrella fugaz.

Salimos de la casa con el jeep a dar un paseo, vimos ese precioso anochecer que solo puedes ver en el desierto o en el mar, con la luna roja saliendo directamente desde el horizonte. Es bonito el instante en que la luna y el sol se persiguen sin encontrarse y a ella solo le rozan esos últimos reflejos de su luz. Es como si se mimetizasen, como si ella quisiera convertirse en él para absorber su abrazo aunque solo sea unos momentos. Nos tumbamos en la parte trasera del jeep para que Hugo pudiera encenderse un cigarro, había una ligera brisa que levantaba la arena de las dunas y un cielo inmenso sobre nuestras cabezas. El ruidoso silencio del desierto, el cielo perfecto sin ninguna ciudad cercana que le quite su

luz y entonces pasó la estrella fugaz y Hugo me dijo que pidiera un deseo y sin darnos cuenta ya nos estábamos besando. He pensado bastante en lo que pasó, en la estrella fugaz, y estar medio dormida sintiendo su cuerpo cerca y su respiración. Después su piel, su olor..., todo él.

Una semana más tarde volvimos a casa, unos meses en Madrid y de nuevo los dos dispersos por el mundo, pero esta vez separados, como tantas otras. Recuerdo el mail que me envió nada más irse... «Aquella noche todo era tan bonito, te puedes imaginar en lo que pensé cuando pasó la estrella fugaz... Bueno, a ver lo que pasa ahora. Tú más que nadie sabes que la vida nos guarda sorpresas y nuevos senderos que seguir..., es tan extraño, de alguna manera quiero que las cosas sigan como son, siendo solo amigos, otra parte de mí quiere estar solo contigo. Eres mi mejor amiga, Sofía, cuando echo de menos estar en casa, la primera persona en la que pienso eres tú.»

¡Yo sí que te echo de menos! Han pasado más de dos años desde nuestro encuentro en el desierto y es como si todo aquello hubiera sucedido entre sueños y ahora solo nos quedase esa estrella y esa piel desnuda.

Salí del hospital aún con el corazón en la historia de Edne, en tu historia de deseos y estrellas.

En la puerta, abarrotada de fumadores que exhalan sus nervios o sus incertidumbres, me choqué con el hombre del traje gris como si una apisonadora viniera directa a por mí. Disculpe, acerté a susurrar.. Él no se disculpó, solo me lanzó una dura mirada de matón, cargada de amenazas.

¿También empezaba a estar paranoico?

LA QUE RÍE LLORANDO

É isso aí
 Os passos vão pelas ruas
 Ninguém reparou na lua
 A vida sempre continua
 Eu não sei parar de te olhar

Esto es así
 Los pasos van por las calles
 Nadie reparó en la luna
 La vida siempre continúa
 No sé parar de mirarte

«É Isso Aí», canción en la que se detuvo tu mp3 cuando te atropellé

14 de diciembre

Nada más despertar le he mandado a Hugo un mensaje al móvil: «Nos vemos pronto, amigo, como dice la canción: tengo un pensamiento vagabundo, quiero seguir tus pasos por el mundo..., viajo a tu lado».

Después he salido a correr por el parque del Oeste. Tras la carrera he estirado un poco, bajo el sol de invierno, con un hermoso cielo azul, líquido, que lo gobierna todo. Luego he ido a desayunar al bar de siempre.

Entonces han entrado.

Son dos, de unos treinta y tantos. El alto es el hombre más guapo que he visto nunca. Unas proporciones perfectas, con un rostro equilibrado y pícaro a la vez, de facciones gatunas y piel morena. Viste ropa anodina, colores oscuros, nada extravagante, ninguna marca de personalidad... La verdad es que su falta de gusto, de estilo propio, son su propio estilo sin que él lo sepa. Se oculta tras unas enormes gafas, quiere pasar desapercibido, no le gusta que le miren, está harto de ser repugnantemente guapo, pero esa sencillez llama aún más la atención. Si hubiese vestido a la última, bien despeinado, con una cuidada barba de dos días..., quizá habría sido un guapo más, pero esa forma de disimular su belleza, de llevarla como una carga insoportable... hace que parezca más imponente.

El Guapo se sienta junto a su amigo, que quizá es transparente porque apenas le recuerdo, en la mesa de al lado. Cuando entran al bar ya están en plena conversación y no reparan en mí.

—Cuando éramos pequeños me encantaba verla reír a carcajadas, a veces se reía tanto que lloraba. Y cuando mi madre me ha dado este cuaderno raído que encontró no sé ni dónde... es como si el tiempo no hubiera pasado..., pero han pasado quince años y sigo sintiendo vergüenza y pena al pensar en ella...

—¿Y eso? —pregunta el amigo del Guapo con curiosidad.

Su belleza queda oscurecida por algún pensamiento sombrío, parece hipnotizado por los recuerdos, lejos de ese bar ruidoso.

—Es una historia muy larga y...

—Joder, macho, no me dejes así...

Entonces empieza a hablar. A contar su historia con La Que Ríe Llorando. Escucho retazos, invento los silencios.

—Yo tenía once años, ¿vale? Aurora, uno menos que yo, vivía en la casa de enfrente. La había visto varias veces jugando a la goma con sus amigas, nunca me acercaba a ella porque todas me miraban y cuchicheaban y me iba pitando. Entonces su padre murió de una forma bastante heroica.

»Fueron a pasar el fin de semana en la playa, el mar estaba revuelto y una señora empezó a gritar que se ahogaba, el padre fue a salvarla pero la corriente los llevaba mar adentro. Cuando logró sacarla del agua, por el esfuerzo de cargar con la mujer y luchar contra la resaca, al pobre hombre le dio un derrame cerebral y la palmó ahí mismo. Todo el barrio hablaba de ello y mi madre decidió que debíamos ir al entierro para dar nuestro apoyo a la familia. Cuando vi a Aurora allí, tan pequeña, vestida de negro y consolando a su madre, que lloraba escandalosamente, decidí que quería cuidarla, intentar que se lo pasara bien. Ella estaba muy seria pero no lloraba. Mientras todo el mundo consolaba a su madre y una señora pesadísima no paraba de darle la plasta a Aurora, me acerqué y le propuse jugar. Me miró con ilusión pero no se atrevió a decir que sí, igual no era momento para juegos, así que me inventé uno para ella en el que solo nosotros supiéramos que estábamos jugando.

»En el coche, camino de casa, le confesé a mi madre que me había enamorado. Me miró con ternura y lo que me dijo me ha venido a menudo a la cabeza... en diferentes momentos de mi vida. Me dijo que me faltaba tiempo, y con mucha ternura me explicó que hay cosas que no puedes sentir sin haber vivido porque necesitan de la destilación que la experiencia hace con el paso de los años. No entendí mucho de lo que contó, mi madre tendía a divagar, pero lo último se me quedó grabado: “Hay personas que queman la vida más aprisa que otras. Tú no lo hagas, cariño. Quizá hayas encontrado a tu primer amor y puede que a partir de este midas todos los amores de tu vida”. Por lo menos en esto último mi madre tenía toda la razón.

El amigo escucha la historia tan concentrado como yo, entonces le pregunta algo que no recuerdo, algo sin importancia y todos volvemos de golpe de ese viaje al que nos habíamos fugado, esa niñez, ese primer amor. Quién sabe, puede que nuestra propia niñez o aquel primer amor.

El Guapo sigue contando.

—Desde el entierro de su padre, Aurora y yo nos hicimos muy amigos. El último verano yo trabajaba en Okume y ella iba a verme después de la piscina... Siempre andábamos juntos, normalmente por mi casa, puesto que la suya era una tumba: las persianas medio bajadas, había que hablar bajito porque su madre solía dormir... Además, teníamos que prepararnos la merienda. Yo no veía a su madre y cuando aparecía estaba como ausente, me daba pena porque era una señora muy joven y muy guapa, pero tan rara que no me atrevía a hablar mucho con ella.

»Pasaron los años y la lié. Estaba en ese momento en el que algunos amigos habían tenido su primer contacto con el sexo, yo nunca iba con chicas, me daba mucha vergüenza, solo iba con Aurora, pero era diferente porque éramos amigos. Un día fui a buscarla. Me abrió la puerta la madre, especialmente triste, olía a alcohol y me dijo que su hija había bajado a la farmacia a comprarle aspirinas. Reposaba en un sofá al lado de la ventana con la persiana bajada, vestía una bata casi transparente, y miraba el infinito mientras fumaba y bebía, escuchando música de jazz, medio perdida en su casa oscura. Me dijo que me sentara a su lado, intentaba ser amable, estaba llorando, así que no lo pude evitar, nunca he podido ver llorar a alguien y no hacer nada. Me acerqué a ella y la abracé. No sé por qué, fue un gesto

que me salió totalmente natural, supongo que por eso ella no se sorprendió. Después de sollozar un rato sobre mi regazo, levantó una cara llena de lágrimas y de maquillaje desparramado. Muchas gracias, hijo. Pareció reparar por primera vez en mí. Pero qué guapo eres. No me sentó mal. Casi siempre, desde que era niño, detestaba que me dijeran lo guapo que era, pero de ella sonaba diferente, tenía una voz ronca y me hablaba como si yo también fuese mayor. Tú también eres muy guapa, le solté con un desparpajo que nunca he vuelto a tener. Notaba sus tetas en mis piernas pero no me sentía nada incómodo, solo un poco excitado, ella debió de notar mi ardor y en lugar de apartarse y disimular puso la mano sobre mi paquete. Me quedé sorprendido solo un segundo, en seguida me dejé llevar, seducido por la situación. Ella se abrió la bata y distinguí los pezones duros a través de la fina tela del pijama. Cogió mi mano para colocarla sobre sus pechos mientras con la otra intentaba abrirse camino en mi bragueta. Y susurró: “Abrázame”.

»Lo que pasó después fue horrible, creo que me corrí casi antes de que ella llegase a meter la mano en el pantalón. Sonrió, recuerdo, y me besó los labios con ternura. Luego salí corriendo de allí, dejándola de nuevo en su sofá, fumando, llorando, sola en la oscuridad con el jazz de fondo.

»Desde ese día no volví a ver a Aurora. —Mientras habla golpea la mesa con un cuaderno azul—. Nunca más me acerqué a su casa y ella dejó de buscarme cuando comprendió que la rehuía. Además, al poco tiempo se mudaron...

—¿Por qué no la buscas ahora?

El amigo le hace esta pregunta al Guapo ya pagando la cuenta. No escucho la respuesta.

Pago el café y salgo a la calle poco después que ellos. Se estaban despidiendo en la boca del metro. El Amigo se pierde en las escaleras, el Guapo camina un poco más y se detiene vacilante ante una papelera. Saca del bolsillo el cuaderno azul y lo tira.

Cuando llego a la altura de la papelera yo también me detengo. Cojo el cuaderno abandonado, a punto de salir corriendo tras el Guapo para devolvérselo, pero me lo quedo. ¿Por qué? ¿Qué derecho tengo a meterme en la intimidad de nadie? Quizá él vuelva a la papelera más tarde, arrepentido, y el cuaderno ya no estará...

Es un pequeño cuaderno de notas. Tiene anillas y las tapas de cartulina azul están gastadas por el tiempo y el descuido. Lo he abierto como si fuera un regalo caído del cielo y he descifrado la letra desigual. Pone lunes 5-8-1993. Me cuesta entender la letra adolescente..., hay poco escrito, habla de un pub que se llamaba Okume en el que trabajaba durante el verano y, sobre todo, habla de Aurora. Que si le hace sentir importante, que cada segundo a su lado es especial, que ella quiere ser enfermera y él está deseando verla con el uniforme, que le gustan los gatos, que se ha encontrado con ella en la puerta de Okume, que cuando ríe parece que llora... El diario acaba con una frase que el Guapo se atrevió a confesarle a Aurora justo aquella noche: «Y es que tú eres lo mejor del mundo y de la vida».

Ahora estoy en casa, escribiendo en este cuaderno morado, que empecé con tan poca fe, supongo que solo porque no creo en los psicólogos, y al conocer la historia del Guapo y esa frase tan ingenua que me ha emocionado, no sé, le veo más sentido a mi diario que el vomitar mis miserias. Quién sabe, puede que alguien de un improbable futuro lo lea algún día (la magia del papel). Tendré que incluirlo en mi testamento: «Escondan este diario en una pradera llena de flores de colores». Por si acaso voy a dejar un pequeño mensaje: «Querido hombre o mujer del futuro, si estás leyendo esto, es que aún quedan praderas donde encontrar cuadernos. No sé si te interesarán mis desahogos, pero mientras los lees solo pido una cosa a cambio; cuando termines, no te olvides de escribir aquello que para ti resulte lo mejor del mundo y de la vida».

Me había adelantado a la pradera llena de flores. Pero yo también me emocioné con la ingenua frase de amor adolescente. Me sentí más cercano a ti y menos culpable; no era el único que leía diarios ajenos. La historia del Guapo me dejó tocado. Me daba lástima ese amor perdido demasiado pronto y esa

mujer sola, llorando en la oscuridad. Y yo mismo, pues estaba tan desesperado que mi único aliciente era meterme en la vida de los otros, ya que yo no tenía vida.

Berta se fue, me dejó sin palabras y no pude seguir escribiendo. Tras dos años sin redactar ni una nota de la compra, es irónico que al final sea yo quien tenga que buscar la escritura como una redención. Supongo que tampoco creo en los psicólogos. Desistí del amor, durante dos años he sido un verdadero náufrago. Pero apareciste, Sofía, te cruzaste en mitad de la carretera, te metiste debajo de mis ruedas.

Habían transcurrido apenas sesenta horas desde que te atropellé, pero estaban sucediendo tantas cosas, tantas cosas destrozadas o resucitadas, tanto peligro y amor rodeándote... que mis motivos inamovibles para no volver a escribir ya no importaban. Empecé a escribir de nuevo porque no tenía alternativa, porque las circunstancias tornaban imposible no hacerlo.

Dejé tu diario al lado del café a medio beber y bajé al garaje. Llevaba muchos meses sin tocar mi querida monster. Necesito montar de vez en cuando solo para oír su sonido limpio y sentir el aire y la velocidad. Supongo que la moto era una parte de esa felicidad que quería enterrar, por eso también renuncié a ella.

No me subía a una moto desde los quince años. Un día decidí que quería tener una y me saqué el carné, ante las reprimendas de Berta, que insistía en que era muy peligroso... ¡Quería una ducati! No entendía de marcas y nadie me había hablado de las ducati. Un día Berta y yo le revelamos a mi madre la intención de comprarme una moto. Se le llenaron los ojos de nostalgia, mi padre había muerto hacía pocos meses y ella empezó a contarme que sí entendía mi obstinación con esa marca. ¿Es que teníais una cuando era pequeño?, pregunté, pero me contestó que no, que habían tenido una cuando yo me gestaba. Estaba en el noveno mes de embarazo, me contó, vivían en Valladolid y decidieron venir a Madrid para que el recién nacido estuviera con los abuelos. En esa época era muy normal viajar en moto, puntualizó, y siempre iban en la vieja ducati de mi padre. Ese día la moto estaba muy cargada, con una enorme maleta atravesada.

Bajando el puerto de los Leones, la moto se quedó sin frenos. Mi padre se lo comenta a mi madre con angustia, no sabe qué hacer y la carretera sigue descendiendo y no hay carriles de desaceleración, ni arena donde apartarse, nada. Delante de ellos un camión, no pueden frenar y por el carril contrario viene un autobús. Mi padre esquivo el camión y se mete entre los dos vehículos. Con la suerte de que la inmensa maleta atravesada roza con el camión y el autobús y

los va frenando, hasta que caen al suelo ya casi parados. Los conductores y los pasajeros están al borde del infarto, cuando el camionero vio la enorme tripa de mi madre se quedó obnubilado.

—Como castigo a nuestra imprudencia tardaste en nacer casi un mes más —aseguró mi madre entre risas—. La casa de la abuela estaba llena de gente esperando el alumbramiento; una semana, otra, y tú te negabas a salir. El mismo día que todos se marcharon, aburridos de esperar, decidiste nacer.

No creo que recuerde ese incidente tan lejano ¡en la barriga de mi madre! Un día, analizando mi obsesión con las ducati, evoqué algo: la memoria está repleta de escondrijos y recovecos por los que a veces la vida o la casualidad dejan que te adentres. Debía de tener cuatro o cinco años, mi hermana aún no existía. Mi padre me llevó a un parque y por la calle apareció una moto, sobre ella un tío vestido con mono blanco. Me gustó cómo rugía aquella moto al acelerar; paró al lado de mi padre, yo era demasiado bajito para saber dónde se dirigían las miradas de los mayores, solo escuchaba sus comentarios... Debí de quedarme mirándola fijamente porque todos dijeron: «Venga, hombre, dale una vuelta al niño». No recuerdo el paseo, creo que llevé los ojos cerrados casi todo el trayecto. En realidad lo único que no he olvidado es aquel sonido que venía de dentro de la moto, pero que parecía brotar de las entrañas de la tierra: un ruido grave y sordo. No sé qué marca era, pero al querer comprarme una, la única que encontré con aquella música era una ducati. Un sonido único y revelador, puede que viniera de mi subconsciente de feto al borde de la muerte, o del cuerpo tenso e ilusionado de aquel niño de cuatro años, viviendo su primera aventura.

Para ir al hospital la moto es cómoda, aparco con facilidad y no tengo que depender del transporte público si quiero irme tarde por la noche. La verdad es que el Clínico se ha convertido en mi casa: paso ahí más horas que en ninguna otra parte, esperando a ver si mejoras o algo. Mientras, me cruzo con todas esas personas que tanto te quieren, que no te abandonan y que por alguna absurda razón no están excesivamente preocupadas, como si fueses a despertar porque sí, y todo siguiera igual. Resulta curioso que siendo la uci, y estando en coma, sin que nadie sepa qué pasará con tu cabeza ni con tu cuerpo, el ambiente sea animado como el de una cafetería. La gente no suele llorar o decir ¡pobrecita!: van ahí a reunirse, a hacerte compañía, a contarte sus últimos secretos..., nadie se despide ni se entristece. ¿Cómo puedes transmitir esa imagen invencible incluso estando inconsciente? Es como si todos pensasen que te has tomado un breve lapso del que pronto regresarás.

Primero vi a Ana, leyendo tranquilamente en la sala de espera. Me sonrió, con la calidez de siempre.

—¿Algo nuevo? —le dije.

Negó con la cabeza sin tristeza, como si solo fuese cuestión de tiempo y paciencia. Me senté a su lado. Tu familia me ha aceptado de un modo muy curioso, algo anormal diría yo, pero quizá no estoy acostumbrado a que la gente sea tan abierta y hospitalaria con un desconocido. A veces veo en sus ojos esa lástima que tanto detesto; ¿sabrán algo de mi pasado?

Desde que había leído tu diario tenía muchas preguntas, pero no sabía cómo hacerlas sin parecer entrometido. La curiosidad, como siempre, superó a mi razón. Con desenfado, como si hablara del clima, le solté a Ana:

—Creo que tu hermana me habló de Hugo..., es como de la familia, ¿no?

—Como si lo fuera, son amigos de toda la vida. Estuvieron una temporada saliendo, pero poco tiempo... Él lleva varios años viviendo en Brasil, se quieren mucho. Sofía le echa mucho de menos. Ayer le escribí para contarle lo que había pasado y en cuanto pueda se viene para acá... Está hecho polvo el pobre...

—El otro día alguien dijo que la casa de Sofía había explotado, no tenía ni idea.

—Hace diez años, fue horrible, aún le quedan cicatrices de las quemaduras, sobre todo en los pies y las manos, ¿no te has fijado? Ha venido a verla el doctor que la atendió los dos meses que estuvo ingresada en la unidad de quemados de La Paz. Dice que nunca ha visto una persona que aguante tanto el dolor..., por eso le duele verla dormida.

Aún estaba analizando la palabra que había utilizado Ana para definir tu estado: «dormida», realmente creían que estabas en un profundo y dulce sueño. En ese momento apareció Tomás, al que aún no conocía. Besó a tu hermana en la punta de la nariz.

—Llevamos todo el día dándole vueltas a esta mierda..., lo principal es la seguridad de Sofía. Mañana vendrá la inspectora Pastora Martos, es muy competente y conoce bastante a Sofía porque le ayudó con las mafias de la prostitución de inmigrantes...

El corazón empezó a palpitarme con fuerza. ¿No había pensado que la policía entraría en todo esto? No lo había pensado.

Nos presentaron y Ana aprovechó para ir a descansar un rato. Quedamos en silencio mientras Tomás me miraba con curiosidad.

—Vaya, Sofía nunca me dijo que conocía a un escritor famoso.

Latidos incontrolados ahora, las orejas rojas por los nervios.

—Tus novelas siempre me han parecido cojonudas, tendrás que firmarme alguna. Pero tengo entendido que llevas un tiempo sin escribir...

El palpito cesó, ya no estaba nervioso, había tenido una iluminación que además resolvería mi problema de preguntón incorregible, ¿por qué no?, total, si ya me habían descubierto. Quizá así no me sentiría tan mal, despojándome de esa culpabilidad de ladrón. Porque no solo te había robado el aliento, Sofía, te estaba robando tu vida.

—Sí, llevo un par de años de descanso, pero desde hace unos meses estoy documentándome para empezar un nuevo proyecto. He hablado con Sofía del tema porque me gustaría que la protagonista fuese una cooperante de una ONG. La historia de Sofía, de Edne, de los abandonos en el desierto, de las palizas en las fronteras... podría ser una buena historia... Pero claro, ahora que ella está... así, no sé si me apetece.

—¡Es la hostia! ¿Se lo has contado a los demás? ¡Les encantará! Y te ayudaremos en lo que necesites. Te aseguro que todo esto tiene miga que no veas. Además, estaría bien que alguien conocido escribiera sobre esta mierda... Hoy si quieres puedes acompañarme a una reunión, secreta...

Me encontré algo mejor, menos asustado, menos intruso. Sentí que tenía un objetivo, una razón para levantarme un domingo cualquiera, un propósito con el que rellenar papeles en blanco.

—Genial, me encantaría.

Tomás era una persona cordial y directa, hablaba de todo sin tapujos y contestaba a mis interrogatorios de una forma tan natural que el escritor parecía él. Me contó muchas cosas sobre la organización, sobre ti y sobre él mismo. Hablaba mucho, era algo basto y aliñaba sus explicaciones con tacos sin resultar burdo. Tenía cierto aspecto de duro vaquero que envidié y una mirada que daba más credibilidad a su interminable discurso. Comenzó por contarme su vida.

—Llevo en IMARA quince años, pero no han sido ininterrumpidos. He estado trabajando en proyectos de ida y vuelta: ocho meses, después tres sabáticos, volvía cinco meses, uno sabático... Luego monté en Madrid los proyectos de inmigración, y después me metí en la unidad de emergencias, otra vez ir y volver, aunque salidas más cortas porque son dos meses... Sofía vino varias veces.

—¿Qué haces en las salidas de emergencia?

—Vas, montas la movida y luego ya viene el equipo que va a gestionar el proyecto. Tú lo que haces es ponerlo en marcha.

Prosiguió con su historia en el bar del hospital, delante de una cerveza.

—Después volví a estar en inmigración dirigiendo los proyectos en los que trabajaba Sofía... No sé si te ha contado... y ahora me encargo de todo lo que son contactos a nivel político, institucional, medios de comunicación...

»Cuando volví de Iraq, fue la última salida que hice, mi mujer ya empezó a mirarme raro. Ana es casera y muy amorosa, necesita contacto y cariño... Ángel, su padre, había muerto hacía unos años y cada vez a ella le costaba más dejarme ir y a mí marcharme. El trabajo de terreno desgasta, sobre todo en mi caso, que he estado muchos años en situaciones conflictivas. He pasado malaria en Somalia a dos mil kilómetros del hospital más cercano, hemos recorrido a menudo zonas minadas... Cuando murió Ángel pasé un año con ataques de pánico cada vez que salía del asfalto y pisaba un poco de campo, aunque fuera aquí en España... Vi morir a muchos niños en Congo... Eso psicológicamente te mete unos castañazos del carajo y tú creas defensas porque lo que no puedes hacer es ir a un sitio a compadecer a la gente o a llorar de lo triste que estás. Tienes que hacer un trabajo, tienes que ser efectivo, de ello depende la vida de muchas personas. Desde que nació la pequeña Lua, o desde que me he ido haciendo mayor, no sé... me siento mucho más vulnerable ante esos temas. Llámalo evolución personal o lo que sea, pero ahora hay cosas que no sería capaz de ver.

Siempre creí que los que se dedicaban a la cooperación, bien voluntaria o profesional, eran mojigatos sin dos dedos de frente, o friquis que no saben qué hacer con su vida, o hippies rancios, o ingenuos que quieren cambiar el mundo... Tenía curiosidad por entender cómo alguien tan carismático como Tomás o tan perspicaz como tú habíais acabado en esto. Qué te lleva a enrolarte en un trabajo tan duro y peligroso, renunciando a una vida cómoda y ordenada. Supuse que tu padre habría sido una gran influencia, pero aun así me intrigaba. Tomás prosiguió con la historia despejando mis dudas.

—Es una cosa muy rara, estudié Derecho en Bilbao. Era el clásico caso de personaje encaminado hacia un determinado tipo de vida: colegio, universidad, matrimonio, trabajo y a tener hijos alegremente. Entonces algo se rompió en ese camino que tenía trazado. Terminé Derecho porque tocaba, pero estuve trabajando tres meses y me di cuenta de que eso no era para mí ¡ni de coña! Así que me fui a vivir a Ibiza. Había oído que allí uno se lo pasaba de puta madre, además coincidió con la época de paz y amor, ya sabes... Me gusta mucho navegar y trabajé llevando barcos de un lado a otro por encargo. Después pasé una época bastante aturullado, me quedé sin trabajo y vivía casi sin pelas. Fue un tiempo de muchos límites, supongo que necesitaba demostrar o demostrarme

algo, pero acabé asfixiado y me di cuenta de que algo de dinero hace falta para vivir, pues si no eres muy dependiente; ya sabes, los hippies pobres nunca existieron. Volví a trabajar como abogado para hacer pasta, un trabajo que tenía principio y fin.

»Era el año noventa y dos, mi hermano pequeño, que es médico, trabajaba en IMARA y se fue a Angola. Allí había guerra. Bueno, en Angola hubo durante veinticinco años, pero en aquella época y en la zona donde estaba él, la guerra era intensa. En ese momento IMARA era una organización muy pequeña en España y en el País Vasco no había delegación, así que me llamaban para decirme que mi hermano estaba bien y de paso para que se lo comunicara a los familiares de otros, porque había mucho expatriado que era de la zona. Empecé a tener más relación con ellos, decidí que se acabó lo de ser abogado y coincidió con el inicio de unos cursos que IMARA creó para preparar a gente que salía por primera vez. El curso lo impartía Ángel, el padre de Ana y de Sofía, que es uno de los fundadores de IMARA en España. Estuvimos diez días en una masía en Cataluña y yo me quedé flipado con Ángel.

»¿Te han hablado de él? Ana siempre dice que me enamoré antes de su padre que de ella. Tenía un optimismo arrasador, todo el mundo le seguía, ¿sabes? Porque decía verdades como templos y realmente te parecía que lo que estabas haciendo era importante..., esa capacidad de liderazgo que tan pocos poseen. Además, como coordinador y médico era un crac. El caso es que después del curso vine a Madrid a vivir, conocí a Ana y me quedé en la organización. Me fui a Somalia y ahí empezó todo. Somalia ha sido uno de mis países, todavía tengo allí mogollón de amigos. También estuve en los campos de refugiados para kurdos en la frontera con Iraq, después en Ecuador con las inundaciones del Niño. Volví otra vez a Somalia, más tarde Kosovo, Congo... No sé, hay muchos tipos de organizaciones, pero lo que me atrajo de IMARA es que defiende una acción humanitaria independiente que establece una clara separación de las agendas políticas de los diferentes gobiernos, y para mí es muy importante porque en los últimos tiempos los límites que separan la acción política de la acción humanitaria se han desdibujado peligrosamente. Además, no todas las organizaciones disponen de los mismos recursos ni tampoco es la misma su procedencia (públicos, privados, internacionales, nacionales). Nosotros no dependemos de subvenciones ni de ayudas de ningún tipo, el noventa por ciento de nuestros fondos son privados y más o menos la mitad proviene de donantes y socios particulares..., lo que nos da mucha libertad a la hora de decidir dónde y cómo queremos actuar.

»Como te decía, cuando estás en la movida generas tanta adrenalina que no eres capaz de analizar dónde estás metido, el peligro lo ves a toro pasado. Por ejemplo, cuando vas a entrar a un país en guerra, en el que acaba de caer el régimen gobernante y hay como un vacío de poder, tienes que negociar con determinados personajes que nunca sabes de qué van. Se mezcla gente autóctona con extranjeros que lo mismo pueden ser agentes de la CIA que terroristas. Gente armada por todas partes pero nadie identificado, algunos tienen la mitad de un uniforme pero la otra mitad no... Nunca sabes con quién estás hablando, tienes que meter a tu equipo y lo peor es que ahí la vida no vale nada. Son situaciones complicadas, te hacen estar muy despierto y eso engancha, te proporciona la sensación de estar muy vivo. Una vez iba con Sofía en el coche y tras horas aguantando la respiración porque cruzábamos una zona minada, salimos a una carretera asfaltada que ya había sido revisada y recuerdo que nos miramos y no dijimos nada, ¡ni un jodido taco me salió! Sobraban las palabras. Estábamos vivos y era una suerte, aunque parecía que en esa mañana habíamos envejecido diez años...

Me gustaba oírle contar, parecía tan feliz con la vida que había elegido, tan satisfecho. Había visto cosas atroces, pero eso no mermaba su optimismo, no hablaba de las desgracias con afectación ni dramatismo, tampoco con frivolidad, simplemente como algo que se debe cambiar porque es terrible.

Siempre he pensado que la escritura era un modo de reivindicación, una forma de salvación, como si guardar las palabras te hiciese mejor persona. Ahora descubro que los libros solo son libros y los héroes solo son de carne y hueso.

Le llamaron al móvil y se marchó. Quedamos para esa misma tarde, le acompañaría a la entrevista misteriosa con alguien que sabía mucho de por qué te habían atropellado. Aunque, pensándolo bien, el único que sabía el porqué era yo. Sentí una angustia y una culpa terribles al recordar quién era y qué te había hecho.

Volví a la sala de espera de la uci y de pronto me encontré con ella.

Cuando la vi no supe de quién se trataba, ni siquiera podría haberlo imaginado; si me remito a lo poco que sabía sobre Aurora, me habría esperado cualquier cosa menos ella. Según aseguró el Guapo del cuaderno azul, era una chica preciosa y divertida, pero Aurora no era guapa, quizá más bien tirando a fea. Aunque con el tiempo descubrí ese atractivo tan personal: una sonrisa franca, y esa actitud desenfadada la dotaban de una belleza mucho menos llamativa pero más perdurable, no solo en el tiempo, sino también en el efecto que producía sobre los demás.

No era muy inteligente o más bien diría que no era demasiado brillante. Confía demasiado en las señales, los horóscopos, las energías... y todo tipo de esoteridades, como si predecir el futuro, saber qué va a pasar sin que dependa de ti, creer en algo que te supera y que no puedes controlar... fuera una manera de quitarte responsabilidad sobre tus propios actos, de no tomarse la vida tan en serio con la creencia de que hay algo más o que el destino está escrito.

Soy un escéptico, lo sé, pero tengo una virtud: estoy dispuesto a equivocarme. Esperaba que el primer amor del Guapo, ese con el que había medido todos los demás amores de su vida, fuese otro tipo de mujer. Esperaba otra protagonista para su cautivadora historia, otra protagonista para la frase: eres lo mejor del mundo y de la vida.

Aurora no era guapa, cierto, no era especialmente inteligente, cierto. Pero era muchas otras cosas. Hay personas a las que puedes describir con cinco adjetivos, para describir a otras necesitas veinte..., pero las realmente interesantes, a mi entender, son aquellas para las que utilizas veinte adjetivos y además muchos de ellos son antónimos. Es pretencioso tan solo buscar la manera de definir a la gente, pero si eres escritor, por lo menos intentas poder dibujarla un poquito, aunque sepas que todos estamos cubiertos de millones de capas, y que solo en esos momentos excepcionales en que consigues desprenderte de todas ellas, alcanzas ese instante revelador en el que quizá puedas definirte un poco.

Al quitar capas y capas desnudé a esa Aurora que tenía una voluntad inquebrantable, una maestría exquisita para reírse de sí misma. Con el tiempo descubrí que me había equivocado, que era muy fácil enamorarse de Aurora, que habría dado mi brazo derecho por que ella hubiera sido ese primer amor con el que mides todos los amores de tu vida.

Pero aquel día, cuando entré al hospital, lo único que vi fue a una enfermera demasiado alta y desgarbada, que hablaba unos decibelios por encima de lo normal. Supe de quién se trataba porque la llamaron Aurora y porque se reía con tanto entusiasmo que lloraba.

BUENOS Y MALOS

Yo soy lenta como el mundo. aguardo paciente;
girando por mi tiempo, los soles y los astros
me observan con atención.

Verso de un poema de Sylvia Plath, sujeto por un imán en tu nevera

Me acerqué a Aurora para convencerla de que me dejara pasar a verte. Me miró con amabilidad diciendo que claro, estás tan solicitada que habrá que hacer alguna excepción. Las enfermeras de la uci, en general los equipos de servicios intensivos, tienen mucha vocación. Aurora se mueve con soltura entre este desatinado sufrimiento, os trata con tanto cariño que conmueve.

Estuve contigo apenas cinco minutos, no quería abusar de su confianza. Cuando salí me preguntó:

—Tú eres el escritor, ¿no? Estás haciendo un libro de Sofía...

—Sí, algo así...

Te miró a través del grueso cristal.

—Debe de ser una mujer muy especial.

—Sí, lo es.

Sostuve la afirmación con tal seguridad que parecía conocerte desde siempre. Entonces continuó el interrogatorio y, por extraño que parezca, me sentía cómodo.

Su pregunta me pilló desprevenido.

—Nunca he conocido a un escritor importante, igual estás harto de que te lo pregunten, pero ¿por qué escribes?

La primera vez que me hicieron esta pregunta contesté que para reflexionar y soñar. Creo que la literatura procura estas dos voluntades, por un lado, la reflexión tanto de temas sociales como metafísicos: intentar denunciar, plantear

ideas, conocer otras realidades por medio de una historia. Por otro lado, soñar: en el mundo que vivimos a veces las circunstancias nos atrapan en su miseria, es necesario tener un lugar al que poder huir. La literatura también es ese refugio que te acoge y te ayuda a olvidar y te hace soñar con otras vidas y otros mundos. Por lo menos para mí, leer supone vivir esas vidas, conocer esos mundos.

Ahora, sin embargo, ante la misma pregunta, la respuesta es otra. Escribo para ti, por si despiertas, para que me leas, para que me conozcas y tengas este pedacito de mí o de nosotros. Para enamorarme y descubrir. Para no sentirme tan culpable, porque si esta destrucción sirve para crear una historia, por lo menos tendré algo que ofrecerte. Porque te lo debo, porque tengo miedo, porque si escribo puedo cambiar el final.

Porque estoy renaciendo, por eso escribo.

Pero a la amable enfermera que acababa de conocer no le iba a contar este rollo. Simplemente, elegí otra verdad.

—Es lo único que sé hacer y creo que no lo hago mal, para mí escribir es algo orgánico, como respirar. Cuando estoy vivo, escribo.

Aurora suspiró, intuyendo que no era la respuesta completa, pero se quedó satisfecha.

—Bien, pues hagamos un trato: yo te dejo entrar a hurtadillas de cuando en cuando, y tú me regalas uno de tus libros dedicado.

Sellamos el trato. Su apretón de manos era más cierto que un contrato ante notario. Me fui, había quedado para comer con Jaime.

En los últimos dos años no me he relacionado. Dejé de recorrer las redacciones donde colaboraba, esos submundos que eran como mi hogar y en los que me sentía tan cómodo escribiendo entre el barullo de teléfonos, impresoras a todo trapo y conversaciones. Me encantaba apoyarme junto a la máquina de café y dar palique a quien se acercara sin demasiada prisa.

No volví a visitar las editoriales, varios proyectos se quedaron a medias, olvidé mis amistades y cualquier contacto social se convirtió en algo insoportable para mí, pero nunca prescindí de la presencia de Jaime. No solo porque es como un hermano, sobre todo no dejé de verle porque por muchos feos que le hiciera, aunque fuese el amigo más insoportable, sarcástico, lastimero, desagradable..., él seguía tratándome como siempre, sin que pareciese afectarle todo lo que yo armaba. Cada semana comíamos juntos, desde siempre, desde el principio de los tiempos, él era la única persona que no preguntaba constantemente cómo estaba o si había vuelto a escribir; él no sermoneaba con que tenía que luchar por la vida y todas esas sandeces. Solo aquel miércoles,

justo antes de contarle toda la historia, cuando ya llevaba dos jornadas metido en el hospital, me dijo algo poco antes de que nos trajeran el delicioso magret de pato.

—Me alegro.

—¿De qué?

Jaime respondió mientras se servía la carne.

—De que hayas vuelto al mundo de los vivos, no era lo mismo sin ti.

Continuamos comiendo y hablando de música, como si ese comentario hubiera salido de la boca de otro. Es lo bueno de las amistades antiguas, se basan en una ley no escrita de respeto mutuo, de comprensión sin palabras, de complicidad silenciosa. Jaime quizá sea la persona más salvaje que conozco, también la más respetuosa y comprensiva. Viene de una familia de hombres solitarios, desprovista de materialismo y normas de comportamiento. Cada uno come cuando tiene hambre, duerme cuando tiene sueño y por lo demás hacen lo que les viene en gana. Esto les dota de una gran pureza, como si fuesen niños sin malear, una constante tábula rasa sobre la que no parecen dejar huella los desmanes de la sociedad. Una familia de artistas con una convicción total en la redención del arte, la búsqueda de la belleza como compromiso moral y el descubrimiento de lo excepcional en lo cotidiano. No es nada cínico y él sí cree en la ayuda humanitaria...

Antes de que trajeran nuestro postre preferido, crepe con chocolate y almendras, le conté toda la historia, desde el principio. No tengo secretos para él, confío plenamente en ese hombre tranquilo y de modales rudos que me mira desde el otro lado de la mesa, con una perplejidad divertida. No dijo nada en mi contra, no me criticó por mi comportamiento, ni me juzgó siquiera, simplemente hizo una pregunta bastante inquietante.

—¿Y qué va a pasar cuando despierte? —Él también cree que solo duermes—. Porque ella sabe que no os conocéis de nada, incluso puede que recuerde tu cara a través del cristal del coche..., aunque eso es difícil, la verdad.

Me apoyó totalmente, supongo que veía que este incidente estaba siendo la clave de mi resurrección. Que tú y esa familia tuya que me había «adoptado» de un modo tan extraño erais mi tabla de salvación.

Prometió pasarse un día por el hospital a tomar un café conmigo y conocerte, y relacionarse con la panda de majaras que hacían cola en la sala de espera.

Nos despedimos con un abrazo, como siempre, y me perdí en la boca del metro que está junto a su casa. Me pareció ver a mi hermana Alma sentada en el portal de Jaime, pero no podía ser: Alma no estaba en la ciudad.

Después, en el vagón, seguí leyendo tu diario. Lo leo a trocitos porque quiero ir conociéndote poco a poco, como si en verdad estuvieras tú misma contándome tu propia vida, como hace tanta gente, delante de un café o de una cerveza o en una silla verde de la sala de espera. Pregunto mucho, tengo una insaciable curiosidad por las personas y sus vidas, todo el mundo tiene algo que contar, algo interesante que puede transmitir y yo lo escucho como si fuese la historia más importante del mundo. Mi hermana dice que debería haber sido cura porque todos se confiesan conmigo. Las personas se sienten especiales cuando se las escucha. Al fin y al cabo, lo mejor que nos ha pasado es que no estamos solos.

Así he ido metiéndome en tu mundo, la gente más inesperada confía en mí, se abre a mí. Saben que voy a escribir un libro de todo esto y se ha convertido en una pequeña esperanza a la que aferrarse. Todos hablan de él; de qué va, qué voy a contar..., dicen que eres mi musa. La necesidad de que despiertes y la curiosidad por mi novela nos une en una causa común.

A veces, cuando leo tu diario, siento que soy solo un espectador, que me vas dejando pequeñas pistas, y eso que no creo en las señales. Voy siguiendo tus pasos, no por azar o gracias a mi voluntad, me da la sensación de que todo está escrito hace tiempo... Soy como un explorador ambicioso por encontrar su tesoro, y ya poseo el mapa que me guía.

15 de diciembre

Voy en el tren camino de Barcelona, para hablar con Abel. Ha pedido unos días de permiso para estar con su familia. Nadie sospechará, nos encontraremos en una cafetería corriente y repleta, me contará atrocidades con su mirada aturdida por la incomprensión, con las ilusiones maltrechas y la confianza perdida.. Abel... en realidad se llama Abelardo. Mi madre dice que significa «osado y noble»; desde luego, él tiene una bondad simple, libre de raciocinio y reflexión; sabe que hay cosas que están bien y otras que no lo están, como una sensibilidad animal, por eso ha perdido la confianza. Abel lucha, aunque sea contando sus secretos en una fría cafetería impersonal, él lucha y no sabe cuánto se lo agradezco.

¿Cómo podemos hacernos tanto daño? Me hizo esta pregunta la primera vez que le vi y supe que me caería bien, a pesar de esos prejuicios que sé que tengo y que todos me achacan. No entiendo cómo el ser humano puede ser así y el mundo se le cae encima. Yo tampoco lo entiendo: ¿soy una intolerante? Supongo que no han servido de mucho tantos años de psicología, sigo teniendo una visión radical: buenos y malos. Debo cambiar esto, abrir mi mente, será uno de los propósitos para el próximo año.

El tren se desliza por los campos invernales, me gustan las nubes gordas, tridimensionales, que inundan el cielo. Me gustan los sembrados oscuros y las lomas verdes que brillan repletas de vida a la luz del sol. Me gustan las encinas, y los robles, y esos plátanos inmensos de sombra, custodiando

caminos de los que no veo el final, ¿dónde llevarán? Querría bajarme, calzarme las zapatillas de deporte y recorrer esos senderos, corriendo sin prisa. Me siento una persona normal, aquí, entre todo el mundo, parece que voy a encontrarme con mi novio o que viajo por trabajo, que no tengo el corazón algo arrugado de ver demasiado y no entender nada. Me siento una joven cosmopolita, con mis vaqueros, mis zapatos de diseño y mi cazadora verde pistacho. ¿Puede ser que haya pasado días y días sin ducharme, a miles de kilómetros de la civilización, noches bajo la lluvia, entre el barro, comiendo con las manos sucias y el pelo grasiento, que me haya sacado una muela yo misma en el desierto y sufrido mordeduras de serpiente? Soy las dos personas y no soy ninguna.

Estoy triste porque hoy he tenido un sueño. Al parecer, cuando dormimos, como la mente necesita menos horas de descanso que el cuerpo (digamos que se recupera antes), pues se despierta y está aburrida, escuchando la profunda respiración, observando cómo el cuerpo yace relajado. Decide inventarse historias, jugar, practicar para la vida en vigilia. Y esta noche mi mente me ha jugado una mala pasada. Ha sido un sueño sencillo, pero me ha llenado de una angustia y una tristeza que aún no he conseguido sacudirme.

Estoy en una especie de camerino, charlando con una mujer desconocida que tendrá unos sesenta años y parece una diva del teatro, se está desmaquillando ante el espejo y cuando he empezado a soñar ya debíamos de llevar un rato hablando. Me está diciendo que es una pena que yo no haya podido actuar, que si no se lo he dicho al director. Le digo que no, que en realidad me da igual, no quiero ser actriz y la chica que ha salido al escenario sí quiere, es su sueño, así que me parece bien que ella hiciera la representación. La diva se gira en su taburete y me mira con una mezcla de curiosidad y ternura. Vaya —dice—, parece que te has criado con gente mayor que tú, tienes pensamientos muy maduros. Contesto que sí, que mis hermanas son mayores. Pregunta cuántos años tiene mi madre, le digo que sesenta y cinco. ¿Y tu padre?, continúa. Murió —respondo con naturalidad, y sigo—, murió hace ocho años. De pronto me doy cuenta, es como si lo hubiera descubierto en ese momento, como si no lo recordara. La mujer me mira con tristeza y entonces la ventana del camerino se abre por una violenta ráfaga de viento que se cuele en la habitación, como una sacudida. Parece un viento típico de tormenta, pero no es eso, es un viento del pasado que me trae su olor. No exactamente el olor de mi padre, sino el olor de su vida, de nuestra vida: la leche fresca que comprábamos en cántaros cuando era niña; las noches de verano en el porche de Villalba; el viento en el coche al volver de vacaciones; toda la familia apretujada en el sofá viendo «Descalzos en el parque»; «La historia interminable» brotando de su afectada voz de cuentacuentos; las patatas asadas en la chimenea; las jaras mezcladas con el tufo a perro mojado de nuestra *Kide*; las migas con chocolate; el alpiste de la jaula de los canarios..., y me pongo a llorar, como una traidora que ha olvidado a quién debe todo lo que es. Me pongo a llorar en el sueño, con ese viento que me sacude la conciencia, y en la cama, entre esas lágrimas de añoranza y culpa. En este tren, mirando los campos que parecen un edredón antiguo, con cada cuadrado de un color, lloraría también pero me da vergüenza.

Sofía, también me he reunido con Abel en una cafetería fría e impersonal. A mí también me ha parecido simpático ese tipo sencillo de mirada dolida por la decepción. Fui corriendo a la plaza de los Cubos, había quedado en una cafetería con tu cuñado Tomás. Allí nos estaba esperando Abel, al que Tomás llama Garganta Profunda, porque es nuestro confidente. Bueno, vuestro confidente. Un guardia civil destinado a Ceuta y horrorizado por todo lo que ha visto en ese lugar fronterizo. Me lo había contado Tomás antes de entrar.

—Dicen que en Ceuta y en Melilla se da el porcentaje más alto de bajas psicológicas por depresión. A un numerario le destinan allí, un tío normal, y empieza a ver tanta corrupción y miseria, tanto abuso de poder... Una de dos: o se convierte en un animal como ellos, o se quiere marchar. No te vayas a creer, hay de todo, Ángel, porque también he visto sufrir a guardias civiles que se sentían impotentes cuando naufragaba una patera y se encontraban la playa salpicada de cuerpos sin vida... Hace años que un mando se está tomando muy en serio no dejar entrar a nadie, aunque para ello tenga que torturar o incluso matar. Y nosotros tenemos la exigencia moral de dar testimonio, las operaciones en el terreno se deben complementar con acciones de sensibilización y denuncia. Pero muchas veces cuando denunciemos somos criticados, dentro y fuera de nuestra organización, con la excusa de que perdemos la neutralidad. ¿Cómo ser neutrales ante estos abusos? Haría falta ser ciego, sordo y además imbécil para ser neutral.

»Tenemos testimonios de muchos inmigrantes que cuentan su experiencia con un guardia civil, gordo y pelirrojo, que con una estaca se dedicaba a partirles los dientes sistemáticamente... El cabrón de Alejandro Sotomayor..., te lo contaban con la cara destrozada mientras los curabas. Son unos asesinos: el año pasado mataron a cinco, dos de ellos apaleados. Pero luego abren la puerta: las vallas de separación en Ceuta y Melilla tienen unas puertas que siempre se abren solo en una dirección, hacia Marruecos, los echan al lado marroquí y que ellos se apañen... En fin, Abel se está arriesgando mucho, ya ves lo que le han hecho a Sofía... Son un grupo de pirados.

Tras saber todo esto, entendía mejor la expresión de Abel. En su rostro no había solo decepción, sino un miedo atroz. Miraba para todas partes con desconfianza, se sobresaltaba ante cualquier ruido brusco, las manos le sudaban constantemente. Se asustó mucho al verme, y aunque Tomás le tranquilizó, creo que no se fiaba de mí. Su miedo fue aún mayor cuando se enteró de lo que te había sucedido. Llevándose las manos a la cabeza no paraba de decir: «Dios, Dios». Me sentí culpable, le veía sufrir tanto que estuve a punto de decirle: «Tranquilo, Abel, la atropellé yo, nadie ha intentado matarla», pero no me atreví. Soy un cobarde.

Después de serenarse un poco, Abel puso encima de la mesa una pequeña cinta de vídeo.

—Aquí está, aquí acaba todo —dijo con impaciencia. Al parecer, esa cinta era una grabación de las cámaras de seguridad nuevas que habían puesto en la valla de Ceuta. En las imágenes se ve claramente a un guardia civil, es un mando

y es pelirrojo, pateando a un inmigrante que acaba de saltar—. Esto es lo que le había prometido a Sofía —continuó Abel. Parecía tener un cansancio infinito.

Tomás se guardó la cinta en el bolsillo y sonrió al pobre hombre de manos sudorosas.

—Muchas gracias, Abel, verás como todo se arregla.

—Me largo en dos meses, he pedido el traslado y aún me queda un mes de vacaciones que voy a cogerme ahora mismo. No quiero saber nada de toda esta mierda. Solo quiero estar con mi mujer y mi hijo.

Tomás le miró largamente, no sabía qué decir, estaba sobrecogido por la valentía de Abel y quiso consolarle.

—No te desanimes, chaval, no todos son como ellos. En tu trabajo hay gente muy buena... Me acuerdo de cuando fuimos a Tarifa: no había ningún dispositivo de acogida en la playa —cuenta Tomás con entusiasmo—, recuerdo ver en uno de los puestos de la Guardia Civil de allí a la mujer del sargento cambiándole los pañales encima de la mesa a un niño africano que acababa de llegar. También un par de mandos que cada día iban a comprar bocadillos, con dinero de su bolsillo, para los inmigrantes que llegaban hambrientos y no tenían nada que comer... Y muchos otros que trabajan en el dispositivo de rescate y desde el helicóptero avistan una patera; quieren ayudarles, pero los inmigrantes se asustan tanto que se tiran al agua y he visto a esos hombretones llorar de impotencia...

Luego, un par de frases de despedida, Abel insiste en que le contemos cómo evolucionas. Te tiene cariño, Sofía, está preocupado por ti. Le deseamos suerte y volvemos a agradecerle su implicación. Mientras vamos hacia el coche sigo pensando en la última historia que ha contado Tomás. Se la habrá inventado para animar al pobre Abel, aunque se ríe cuando le revelo mis dudas.

—Claro que es verdad, Ángel. No todos los picoletos van por ahí pegando palizas... En el mundo hay mucha gente mala, pero hay mucha gente que hace cosas muy buenas.

Me subí a su coche, Tomás iba a reunirse con Ana en otro hospital, el del Niño Jesús. Es un hospital infantil, allí está ingresado uno de tus sobrinos al que acaban de operar. No tenía ni idea, no conozco a esa parte de tu familia. A tu hermana Teresa la vi un momento esta mañana. Como siempre, me apunto al plan.

No parece importarles que me entrometa, de hecho, son ellos quienes intentan integrarme y me tratan como a uno más de la familia. Supongo que no estoy acostumbrado a que la gente sea tan abierta y hospitalaria con un

desconocido, por mucho que piensen que te he salvado, que voy a escribir un libro..., por mucho que sea su héroe particular.

En el coche, Tomás me cuenta muchas cosas, algunas de ellas realmente atroces. Con su particular hablar callejero me dice que vuestra intención al principio era denunciar que la Guardia Civil no tenía un protocolo para uso de la fuerza.

—Aunque ellos utilizan material antidisturbios en las vallas, si disparas a un tío con pelota de goma a cien metros le haces mucho daño; pero si le disparas a cinco, te lo cargas. Una de las lesiones comunes era siempre en la cara: fracturas de mandíbula, fracturas de nariz, pérdida de un ojo... Nosotros decíamos: «Vale, que utilicen material antidisturbios, pero que se haga un protocolo de uso de fuerza».

Tomás se explayaba indignado mientras conducía.

—También discutimos hasta hartarnos con el Ministerio del Interior si el espacio entre las dos vallas era España o no. A mí me parecía una gilipollez, de entrada nadie construye una verja en el jardín de su vecino. Teníamos mucho interés en hacer hincapié en eso porque ahí hay que aplicar la ley española, ¡incluso entre las dos vallas existe una carretera que está en los mapas, joder! Es decir, al que ha saltado la primera valla, deténgale y aplíquele la ley de extranjería que dice que hay que llevarle a comisaría, identificarle y hacer el procedimiento administrativo que dará lugar a lo que sea; lo que no puedes hacer es echarle a hostia limpia. Además, puede ocurrir que esa persona sea un solicitante de asilo que, por definición, va mal documentado porque, como le persigue su propio gobierno, nunca va a poder venir con un pasaporte... Si le llevas a comisaría, te lo puede explicar, y España ha firmado la Convención de Ginebra... Pues nada, no había manera. Así que la zona entre las dos vallas es el espacio que utiliza la Guardia Civil, apoyada por los de arriba, que hacen oídos sordos, para apalear a todo quisqui y devolverlos a Marruecos.

»Como vimos que lo del protocolo iba para largo y recibimos un montón de denuncias de malos tratos (además se cargaron a cinco tíos; bueno, oficialmente a tres, los otros dos cadáveres desaparecieron...), decidimos hacer una investigación, un informe y un documental. Aunque supiéramos todo esto, nunca lo hemos podido probar, pero ahora tenemos pruebas concluyentes y esto va a salir a la luz, por eso han perdido los papeles y han atropellado a Sofía, están cagados.

—Entiendo que el Pelirrojo y su panda de fanáticos llevaban años tomándose la justicia por su mano y hay que detenerlos, Tomás, ¿por qué no denunciáis a la policía? Aunque sea a esa amiga vuestra, la inspectora Martos...

—Porque necesitamos tener las suficientes pruebas para poder lanzarlo a gran escala, si no quedará acallado, la cinta de Abel, las escuchas telefónicas... no tienen mucho valor ante un tribunal... Puede que detengan a los de ahora, pero los siguientes harán lo mismo. Además, o lo hacemos a lo grande, o puede haber represalias. ¿Crees que nos tienen miedo? Después de lo que le han hecho a Sofía, estoy convencido de que pueden hacer lo que les dé la gana. Cuentan con el beneplácito del Ministerio del Interior.

»Esto no es solo una panda de locos con la mano larga, es algo muy gordo, para que te hagas una idea, me reuní con la directora general de Política Interior en España, y la tía se horrorizaba. Yo quería saber si estaban al corriente, y lo sabían que te cagas porque seguían órdenes estrictas de la Secretaría de Estado del Interior, lo sabía el ministro y lo sabía todo Cristo. Hace poco Sofía, con la ayuda de Abel y de sus escuchas telefónicas, se ha enterado de que este grupo de guardias civiles sigue órdenes directas de la Secretaría de Estado del Interior, por un lado para que no se cruce la frontera (incluso pueden disparar a matar), por otro para que aquellos que la cruzan tengan el peor trato posible: de este modo pretenden que se corra la voz de que venir a España no es llegar al paraíso. En el Ministerio del Interior dan directrices y luego miran para otro lado, pero nadie lo ignora, solo hacen la vista gorda ante los métodos para lograrlo. Nuestra presencia en los ejes militares más intensos, donde la población ha sido objeto de abusos e incumplimiento de los derechos humanos más elementales, a menudo por parte de las fuerzas gubernamentales, nos convierte siempre en testigos directos y molestos. De todos modos esto es peor, Ángel, porque es aquí, es en casa. Muchos compañeros de IMARA estaban en contra de meterse en este embolado y ahora..., con lo que le ha pasado a Sofía, nos miran en plan «ya os lo dijimos». Pero otros nos apoyan incondicionalmente aunque jodamos a gente importante, eso es el humanitarismo independiente, ¡digo yo!

Por eso te quieren matar, has dado con un grupo de asesinos sin escrúpulos que además están respaldados por altos cargos políticos.

Estamos distraídos en la conversación, indignados con el mundo, despotricando todo lo posible..., no vemos el coche negro que se nos cruza en medio de la carretera. Parece que el tiempo se detiene, solo observo la cara contraída de Tomás mientras se aferra al volante, oigo chirriar de frenos, las

luces de la calle en ese momento mágico en que se empiezan a encender justo antes de anochecer. Ningún pitido, nada de nada, como si no hubiera sucedido. ¿Hemos sobrevivido?

—¡Joder, venían a por nosotros, Tomás! Nadie se cruza así la calzada por error. ¡Querían sacarnos de la carretera!

Tomás ríe nervioso.

—¿En cuál de tus novelas pasa eso, señor escritor? No inventes, con la cruda realidad ya tenemos suficiente...

Pero en su voz hay inquietud.

Y a mí no me tranquiliza cazarle mirando insistentemente por el retrovisor.

EL NIÑO REY

Es tanto lo que el mundo nos ofrece que todos deberíamos ser felices como reyes.

Una tarjeta de las mil que invaden la habitación de Arturo

16 de diciembre

Hace viento. La casa en calma. Tengo el corazón contento.

Anoche, cuando volvía de mi cita con Abel iba conduciendo sola hacia casa de mi madre, donde nos reuniríamos toda la familia..., abrí las ventanas. Soplaban un viento frío que me helaba la cara, veía el sol hundirse tras la sierra y, aunque aún quedaba luz, la ciudad empezaba a despertar. Las farolas de las calles, los faros de los coches, las bombillas de las casas... y el cielo todavía azul brillante. Como si una nueva vida renaciera... y sentía una profunda sensación de que estaba viendo nacer algo. Un fragmento de mí era grande, me sentía la mirada del mundo, en otro retazo parecía una exploradora pirata deseosa de descubrir qué vidas se esconden tras aquellas lejanas luces. ¿Habrá besos, y abrazos y comida y calor? Pero ante todo estaba muy sola. Y estuve a punto de seguir, no parar y tirarme a la vida de exploradora pirata, ¿soy una cobarde? Tengo la sensación de que quiero vivir todas las vidas y no hay tanto espacio en mí.

Llegué a esa casa que siempre será mi hogar. Cené la comida regeneradora de mi madre, hablé de cosas sin importancia y vi a Arturo, mi curioso insaciable. Con ese humor que tiene tan macabro no para de preguntarme cosas terribles de mi trabajo..., luego estaba muerto de miedo por no sé qué película de fantasmas, pero es muy valiente: para la vida, para el dolor y la alegría.

Me he despertado en casa de mi madre. Huelo a café recién hecho, así que voy a correr a por el succulento desayuno que me espera en la mesa de la cocina.

Recuerdo esta parte de tu diario mientras intento reponerme del susto que nos han dado. ¿Un conductor despistado o borracho? ¿O se trataba de un volantazo premeditado? No quiero pensar, estoy harto de desastres y ahora vamos a otro hospital, a otra desgracia, a otro infierno, a ver a tu sobrino Arturo.

Cuando solo tenía dos meses tuvo lo que se denomina «síndrome de muerte súbita del lactante», en el informe médico de Arturo pusieron síndrome de muerte... «resucitado». Se produce por causas desconocidas que provocan una parada cardiorrespiratoria. Arturo estuvo un tiempo (dicen que no más de tres

minutos) sin que el cerebro recibiera oxígeno, el resultado es que hubo neuronas que murieron, lo que le produjo una parálisis cerebral. Es un término que recoge realidades muy diversas. La parálisis de Arturo tiene un grado de afectación que solo afecta al sistema motor, no al intelectual. No puede andar y no mueve los brazos y el tronco con normalidad.

—El cerebro realmente es muy complejo —me contó tu hermana Teresa en otra sala de espera con paredes llenas de dibujos— y la parálisis cerebral puede englobar muchas situaciones. Es como un cajón de sastre porque puede tener muchas causas y multitud de consecuencias.

Teresa habla con naturalidad de esto, es un tema cotidiano para ella y toda la familia: tu cuñado, Pedro, y tus sobrinos Carmen y Javi. Cuando le pregunté cómo sucedió, se entristeció al recordarlo aunque no dejó de contestar.

—Estábamos en Villalba, acababa de darle el pecho, y me puse a desayunar con mi madre. Unos veinte minutos después, cuando bajé, le encontré en una postura muy rara y cuando le di la vuelta fue horrible, no lo puedo explicar... Sofía estaba conmigo y al ver lo que sucedía se puso a hacerle la respiración boca a boca... Ella le salvó, si hubiera pasado más tiempo sin respirar, habría muerto. Luego urgencias, hospital..., pensar que estaba muerto fue tan terrible que el hecho de que me dijeran que vivía fue una experiencia hermosa, creo todavía que se trató de un auténtico milagro. Arturo estaba realmente mal: todos estaban seguros de su muerte. Yo me alegro de que esté vivo, ¡supliqué tanto para que viviese!

Tiene catorce años y ha crecido en una silla de ruedas, por lo que a menudo sufre operaciones muy duras. Esta vez le tocó la espalda: ocho horas en el quirófano. Al parecer el día antes le dijo al médico: «Cuidado con lo que haces esta noche, más vale que te vayas a la cama pronto, que tienes material valioso que operar».

Entré en aquella sala de espera suponiendo que daría conversación a personas desesperadas y me encontré una familia alegre y tranquila. Durante todo el tiempo que permanecí allí, antes de colarme en la habitación para ver a Arturo, me preocupé de inventar mil maneras para ayudar o hacer reír a ese chaval que estaba en una situación tan apurada. Cuando salí de la habitación me di cuenta de que es al revés: él te salva, te anima, te hace reír y sales de ahí más feliz de lo que entraste, menos peleado con la vida.

Ese niño sentado en su trono tiene nombre de rey porque es un rey luchador y pacífico que concentra su extraordinario carácter en no dejarse abatir.

Has salvado a muchos niños, Sofía; has arriesgado tu vida por ayudar a otros; te han mordido serpientes en lugares remotos... Pero sin duda tu acto más hermoso fue aquel boca a boca a tiempo, alentar la vida con tu aliento. Si yo pudiera...

Javi, el hermano pequeño, tenía siete meses, Arturo acababa de cumplir cuatro años y preguntaba cuándo iban a poner a Javi en el bipedestador. Según me cuenta Teresa, este es un aparato en el que colocaban a Arturo de pie, un auténtico potro de tortura, para que estirase las piernas y la espalda. En concreto, Arturo dijo algo así como: «Mamá, si no subes a Javi en el bipedestador, no va a andar». No sabía que andar era algo natural, que no había que hacer nada especial.

Arturo y Javi son cómplices, Javi es su álgter ego. Físicamente son casi iguales: pelo rubio y piel blanca, unos perspicaces ojos azules que presagian bromas pesadas. Es curioso, comparten habitación y Javi suele tener miedo por las noches y se mete en la cama de Arturo, se siente seguro con su hermano indefenso; la seguridad es igual de irracional que el miedo. Yo también me sentiría a salvo durmiendo a su lado, nada puede ocurrirte junto a un rey de su templanza.

Cuando entré en la habitación del hospital infantil aquel día, además de millones de tarjetas y dibujos por las paredes, me encontré a Arturo regañando a Javi:

—¿Por qué le has dicho eso? Voy a quedar como un gilipollas patoso... Invéntate algo como que era traficante de drogas, me comí quince bolsas de cocaína y una se me rompió en el estómago...

—Vale, vale... A mí lo de la cáscara de plátano me parecía divertido...

—Sí, claro, a ti...

Cada vez que alguien le pregunta a Javi qué le ha pasado a su hermano, por qué está en una silla de ruedas, Javi se inventa una historia distinta. Es un juego que tienen entre ellos, pero a Arturo nunca le gustan sus historias.

—Pues si no te gusta, te inventas tú lo que quieras y se lo cuentas, que yo no soy tu recadero... Además, la niña era un poco tonta, da igual lo que piense.

Me descubren detrás del seguro y firme cuerpo de tu hermana Teresa.

—Vale ya, chicos. Este es Ángel, el escritor que ha salvado la vida a la tía Sofía.

Y dale con el rollo del salvador. ¡Joder, la he atropellado! Esos cuatro ojazos azules me miran con tal admiración que hasta yo me siento orgulloso de mí mismo.

—Hala, entonces mi tía te debe una...

Javi está entusiasmado. Mientras que Arturo reflexiona.

—Pues si eres escritor —sentencia Arturo—, igual puedes ayudarme a buscar al dueño del cuaderno...

—Jobar, tío, qué pesado eres con eso...

Al decir esto, tu hermana sonrío: no es una verdadera regañina. Javi se apresura a contarme la historia.

—La tía Sofía se encontró un cuaderno azul en la calle. Es un diario que tiene mil años, y el que lo ha escrito pierde el culo por una tal Aurora... Arturo está empeñado en encontrar al dueño del cuaderno...

Así que a ellos les cediste el relevo del cuaderno del Guapo, aunque intuyo que no saben nada más sobre su historia...

—Alentado por Sofía, claro —refunfuña tu hermana—, que insiste en que ese cuaderno esconde una triste historia de amor y misterio...

—¿Cómo te apellidas? —prosigue Arturo sin hacer caso a su madre.

—Álamo.

—¿Y qué más?

—Alarcón.

—¡Lo ves! —grita Arturo entusiasmado—. Ya me lo dijo Sofía, ¡como en *La historia interminable*!

—No lo entiendo, ¿de qué habláis?

Teresa se ha perdido hace rato, aunque yo sé perfectamente de qué hablan.

—Ángel Álamo Alarcón. ¡AAA, mamá! La tía Sofía me dijo que la persona que me ayudara a buscar al dueño del cuaderno debía cumplir dos condiciones, la primera es que su nombre y sus dos apellidos empiecen con la misma letra, como el prota de *La historia interminable*, ¿no te acuerdas?

—Sofía te dijo eso para que no le pidieras a ella que te ayudase a buscarlo —contesta Teresa sonriendo. Sin embargo, yo estoy interesado y pregunto:

—¿Y cuál es el segundo requisito?

Los dos niños se miran con picardía y es Javi el que habla.

—Tienes que adivinar la palabra clave.

—Tendrás que darme alguna pista...

Javi le cede la palabra a su hermano mayor, que da el golpe de gracia, ante el regocijo de todos, que ya saben la respuesta.

—Es una palabra que es sinónimo de poema y de piedra. Como eres escritor, la sacarás rápido...

Salí del hospital sin la palabra clave, ante la decepción de toda tu familia. Nunca me había estrujado tanto la cabeza, nunca me había importado tanto decepcionar a alguien. Aunque Arturo, que es el que pone las reglas, me dio de plazo hasta el día siguiente si prometía no mirar en Internet ni consultar ningún diccionario.

Salí de ese hospital para niños en el que se respira un ambiente más entrañable, más festivo, como si un niño enfermo fuese algo tan amargo que hay que intentar pintar el escenario de colores, para digerirlo de algún modo.

Salí de allí con Tomás y Javi. Íbamos a casa de tu madre, que se queda con los niños mientras Teresa y Pedro pasan la noche en el hospital, acompañando a Arturo. Pedro parece una persona de vuelta de todo; es bonita la relación que tiene con tu hermana Teresa, el placer que transmite su cara cuando advierte que ella está cerca, simplemente al verla moverse y haciendo. El placer de observarla, de predecirla, de controlarla y aun así intuir que no va a dejar de sorprenderle.

Teresa... Tus dos hermanas son muy diferentes. Ana cálida, alegre, su rostro ovalado y su voz de terciopelo hacen que te sientas cómodo a su lado. Teresa fría, rígida con la cara y el cuerpo angulosos y la voz autoritaria de tu madre..., en su presencia te entran ganas de justificarte o de permanecer en silencio ¿Notas que hay algo sobre Teresa que no te cuento? Es lo bueno de relatar historias, puedes omitir las peores partes. Aunque no es justo, Sofía, te prometí desnudarme. Tu hermana Teresa me miró a los ojos y dijo que en esa familia se necesitaba un narrador desde hacía tiempo, pero que sabía que yo ocultaba algo. No tenía un tono acusador, solo me miraba atentamente, no había ni un atisbo de duda en esa mirada. Por suerte, Tomás vino a rescatarme con los niños: nos marchábamos.

Me habían invitado a cenar a la casa-cocina, en la sierra. En realidad yo no quería ir, estaba bloqueado ante la sospecha de tu hermana, asustado por el coche que había intentado sacarnos de la carretera..., pero como el padre de mi amigo Jaime vive cerca, y él estaba pasando la tarde en su casa, insistieron en que querían conocer al famoso Jaime Barquero y le invitaron también a él. Jaime nunca dice que no, es otro rasgo ilustre en su carácter, se apunta a un bombardeo.

Ya de noche recorrí la A-6 en el coche de Tomás. Aparcamos junto a la casa de piedra presidida por el inmenso laurel y por un cartel pintado de colores en el que se lee «Milagros Caseros». Nada más bajar notamos el frío de la sierra madrileña; las luces encendidas en el interior me traen un hogareño recuerdo.

No puedo escribir sin cielo y sin luz, el diminuto apartamento que alquilé cuando ocurrió todo, hace ya dos años, es oscuro y sombrío incluso de día. Todo lo contrario de aquella casa baja a la que tanto me alentaba llegar en las noches de invierno, aparcar el coche fuera y ver las luces encendidas a través de los cristales sin rejas. Era una dulce promesa de vida y hogar y sofá y películas antiguas, y amor y familia. Familia, cuánto tiempo sin pronunciar esa palabra, supongo que por la desalentadora certeza de que un hombre sin familia no es nada, no existe.

Me sentía un proscrito al acercarme a la puerta de la casa de tu madre, toda la realidad me abofeteó de pronto. ¿Qué hago aquí? ¿A qué estoy jugando? Pero entré, crucé el umbral y me sentí atrapado en una barahúnda de entrañable hogar. La casa olía a calabacines rellenos, la casa olía a tortilla de patata, la casa olía a arroz con leche recién hecho, un aroma de canela lo envolvía todo, la casa olía a la cocina de Milagros.

—¿Cómo está Arturo? —nos pregunta Celia. Miradas expectantes de Ana, tus sobrinas Celia y Lua, de Carmen la mayor, la hermana de Arturo, la adolescente a quien no conocía..., y Jaime, que ha llegado antes que yo.

A veces la casa también olía a óleo fresco.

—Es por los dibujos de Edne —cuenta Lua—. ¿Quieres verlos? Hay unos bebitos preciosos...

Bajamos las escaleras que llevan al sótano donde Edne tiene sus cuadros. Jaime me sigue y Edne parece tímida al lado de la pequeña Lua, que es como su mánager.

—¿A que son bonitos...?

Sí lo eran, los colores espectaculares. El azul, el verde, los rojos, amarillos y marrones, todo desarrollado en grandes lienzos, en planchas metálicas con aguafuertes, o en azulejos. En esos cuadros estaban sus orígenes y los nuestros: la tierra y la madre, los gestos y las palabras, la naturaleza y el hogar, los vientres hinchados de vida, las mujeres acunando a las flores... eran una verdadera maravilla. Hubo un día en el que Edne se abrió a mí y le pregunté qué sintió ante esa vida que crecía en su interior, fruto de la violencia más cruel. Al contemplar sus cuadros entiendo mejor su respuesta: la vida siempre es un regalo.

—Si lo ve tu hermana, flipa —asegura Jaime—. Yo alucino y soy daltónico.

—¿Qué es dalónico..., como se diga? —pregunta Lua.

—Es una enfermedad que consiste en la imposibilidad de distinguir los colores. Frecuentemente se confunde el verde y el rojo, son colores inexistentes para ellos...

Mi respuesta no convence a Jaime, que, como siempre, explica las características buenas del daltonismo y la pequeña Lua le toma por una especie de superhéroe.

—Sin embargo, los daltónicos podemos ver más matices del violeta que las personas de visión normal. Y somos capaces de ver objetos camuflados.

Subimos a la planta baja, donde la deliciosa cena ya está preparada en una mesa impecable. Así es Milagros, las ceremonias son primordiales: la belleza de los rituales y de las pequeñas cosas.

La comida está riquísima, hacía tiempo que no me alimentaba tan bien, la chimenea arde a todo trapo, el vino hace su efecto y Jaime, como siempre, los tiene a todos cautivados con su divertido discurso. Celia le pregunta por qué no tiene hijos y él, a quien nunca ha importado resultar desagradable (no entiendo cómo tiene tantos amigos incondicionales), le responde tranquilamente:

—Los niños me parecen un coñazo, siempre digo que adoptaría uno de dieciocho años para poder enseñarle a conducir...

Lua significa «Luna» en portugués y lleva ese nombre gracias a que fue engendrada en Lisboa. Le pregunta a Jaime, ya en los postres, por qué su programa se llama «Luna Roja». Y él desvela la historia.

—Depende de quién me lo pregunte cuento la verdad o me invento algo más digerible, pero ya que tú te llamas Luna y que estamos en una agradable mesa, contaré la verdadera historia con el permiso de Ángel, por supuesto, que es un protagonista importante.

Todos gritan ¡sí, sí, por favor!, y Jaime sigue con la historia, que, por una vez, me temo, va a ser la verdadera. A lo largo de los años se ha inventado tantas para ese programa en el que el cine, la literatura y la música son los protagonistas de la noche que ha creado toda una leyenda en torno al nombre. Pero esa tarde yo sabía que iba a contar la verdad y era una lástima que estuviera dejando de beber: la ocasión se merecía un whisky doble.

—Estábamos en Tailandia, de vacaciones. Casi nunca salíamos de juerga porque pasábamos la mayor parte del día buceando y después de cenar estábamos doblados. El caso es que una noche, un conocido que no recuerdo cómo se llamaba, ¿tú te acuerdas, Ángel? Bueno, da igual, era un místico que decía que se veía en sueños y así conseguía predecir sus actos, le llamábamos el Visionario... Pues aquel tío organizaba una fiesta en la playa y, aunque habíamos

estado todo el día en el mar, decidimos no hacerle el feo, por una vez. Cuando llegamos había muchísima gente bailando y nos sentamos a tomar unas birras. El Visionario apareció con una bebida extraña, la tomamos y nos pillamos una borrachera increíble. Después de un par de horas bailando y tragando ese líquido infernal, Ángel empezó a encontrarse mal, y decidió adentrarse en la selva para refugiarse en nuestra cabaña. Cuando llegó, vomitó durante veinte minutos y se metió en la cama. Unas horas después, yo también decidí irme, pero veía la cabaña muy arriba, muy arriba, y las piernas me temblaban y no paraba de vomitar por el camino. Cuando llegué a la casa subí las escaleras devolviendo en cada escalón y me caí junto a la puerta, rebozado en mi propio vómito.

Las niñas hacen una mueca de asco y admiración. No están acostumbradas a que los mayores confiesen sus bajezas. Las madres miran a Jaime con curiosidad y reprobación pero igualmente atrapadas.

—Con el ruido, Ángel se despertó y me ayudó a llegar a la cama. Por la mañana, después de limpiar el fétido desastre, nos sentamos en la terraza a comer un yogur y, como el silencio era un poco incómodo, recuerdo que le dije a Ángel: «De lo de ayer mejor ni hablamos, porque lo hemos perdido todo». Y él me respondió: «Sí, pero ¿te acuerdas de la luna roja?, qué guapa...». No pudimos parar de reír en toda la mañana. Ya veis, es una historia algo escatológica, como tantas historias de amistad.

Cuando salimos de la casa de tu madre, Jaime y yo estábamos entusiasmados: él también se había sentido arropado entre tu gente.

Quizá ha llegado el momento de que me permita contarte algo que tú ya sabes de sobra: tu familia desprende un aura de tribu invencible que me conmueve, pero entre sus frases, sus silencios y algunos reproches, he notado que tus ausencias les lastiman. Andas tan ocupada salvando el mundo que los has descuidado.

Jaime me dejó en casa y subí los cuatro tramos de escalera hacia ese piso lúgubre. Hace frío, ruidos extraños en el salón..., al entrar descubro la ventana abierta y mis apuntes revoloteando por el suelo. Noto una presencia, ¿habrá alguien? Tras registrar el apartamento comprendo que estoy solo. ¿Dejé la ventana abierta? Es extraño, no suelo ventilar... El frío no me abandona, la casa se está calentando, el miedo siempre es frío.

Me cuesta dormir, casi he dejado de beber, cada día me paso horas frente al ordenador y muchas veces me quedo dormido sobre la mesa. Noto cómo renazco, en cada letra, cada sílaba, cada palabra. ¿Por qué escribo? Porque estoy vivo.

Siento que salgo de una pesada tumba de arena, poco a poco, saco los brazos, las piernas... Mañana quiero ir a correr. Es tarde, sigo teniendo frío... Subo la persiana para mirar la calle silenciosa, el hombre que está frente a mi ventana se escabulle entre las sombras.

VERANO, OTOÑO, INVIERNO

Friends 4ever.

Alguien lo escribió en esa fotografía que os retrata a las cuatro

17 de diciembre

Han venido las tres a cenar, hace meses que no conseguimos estar las cuatro juntas y me da pena, el tiempo se acaba, ¿qué vamos a hacer cuando se agote? Hemos pasado media vida separadas por mogollón de kilómetros sin preocuparnos demasiado: aunque en ocasiones hubiera demasiada tierra de por medio, siempre había un encuentro, un viaje, un momento que compartir. O las largas conversaciones en el Messenger aunque estuviéramos diseminadas por el planeta. Hace unos años Silvia aprobó el examen de piloto de helicóptero. Esa mujer menuda y delgada que empeñó todo lo que tenía para conseguir su sueño, desafiando la cuadrículada mentalidad del examinador militar. Yo estaba en Kosovo, escuchaba las bombas a lo lejos y recibí un mensaje de mi querida amiga diciendo que ha aprobado, que Paca y ella lo celebran con champán, que faltamos nosotras pero que es como si estuviéramos allí con ellas. Le doy la enhorabuena, ¡lo deseaba tanto! Irene también la felicita, ella está en Nueva York, haciendo unos cursos de cine y tiene que dejar de escribir porque al parecer el gato se ha meado sobre su cama... En fin, qué enorme y qué minúsculo es el mundo. Qué grandes y pequeñas las razones para reír o para llorar.

Recuerdo, como un olor de tormenta, el día que Paca y Silvia nos dijeron que estaban enamoradas, ¡nos quedamos tan sorprendidas! Irene no entendía nada: «¡Pero si siempre os han gustado los chicos!», repetía sin cesar, nerviosa. «Lo que pasa es que os encanta haceros las modernas, pero no puede ser, no puede ser...», refunfuñó enfadada. Entonces Paca dijo aquello, la declaración de amor más bonita del mundo: «Irene, no me gustan las mujeres en general, me gusta Silvia en particular. Estoy enamorada de Silvia, como ser humano, como persona, ¿puedes entenderlo?». No, Irene no lo entendía y seguía con el rollo.

—Vale, que muy bien, pero si Silvia no existiese, ¿estarías con una chica o con un chico?

—Yo qué sé, Irene, qué más da eso...

—No, solo quiero saber si ahora, en lugar de ir a ver una peli de Brad Pitt, vamos a entrar a las de Nicole Kidman porque esté superbuenas.

Todas estallamos en un incontenible ataque de risa y Paca la tranquiliza.

—No te preocupes, Irene, somos incondicionales de Brad.

Aun así salimos de su casa sin entender demasiado. Esta noche, en la cena, Paca me ha devuelto la carta que les escribí la mañana siguiente de darnos la noticia, quiere que la guarde yo, dice que les hizo mucha ilusión, que fue algo muy especial para ellas.

Me entran ganas de llorar.

Con el paso de los años nos hemos acostumbrado a esa relación, tan sincera, tan llena de amor. Pienso en la tolerancia, me viene a la cabeza la imagen de mi madre, que nos enseñó a respetar y acoger; sientes su respeto antes que cualquier juicio. Su casa siempre ha estado abierta a todos. Ella no juzga ni impone, simplemente abre las puertas de su hogar y de su corazón y pone un plato de comida delante y da todo y no quiere saber quién eres porque respeta los secretos y la intimidad, siempre que seas honrado y justo. Me gustaría haber heredado su tolerancia en lugar de esta rabia que a veces me corroe, esa ansia de prenderle fuego al mundo.

Cuando hace cinco años le detectaron a Paca el cáncer de mama y le quitaron los dos pechos, pensamos que ya estaba, se había salvado. Hace un año la metástasis en el pulmón. Ella siempre dice que lo va a superar, ¡es positiva, fuerte! Pero le diagnosticaron la metástasis y se vino abajo. «Sofía, de cáncer de pulmón no te haces vieja», me dijo. Esta noche la he visto positiva y animada, con una estrambótica peluca roja casi fosforita, me impresiona, ¡es tan valiente!

A lo largo de los años la he visto trabajar de comadrona en los rincones más insospechados, trayendo niños al mundo en mitad de guerras, tornados, epidemias... Siempre positiva, siempre alegre, con esa inocencia tan graciosa, se lo cree todo y entonces es fácil gastarle bromas, de las que también se ríe, luego lo cuenta como si fuera un chiste... Está enamorada de la persona a quien quiere, aunque eso suponga desafiar muchas miradas, y afronta el cáncer con una fuerza sobrenatural.

Paca y mi padre son las dos personas más valientes que he conocido nunca. No es que les guste perder, a nadie le agrada, pero para hacer algunas cosas en la vida hay que asumir ciertos riesgos; ahí reside el verdadero valor. Los valientes no son los que no tienen miedo, son locos. Tampoco aquellos que no tienen nada que perder, pobres diablos. Ni siquiera a los que les gusta el riesgo, el filo de la navaja, se trata de unos inconscientes. Y los fanáticos cegados por una causa, esos son suicidas. Los verdaderos valientes son aquellos que valoran los riesgos y los aceptan porque han decidido que merece la pena.

Mi padre tenía valor y miedo, sabía lo que podía pasar y ponía toda su astucia, inteligencia y conocimiento en que no sucediera. También confiaba un poco en la suerte, creía que se la había ganado; que confiar en ella pero no ciegamente, que arriesgar pero con lucidez... era suficiente para que estuviera de tu parte. Aceptaba la posibilidad del fracaso y si era así, no le invadía la rabia ni la frustración porque esa opción ya la había barajado, una opción con la que jugó en algún momento. Un día voló por los aires, en pedazos, y el hombre valiente resultó no ser ya nada, pero supongo que nos dejó la sensación de que a veces merece la pena que quepa la posibilidad de que vuelas por los aires.

Paca lucha con la misma valentía cada día, ¿y si durase siempre? Empiezo a pensar que es invencible... Por favor, sí, ojalá, sí.

En la cena hemos prometido hacer un viaje las cuatro juntas a Francia, a ese pueblecito en el que nos hemos refugiado unas cuantas veces a lo largo de nuestras vidas... St. Guilhem le Desert persiste escondido en un cañón. Un hombre de allí me contó que le dicen el desierto no por la falta de vegetación, sino porque resulta un desierto para los hombres, nadie quiere vivir en ese lugar perdido en las montañas, rodeado de rocas. Nosotras sí, nos parece el escondite más fascinante del mundo.

Estuve toda la noche leyendo tu diario, no podía parar, solo me detenía para sentarme a escribir... Amanecí con la cabeza sobre el teclado, el enter tatuado en mi mejilla. Un día gris y frío, mucho viento, quizá no era propicio para empezar a correr de nuevo, pero lo necesitaba. Sentir el aire, sentir el frío en mi cuerpo, ir calentando poco a poco, sudar para terminar bajo el agua caliente y salir

renovado. Fui corriendo hasta el hospital del Niño Jesús. En principio esa no era mi ruta, pero descubrí la palabra clave y no pude resistir la tentación de ir a contárselo a Arturo. Además, me encanta correr por el Retiro.

Entré sudado y alborotado por la carrera y el frío. Pasé como una exhalación por la entrada, los dibujos, la salita de las enfermeras... y aparecí frente a su cama. Sin decir hola a Teresa y a Pedro, que están dándole el desayuno, me acerco a Arturo, que me mira expectante, y le suelto.

—Canto, la palabra clave es canto.

Sonríe con ilusión, me conmueven las personas a las que parece fácil hacer felices.

—Muy bien, ahora tienes una misión que cumplir.

Teresa y tu cuñado adelantan que por fin le dan el alta. No son como otros padres que quieren que su hijo esté en el hospital por si pasa algo, ellos no: ellos suplican a los médicos que les dejen llevarle a casa, están hartos de hospitales y creo que en más de una ocasión le han raptado o han exigido el alta voluntaria, pero esta vez no ha sido necesario, Arturo está bien y le dejan marchar.

Vuelvo a casa en metro, una ducha rápida y me acerco al hospital a verte con la esperanza de que nuestro doctor, Bela Lugosi, se digne a manifestar algo más que menear la cabeza de un lado a otro en señal de incertidumbre. En la puerta me encuentro con Jaime.

Cuando entramos están todos muy excitados. Arturo ha venido directo a ver a su tía, pero su tía ahora no es lo primero...

—¡Ángel, es ella!

—¿Quién?

—Esa enfermera tan simpática, se llama Aurora, ríe como si llorase y trabaja en un hospital. ¡Es la chica del cuaderno azul que encontró Sofía! Ahora solo tienes que encontrar al dueño del cuaderno..., lo harás, ¿verdad?

—Me han contado que eres un friqui de Tintín... Lo haré si eres capaz de decirme, en el plazo de un día, en qué *Tintín* hay un personaje que dice: «Lo pensaré, señor Listón».

Se queda pensativo, parece estar reseteando su disco duro, la cara se ilumina, empiezo a temer que estoy perdido...

—¡Bianca Castafiore en *Las joyas de la Castafiore*!

Mierda... Todos sonrían triunfantes o benevolentes mientras ponen al día a Jaime de toda la historia.

—Es lo justo, Ángel, después de todas las pruebas previas, ahora llega el momento de ponerse a currar...

—Ya que tienes tan buen rollo con la enfermera, a ver si le sacas algo... — Arturo habla en un disimulado susurro que todos escuchan.

—Pero yo no soy un investigador, ¿cómo narices voy a encontrar al dueño del cuaderno?

Los niños me miran desilusionados, Lua, Celia, Arturo, Javi..., incluso la adolescente Carmen parece decepcionada.

—Ángel, ya no se pueden conquistar países..., tendremos que cambiar de sueño. ¡A trabajar, yo también ayudaré!

—¿Quién te ha nombrado coordinador o conquistador sin mi permiso?

Pero nadie me escucha, ante la frase de Jaime la ilusión vuelve al rostro de los niños, que se alejan contentos.

Mientras pienso en cómo estrangular a mi amigo, me doy cuenta de que Jaime está hablando con Ana, suave, pausadamente, y adivino que le está contando su historia de amor a tu amorosa hermana. Empezando por aquello de matricularse en Filología Francesa, sin tener ni idea de francés y ante la sorpresa de todos, porque se había enamorado de la chica que estaba delante de él en la fila de matriculación y eso era lo que ella iba a estudiar. Luego cómo lo dejó todo por estar a su lado, seguido del abandono de ella por aquel italiano y la promesa de no volver a enamorarse ni pronunciar su nombre.

Me alegra que Jaime hable de aquello que le atormenta. No quiero entrometerme, así que me alejo a verte.

Llego y están ahí. Las conozco, las he visto casi cada día. A veces las observo desde lejos, en la cafetería, en casa de tu madre, en el hospital... Tienen un humor íntimo que nadie más entiende. Se ríen de asuntos sin importancia, son amigas de verdad. Sé que es un regalo, sé que esa amistad es un tesoro difícil de encontrar, difícil de conservar. Sé que lleváis años haciendo planes, que soñáis envejecer juntas, como solteronas insoportables o con una jauría de chiquillos correteando, envejecer en un gran caserón, junto a un cerezo y un nogal. Hablan mucho del pasado, quizá porque no tienen claro que exista un futuro para vosotras. Tú estás dormida y Paca no sabe cuánto tiempo le queda y vive la vida a tope, no con la agonía de aquellos que tienen poco tiempo, sino con la tranquilidad de los que gozan de los pequeños y deliciosos planes de cada día.

Me dejó impresionar por pocas personas. Conocer a tu sobrino Arturo resultó ser uno de los momentos más trascendentales de mi vida, y Paca, que no tiene miedo, solo la certeza de que saldrá de esta y la alegría de estar viva, que me hizo avergonzarme de las muchas veces que deseé morir.

Tras leer tu diario siento que las conozco un poco más. Entro en la sala de espera y las veo más transparentes, más cercanas. Son tres, son muy diferentes, como tres estaciones... Paca alegre y vitalista, con esos ojos color de otoño que transmiten tanta esperanza, como si tuviesen claro que tras el otoño llegará el duro invierno pero luego la primavera floreciente y de nuevo el verano que tanto le gusta, para viajar y tomar el sol... Sé que no se fía de mí, que no le gusto. Irene es práctica y reflexiva, algo tímida, tiene un cuerpo espectacular, deseas tocarla si está cerca, y ese aspecto de *top model* no encaja en este hospital gris. Su cara pecosa queda dominada por unos ojos azules como un cielo de agosto. Silvia es melancólica y solitaria, parece habitar entre las nubes aun cuando no está subida en su helicóptero; sus ojos, de invierno, no son tristes aunque sí grises, como el cielo opresivo bajo el que corrí por la mañana.

Y tú, el cuarto elemento, que también estás pero no estás. Tú, mi querida mujer misteriosa, ¿qué escondes tras ese cuerpo de niña y esa mirada sabia?

EL TUERTO DE CAMERÚN

Ya sabes que yo siempre estaré a tu lado,
para crear y reinventar el mañana.

Mensaje de Irene en tu móvil

eno aquí casi todas las noches: no hay mucha gente en la cafetería a esas horas, y los que están parecen abatidos por la tristeza o la incertidumbre. Me gustaría preguntarles qué hacen aquí, mejor dicho, quién los ha traído a este hospital.

Mientras cenaba ha venido mi enfermera preferida, Aurora, a por un bocata. Acaba su turno y se va a casa, pero es adicta a los bocadillos de lomo que prepara Delfín, el encargado de la cafetería, un hombre viejo, pequeño y con gafas. Es tan delgado que parece transparente, se mueve con rapidez y nunca tienes que repetirle nada, se queda hasta con el pedido más amplio sin apuntarlo. A mediodía jugué con Arturo, le pedimos diez cosas y las corregimos cuatro veces, a ver si el tío se confundía, porque no apunta nada; pero jamás se ha equivocado. No habla demasiado y cuando lo hace suelta expresiones tremendas del estilo: «Anda, dame un apretón de manos que dure hasta el fin de los tiempos». Es gracioso, llama a todo el mundo por su nombre completo, jamás por los diminutivos; si puede utiliza hasta el primer apellido y repite constantemente el nombre de su interlocutor. Los que llevan años trabajando aquí aseguran que no envejece; el otro día estaba hablando con una doctora muy mayor que le decía: «Pero, Delfín, ¿cómo te conservas tan joven?». «Pues, doctora Martín, debe de ser porque nunca discuto.» «Sí, hombre, no creo que sea por eso», espetó ella riendo. «Pues eso no será», sentenció Delfín sin dejar de bruñir la barra con un trapo.

Aurora se acerca y me quedo un poco cortado. Hoy la he pillado in fraganti; sé que la avergonzada debería ser ella, pero no puedo evitar que me afecte a mí. Estaba pasando un rato contigo, hablándote de las historias del hospital, Aurora siempre deja que me cuele cuando no está la bruja de Nora cerca. ¿Que quién es Nora? Si despiertas supongo que querrás vengarte de ella. Es la enfermera que comparte los pacientes con Aurora y podría asegurarse que son como el día y la noche. Es brusca y borde, os trata como si fuerais muebles y siempre dice cosas desagradables delante de vosotros. Aurora y el resto de las enfermeras intentan hablar de manera positiva cuando están con los enfermos, incluso con los que permanecéis dormidos. Aunque no se puede demostrar (nadie sabe si oís o no), por si acaso, mejor intentar insuflaros vida por los oídos, para que no se os quiten las ganas de volver.

Nora es bajita y rechoncha, siempre tiene mucha prisa, como si la mejora en vuestro estado dependiera de la rapidez; todo lo contrario de Aurora, que sabe que en este cubículo la vida se detiene y hay que trataros con calma y delicadeza. Tu sobrino Arturo la odia. El otro día no le quería dejar entrar con la silla de ruedas y, en su tono agrio habitual, con voz áspera, le dijo que si le acababan de operar era muy peligroso que anduviera por allí, cuando el mismísimo Bela Lugosi le había permitido visitarte. El caso es que él la llama (y por solidaridad todos hacemos igual) La Enfermera Que Me Las Pagará. Como es la jefa de enfermeras, siempre está pidiéndole a Aurora y a las demás cosas absurdas, pero a las que ella da una premura increíble: para sentirse importante y saciar su ego es capaz de exigirles un informe acerca de la utilidad de los puntos sobre las íes.

El caso es que me había colado a pasar un rato a tu lado, no había mucha gente por ahí cuando salí. Junto a los baños vi a Aurora besándose con ese joven cirujano que tiene una pinta de cretino engreído que no puede con ella. Aurora me miró; el Cretino no, estaba de espaldas.

Se acerca a mi mesa algo sonrojada y con la naturalidad de siempre, solemos hablar a menudo entre estas paredes.

—Hola, escritor, ¿todavía por aquí? Vete a casa, que la bella durmiente no se va a mover de su cama —me dice con su dulzura habitual.

—Pero me gusta estar cerca, por si despierta.

—Si despierta no te vas a enterar, le toca turno a Nora y ella no avisará a nadie hasta que llegue el médico. Ya sabes lo importante que es no saltarse las normas.

Lo dice con guasa y prosigue mientras juguetea con las migas que hay encima de la mesa.

—Oye, Ángel, me guardarás el secreto, ¿verdad? Es que está casado y no quiero montar un escándalo en el hospi, no me gusta que cuchicheen sobre mí.

—Si no te gusta que cuchicheen, lo mejor es que no salgas con hombres casados.

Sonríe como si yo fuese muy inocente y ella, una madura mujer fatal.

—No sirvo para novia, me aburre la rutina y me aterra el compromiso. Me gusta salir a cenar, al cine, un fin de semana romántico..., pero no cambiaría la compañía de ningún hombre por mis noches solitarias delante de un buen libro... Estoy enganchada a la pasión y a los encuentros furtivos, nací para amante, ¡qué le voy a hacer!

—Y él, ¿también nació para amante? Me da la impresión de que nació para tener una doble vida.

Hay ironía en mi voz, Aurora suelta una carcajada de las que le hacen llorar, y me lanza una frase estupenda, digna de ella.

—Él es un amante muy fiel, por eso me gusta.

«Pues a mí me parece un cretino espectacular», estuve a punto de decir, pero sin embargo contesté:

—Bien por ti, aunque no sé lo que pensará su mujer de todo esto.

—Bueno, a mí no me gusta romper matrimonios felices ni nada por el estilo, solo que me atraen los casados; los infelizmente casados, para ser concretos. Su mujer solo está con él por su dinero, y él está con ella no sé por qué, ni me importa. Pero no quiero que la deje, quiero que sea mi amante... ¿Me guardarás el secreto?

—Por supuesto, tu aventura está a salvo conmigo. A cambio tendrás que saciar mi curiosidad. ¿Nunca has tenido un novio que no estuviera casado?, con el que te apeteciese tener una relación normal.

Su cara se ensombrece un poco y suspira.

—Cuando era niña, bueno, adolescente, mi mejor amigo me dejó plantada de la noche a la mañana. Era un tío genial, tal vez demasiado guapo, y me costó levantar cabeza. Quizá por eso tengo miedo al compromiso.

Posiblemente también se deba a que (según la historia que contó el Guapo de tu diario) tu padre murió cuando eras una niña y siempre has tenido que cuidar de tu madre, tan desgraciada tras la muerte de su esposo que heredaste una idea equivocada (o demasiado realista) del amor: sufrimiento, pérdida, añoranza. Por eso prefieres las aventuras sin importancia en las que no te puedas implicar demasiado. Me gustaría haberle dicho todo esto, pero era entrometerme más de la cuenta, además tenía una misión que cumplir.

—¿No le has vuelto a ver?

—Qué va, nos mudamos y nunca volví a saber de él... En una ocasión, hace ya unos años, le busqué. Él trabajaba todos los veranos en Okume, un bar que había entre nuestra casa y la piscina... en Aluche... Pero ya no estaba ahí y su madre tampoco vivía en la misma casa...

—¿No te gustaría encontrarle? No sé, retomar, recuperar el tiempo perdido.

Vuelve a mirarme como si fuera un niño, pero yo no me siento un niño, me siento Dios moviendo los hilos. Así deben de sentirse los que pueden ver más allá, o los que saben más de lo que su interlocutor imagina.

—En lugar de novelista tendrías que haber sido poeta, eres un romántico. Han pasado quince años, no le conozco. Solo fue un buen amigo, un amor platónico...

Suena su móvil y se levanta sonriendo, por su cara intuyo que es el Cretino. Se despide con la mano y se aleja alegre y pizpireta, como siempre. «Mereces que te quieran —pienso—, si supieras cuánto te han querido.»

Estoy deseando contarle a los niños mi descubrimiento, ya tenemos un lugar donde buscar información del Guapo: el bar Okume, en Aluche. Pero cuando regreso a la sala de espera me encuentro una desagradable sorpresa. Me sudan las manos, el pulso se me acelera como si acabara de batir el récord de los cien metros lisos, la boca seca, el estómago al revés... Allí está la aclamada, vitoreada, laureada, inspectora de homicidios Pastora Martos. Tomás me la presenta con soltura y, justo cuando estoy a punto de gritar «¡sí, he sido yo, lo siento, lo siento!», me advierte que no está de visita oficial: solo quería hablar con tu familia y ver cómo evolucionas, porque te tiene aprecio. Ya, y un huevo, esta mujer es como un bulldog hambriento que no puede dejar de mirar de reojo la comida de tu plato. Aunque no está de servicio nos observa a todos como si fuésemos presuntos asesinos, como si, aun sin saberlo, antes o después fuésemos a cometer un terrible crimen y ella lo fuera a descubrir. Supongo que habrá incluido a Arturo en la lista de presuntos narcotraficantes en potencia, porque cuando Tomás le dijo que era de la pasma, Javi se apresuró a contar.

—Pues tendrá que detener a mi hermano, el de la silla de ruedas con el que se ha cruzado: se comió mogollón de bolsas de cocaína y una le explotó en el estómago y así se ha quedado...

Pastora no tiene demasiado sentido del humor; por eso cuando Teresa y Ana empiezan a reírse a carcajadas, creo que se le rompen todos los esquemas sobre la educación infantil. Así va el mundo, debe de pensar, los colegios están llenos de futuros delincuentes.

Fue la primera inspectora de homicidios de Madrid. La policía es un colectivo históricamente masculino, supongo que habrá tenido que luchar contra colegas machistas, demostrando siempre el doble para conseguir lo mismo que todos, y siempre en el punto de mira de sus compañeros. Vale, eso es verdad y quiero pensar que si te ha ayudado en diferentes investigaciones, debe ser una mujer íntegra y comprometida, pero no puedo evitar que me caiga mal. Quizá es porque tengo algo que ocultar. Se esfuerza por ser agradable, sin éxito, apesta a tabaco, café y noches en vela; es tan flemática que incomoda. No dudo que sea una eficaz profesional, aunque me temo que su calidad como persona deja mucho que desear: cuadrículada, poco humana, un robot para descubrir criminales.

Tomás, en su jerga habitual de tacos y argot barriobajero, le cuenta todo, como siempre. Que si soy un famoso escritor amigo de Sofía; que si quiero escribir un libro en el que la trama va a ser el intento de asesinato de una activa miembro de IMARA; que si sería interesante que yo estuviera al tanto de la investigación... Pastora parece escuchar, pero creo que en realidad procesa, destila, memoriza. Me hundo cuando dice que tiene pistas sobre el atropello, y juraría que me ha mirado a mí. Estoy muy asustado, a esta no se le escapa una.

Todavía continúo nervioso cuando salimos del hospital, el aire frío me hace sentir algo mejor. Voy con Tomás al estudio de Irene. Tu amiga, la que parece una *top model* con los ojos como un cielo de verano, se dedica a la realización de documentales y es muy conocida en el mundo del cine por las diferentes películas de denuncia que ha realizado en muchos conflictos. Fue contigo a grabar testimonios de inmigrantes que se prestaron a hablar ante la cámara: queréis hacer un documental sobre el tema que, junto con las fotos de los abandonados en el desierto, de los heridos en las vallas y la cinta que nos filtró Abel, acompañe tu acusación. Quizá de ese modo se abra una investigación o por lo menos así el mundo se enterará de lo que sucede...

Me sorprende que venga con nosotros el chico del parche, un inmigrante que siempre anda por el hospital. Tiene un cuerpo espectacular (según las enfermeras) y el parche en el ojo le da un aspecto de pirata muy atractivo... No he tenido ocasión de hablar con él, pero siempre charla con todos y gasta bromas a las enfermeras continuamente. Viene porque Irene tiene que grabar su declaración. Aunque no estés tú, Sofía, seguir adelante con tu proyecto los une a ti. En algún lugar sideral, en algún punto de ideales y sueños, seguís conectados.

Tomás tiene un gran poder de convicción. Después de ver a la inspectora, lo único que quiero es irme a casa a emborracharme, como hacía antes, pero tu cuñado insiste con su lengua ágil y sus movimientos rápidos en que me vendrá muy bien para la novela, son testimonios únicos. No lo pienso mucho, solo me subo al coche intentando no perderme en mis pensamientos sombríos y seguir la conversación.

El estudio de Irene es una mezcla de su manera de asomarse a la vida y del arte que quiere expresar. Sofisticado, sincero, contradictorio. No sabe si salvar el planeta o pintarlo de colores, el eterno conflicto entre el arte y la lucha. De momento le muestra al mundo las injusticias que se han cometido en la valla que separa España de Marruecos, un abismo de dolor y esperanza. Me siento en una silla de oficina, frente a la pantalla del ordenador llena de líneas y códigos de tiempo que estorban en la imagen, pero da igual, desde el principio solo veo ojos, labios, grietas; en esos primeros planos que me revuelven y destruyen.

Primero sales tú explicando la situación. Te escucho por primera vez y tu voz suave, como de terciopelo parecida a la de Ana, me envuelve. Tu belleza en movimiento me cautiva, te mueves de manera sigilosa y elegante como un animal capaz de adaptarse a cualquier terreno sin perder su gracia; pelo oscuro cubriéndote como una manta; las manos que acompañan todas tus frases, los ojos negros y fijos, de mirada sabia, parecen querer penetrar en cada conciencia.

Estás en Marruecos, en un bosque, como un hada:

«El cuerpo de un inmigrante camerunés presuntamente asesinado por la Guardia Civil ha sido encontrado en los bosques marroquíes próximos a la frontera de Melilla».

Se ve que la gendarmería marroquí se lleva un cuerpo cubierto y corta a un plano en el que un chico de Mali, de unos veinte años, habla muy exaltado, casi llora, mientras señala el cuerpo que se aleja. Intento no perderme ningún gesto mientras leo los subtítulos.

«A las dos de la madrugada un grupo fuimos a intentar cruzar la alambrada. La Guardia Civil nos atacó utilizando los métodos más duros, como siempre: porra, esposas, gases lacrimógenos, balas de goma, balas reales. Pegaban mucho a uno de los compañeros, hasta que no se levantó. Abrieron la puerta pequeña de la alambrada y nos sacaron a todos a Marruecos junto al cuerpo sin vida. Esperamos que alguna autoridad internacional cuente lo que ocurre o haga algo...»

Volvemos a ti, a tu figura menuda aterida por la humedad del bosque. Desearía tocarte, abrazarte. Pareces fuerte, dura, pero detrás de tu caparazón de roca se esconde un ser sensible y maduro que sufre por no hacer daño a los demás y lucha por conciliar la realidad con sus ideales. Me gusta tu ropa sencilla, cómoda, elegida con gusto pero sin demasiada atención. Pestañeas de un modo muy sensual, insinuante. Me excita observar cómo tus pezones se intuyen a través de la camiseta. Tengo una leve erección y me avergüenzo de mí mismo, ¡soy un enfermo!

Cuentas que no es la primera vez que los inmigrantes subsaharianos sufren agresiones, solo que hoy a alguien se le ha ido la mano, y han muerto tres personas. «Ejercer esta violencia es fácil porque las víctimas desaparecen en territorio marroquí. Desde Ceuta se han documentado doscientas deportaciones ilegales efectuadas por la Guardia Civil en los últimos tres meses... La mayoría fueron antes víctimas de malos tratos. Pedimos que la Guardia Civil de las fronteras de Ceuta y Melilla sea exhaustivamente investigada.»

Y otra vez esos rostros llenos de dolor y de rabia, una rabia sorda que se parece más al cansancio, unos labios exangües por el agotamiento, unos ojos sin chispa excepto cuando no pueden más y se ahogan en lágrimas. «Qué barbarie, me recuerda a cuando los militares entraron en mi casa, nos robaron todo y violaron a mis hermanas. Creía que en Europa no pasaría esto.»

Algunos hablan en inglés, otros, sus lenguas vernáculas que suenan como un canto lejano, una llamada materna, aún más dramática.

«Ahora es cuando doy gracias a Dios por estar vivo. He pasado dos veces hasta Ceuta. Dos veces que me han enviado a Marruecos. Soy congoleño y les pedía por favor que necesitaba refugiarme en España. Mi hermano fue descuartizado por los militares y puesto en la puerta del hospital general de la capital, donde trabajaba como médico. Sin poder explicarme, una noche, un guardia civil pelirrojo, uno mayor que parece jefe, sacó su arma, me habían desnudado y yo tenía mucho frío, con la pistola me apuntó a la cabeza y poniéndome de rodillas dijo que ese era el único asilo que encontraría allí.»

Me estremecí, se me hizo un nudo en el estómago. Luego un pequeño montaje con música, muy emotivo, en el que se ve la otra cara, la de los voluntarios, los médicos, los guardias civiles, la guardia costera..., los que ayudan y sufren y se estremecen, igual que yo. Pero volvemos a la realidad, sin música, solo las porras que caen sobre sus cuerpos. «Algunas de esas porras tienen también electricidad y sientes cómo el cuerpo tiembla por dentro con cada descarga, cómo pierdes la respiración en un momento y crees que vas a morir —

contaba un chaval de unos veinte años, con boca de anciano—. Salí con todos los dientes de mi país, que está en guerra. Los mantuve por todo África y en mi primera noche en Europa perdí siete... Me los rompieron con una porra.»

Vuelves a salir tú, con tu cara inocente y las cejas oscuras que ensombrecen más aún tu negra mirada. ¡Me duele tanto verte viva! ¡Siento tanto lo que te he hecho!

«Los medios de comunicación confunden las cifras y alarman a la población.»

Por la pantalla vuelan recortes de periódicos con titulares: «Una avalancha de más de 500 subsaharianos intenta pasar a Melilla»; «La Guardia Civil frena una entrada masiva de inmigrantes en Melilla»; «Inmigrantes intentan derribar rejas en Ceuta y Melilla: Según el Instituto Armado, los subsaharianos actuaron coordinados y sincronizados en su intento de saltar las vallas de forma “masiva y en fuerza”, para lo que utilizaron escaleras artesanales».

Miras desafiante a la cámara mientras explicas.

«Los intentos de saltar la valla se relatan como si fueran una acción planificada de hombres experimentados en estrategia militar, cuando la realidad es que los subsaharianos que intentan entrar en España huyen en su mayoría de la pobreza y algunos son susceptibles de pedir asilo. En el fragor de la noche sienten miedo a que lleguen los militares marroquíes y los deporten a Oujda (en la frontera con Argelia, en tierra de nadie) completando el trabajo de las fuerzas españolas.»

La pantalla se paraliza con tu rostro crispado por una mueca extraña, ocupándolo todo, la boca medio abierta en una frase inacabada, el ceño fruncido... Irene y Tomás me miran en silencio. Ellos no se conmueven, ya están acostumbrados y saben que emocionarse no sirve de nada. Pero yo no dejo de preguntarme dónde he estado escondido todo este tiempo para no enterarme de nada, dónde nos ocultamos todos, en qué lugar tan oscuro que no es necesario cerrar los ojos, porque aunque los abras sigues sin ver nada.

Luego ponen la cinta que nos dio Abel para que Irene capture las imágenes más impactantes y modifique la perspectiva, intentando que no se aprecie que están sacadas de una cámara de seguridad para no ponerle a él en peligro.

Huelo el miedo en ese plano fijo que solo muestra una alambrada, un trozo de tierra, un profundo silencio. Veo a varias personas cortándose con los espinos, pero aun así precipitándose de un peligroso salto a la tierra soñada. Veo

desplomarse un cuerpo por un disparo de goma. Veo a varios agentes (uno de ellos gordo y pelirrojo) apaleando con saña a un pobre hombre harapiento que levanta las manos en señal de rendición.

Todos tenemos una necesidad animal de romper algo, de mandar todo a la mierda. Ahora le toca el turno al chico del parche en el ojo, el pirata con cuerpo de atleta que siempre va a verte al hospital. Él tampoco lloraba al ver las imágenes, era peor: era como si no pudiera volver a llorar en toda su vida.

Irene le pide que se siente sobre el taburete, colocado delante de una pared que tiene una enorme tela azul. Pone la cámara frente a la silla y Sevè cuenta su historia.

Vino desde Camerún. Allí era soldador y ganaba bastante dinero, vivía medianamente bien. Entonces se enamoró y la familia de ella le pidió una dote para poder casarse. Sevè la amaba con locura y en Camerún debía trabajar durante cinco o seis años para ahorrar todo el dinero, no quería pasar tanto tiempo separado de su novia y tomó una decisión: me voy a vivir a España, trabajo unos meses, saco el dinero de la dote, vuelvo a Camerún y me caso.

A este pobre enamorado le volaron un ojo de un pelotazo de goma en la frontera de Melilla. Le llevaron al hospital y llegó a Madrid con la típica orden de expulsión impracticable, ya que no le pueden devolver a Camerún porque España no tiene ningún tratado de repatriación con ese país, pero tampoco puede estar en España porque tiene orden de expulsión. Solo puede ser ilegal. Un abogado amigo de Tomás le tramitó los papeles para conseguirle un año de permiso de trabajo. Se parte el lomo doce horas diarias en una obra. No le ha dicho a su futura esposa que le falta un ojo, no quiere asustarla, prefiere que crea que está feliz.

Quizá no es la historia más terrible que escuché, ni que vi. Pero a los tres nos llegó increíblemente porque era una historia con la que nos podíamos identificar, una historia muy triste.

Tan triste como un amor perdido.

MUDARME DE PLANETA

El cariño, el verdadero, siempre ha sido una buena medicina.

Dice el médico vampiro

Cada mañana busco su mirada a través del cristal. Paso por delante del cuarto de las enfermeras esperando encontrar algún signo positivo en su rostro. Pero no lo hago solo yo, lo hacemos todos, forma parte de los rituales del hospital.

—Aurora está muy seria, ha evitado mi mirada, creo que pasa algo, Ángel.

Ana está asustada. Ana, que normalmente se advierte tan cómoda en el mundo, se hace dueña de cualquier situación, de cualquier entorno. Ana, con su visión positiva y alentadora, está asustada y eso me espanta a mí.

Normalmente, cuando un enfermo permanece en la uci, los médicos te informan todos los días sobre su estado, pero son bastante fríos y tienen tendencia a ponerse en lo peor, además les ves diez minutos y listo. Sin embargo, siempre son las mismas enfermeras las que están con los pacientes y en ellas buscamos las respuestas. Por eso si Aurora está sonriente, creemos que se debe a que tú estás mejor; si la vemos triste, pensamos que nos espera una mala noticia... Para nosotros no es posible que posea otra vida, otros sentimientos que se escapan a nuestra presencia.

Aquel día tu piel era del color de la cera y en tu rostro acartonado no se reconocía nada que te hiciese parecer tú, nada de la mujer que eras, quizá solo las quemaduras en los pies. Ana tenía razón, pasaba algo.

Después de ver cómo te mueves en las imágenes de Irene, llena de vida y de entusiasmo, con tu hablar decidido y esa voz de terciopelo..., ahora te observo aquí postrada y por primera vez me pareces un cadáver. Me gustaría zarandearte, me gustaría besar esos labios mates. Pero no puedo. ¿Y si despiertas y yo no te gusto? Puede que no sea tu tipo. Eso no debería preocuparme, quizá ni me dirijas

la palabra por lo que te he hecho. No te mueras, por favor, quiero que existas. Quiero tener la posibilidad de conquistarte y conocerte, y saber qué es lo primero que haces al despertar, quiero probar tu saliva y tu sexo, quiero refugiarme en tu piel.

Entró Bela Lugosi en la sala de espera y todos se levantaron como un resorte para acercarse a él. Tu madre en cabeza, Ana y Teresa a su lado, Edne ligeramente más apartada con Azaro siempre en brazos, Irene, Silvia, Tomás... Me dio pena el médico vampiro, ¡se le veía tan pequeño alrededor de tanta gente!

Cuando vi que el brazo de Tomás se agarrotaba en torno al cuerpo de Ana, que desfallecía, supe que era verdad: el rostro compungido de Aurora auguraba malas noticias. No estás bien, Sofía. Han intentado bajarte la dosis de medicamentos para ver si reaccionas de manera positiva, para ir valorando el nivel de conciencia y poder sacarte del coma, y no ha sido así. Al parecer no respondes a estímulo, continúas con la respiración asistida y puede que sigas eternamente anclada en este sopor.

De pronto todo se hunde, nada del ambiente festivo que reina cada día en la sala de espera, nada de la certeza de tu recuperación, nada de planes futuros o conversaciones fútiles. Hemos perdido la esperanza. La realidad nos golpea con tal fuerza que el grito de Arturo no sorprende, es la reacción natural ante la desgracia.

—¡Es culpa de Hugo! ¿Por qué ha venido?

Tu amigo Hugo ha regresado de Brasil para verte. Es mucho más guapo de lo que me imaginaba y al verle se me ha encogido el estómago, ¿serán celos? Lo imagino follándote en el desierto, bajo una tormenta de arena, con una inmensa luna roja iluminando tu piel morena.

—Pero, Arturo, no digas tonterías. ¿Qué tendrá que ver Hugo en todo esto?

Tu madre está tensa, no le apetece escuchar cuentos infantiles.

—Igual que con *Kide* —sigue Arturo, enfadado—. Cuando se murió, ¿no os acordáis?

Y cuenta la historia que ya todos habían olvidado. Es lo bueno de ser un rey: siempre te escuchan, hasta Bela Lugosi permanece atento al relato.

—*Kide* era vieja y tenía un cáncer desde hacía mucho tiempo, ya la habían operado una vez, pero la perrita...

—¡Qué bonita era! —interrumpe Celia, y me mira—: Una pastora belga negra y con una mala leche... Mordía a todo el mundo.

—A ti nunca te mordió —corrige Teresa con cariño, y Arturo prosigue.

—No, ni a Sofía. Pero mordía porque lo había pasado muy mal: tenía mucho miedo a la gente porque la atropelló un coche de pequeña.

—¡Como a Sofía! —grita la pequeña Lua, que no había conocido a *Kide* y estaba encantada con la historia. Arturo sonrío a la niña mientras no deja de hablar.

—¿No os acordáis de los últimos días de *Kide*? La tía Sofía estaba trabajando en el extranjero, la perrita se puso muy enferma. Era verano y todos íbamos a casa de la abuela a bañarnos y la veíamos fatal, casi no andaba, respiraba con dificultad y hacía un ruidito muy raro por las noches, como si llorase. El veterinario dijo que había que sacrificarla para que no sufriera más; de todas formas, moriría en poco tiempo.

—Arturo, déjate de rollos. ¿Qué tiene que ver *Kide* con Hugo?

El niño parece molesto, pero no hace demasiado caso a su hermana mayor.

—Sí, a eso voy..., el caso es que a las dos semanas llegó Sofía, fuimos a buscarla al aeropuerto y mi madre se lo dijo en el coche. Llegamos a casa de la abuela y Sofía acarició a la perra durante mucho tiempo, tumbada a su lado y hablando con ella. Siempre hablaba con ella, a mí me decía que *Kide* le respondía, aunque ahora sé que eso era mentira. Por la tarde íbamos a llevarla al veterinario para terminar por fin con su sufrimiento. No hizo falta. *Kide* murió a las pocas horas de que llegase Sofía, ¡la estaba esperando para marcharse! ¿No os dais cuenta?

Todos permanecemos en silencio, hasta que tu madre, la milagrosa Milagros, habló con esa voz demasiado grave para ser una mujer. Ya no estaba abatida por la tristeza: la historia de la perra *Kide* parecía haberle devuelto su actitud enérgica.

—Anda, anda, no seas cuentista. Sofía no esperaba a que llegase Hugo para nada; además, está estupendamente, solo hay que darle un poco de tiempo. Vamos a casa a reponer fuerzas. Edne y yo hemos preparado un cocido buenísimo.

—¿Vienes, Ángel? —preguntó Tomás—. No tengo ninguna noción de medicina, pero sí una confianza absoluta en los milagros del cocido de Milagros...

No encontré ninguna razón para no ir: una suculenta comida, una compañía estupenda. Cuando nos estábamos poniendo de pie, Lua se levantó muy seria.

—Lo que hay que hacer es pensar mucho en Sofía.

—Claro, mi amor, todos pensamos mucho en ella.

Ana acariciaba la cabeza de su hija con una ternura infinita, pero Lua se volvió hacia el pálido médico, que parecía seguir analizando la historia que había contado el chaval de la silla de ruedas.

—¿A que sí, doctor? Laura Gutiérrez, de primero B, dice que si piensas mucho en algo, pasa... Si todos pensamos que la tía se va a curar, seguro que se cura. ¿A que sí, doctor?

El pobre Bela no se había visto en una igual en toda su vida, parecía arrepentido de haberse quedado. Volvió a su estado cansado y nervioso, siempre parece que está a punto de irse, consumido por la tristeza. No le creíamos capaz de dar una respuesta a la altura de las circunstancias, estábamos seguros de que contestaría con evasivas o con un ligero asentimiento. Pero no, casi le quitamos el mote de vampiro gracias a esa respuesta.

—Bueno, el cariño, el verdadero, siempre ha sido una buena medicina.

Un gran tipo Bela Lugosi, después de todo.

Salimos en tropel del hospital y Arturo detiene en seco su silla de ruedas con una sospechosa cara de que se le ha ocurrido una idea formidable.

—Antes de ir para casa, podemos investigar el bar ese, Okume, donde trabajaba el tipo del cuaderno azul...

Imposible negarme, los inmensos ojos azules pueden demasiado.

Contra todo pronóstico resultó ser una mañana fantástica, de esas que se quedan en la memoria.

No solo voy con Arturo, también nos acompañan Celia, Javi y Carmen. La pequeña Lua quería venir, pero ya era demasiado.

Salimos del hospital para cumplir una importante misión, de esas que salvan al mundo de un desastre absoluto, o eso parecía por nuestro entusiasmo y determinación. La más reacia era Carmen: es una chica preciosa, inteligente, dulce, pero por alguna razón está un poco peleada con el mundo, no le gusta demasiado su cuerpo cambiante de adolescente, no le gusta su vida, quiere hacerse a la medida del mundo.

—¿Sabes, Carmen? —le digo con la discreción que me caracteriza—, lo mejor es que el mundo sea a tu medida y si no, que le den por culo.

Me mira sorprendida y se ríe mucho, se pone algo colorada.

—¡Qué graciosa eres!

Entonces me lanza una mirada algo seria.

—Ya, pero yo no quiero ser graciosa, quiero ser sexy.

Ahora el que se ríe soy yo, realmente es encantadora.

—Bueno, a mí el sentido del humor me parece lo más sexy del mundo.

Salimos del hospital algo más animados, por lo menos Carmen pisa fuerte para que el viento no se lleve sus pasos y sube al coche.

Nos dirigimos a ese maldito bar en Aluche donde trabajaba el Guapo aquel verano cuando escribió en el cuaderno. Puede que Aurora estuviera primero en la puerta, comiendo pipas y tarareando las canciones de moda; probablemente alguien tenía una guitarra, seguro que estaban en ese momento de entusiasmo y confianza, cuando aún crees que te puedes comer el mundo con la misma facilidad que devoras esa bolsa de pipas. Me acerco al bar y me parece poder verlos, distingo la acera con una alfombra de cáscaras, me parece oler el cloro en la piel y el pelo de ese grupo de adolescentes. Escucho sus corazones palpitando vida, sus venas latiendo de pubertad incomprensible e incomprensida. Escucho esa risa cantarina que llora a la vez... Pero no, cuando llegamos a Okume han pasado más de quince años y no hay rastro de ninguno de ellos. La chica extranjera que está detrás de la barra no tiene ni idea de quién trabajaba los veranos allí hace tanto tiempo, pero ante la insistencia del personal hace salir a la dueña, que está en la cocina.

Parece entender toda la sarta de mentiras que le contamos, quizá le ha conmovido el curioso equipo que la interroga: una chica preadolescente con las piernas aún demasiado largas para su tronco, pero que apunta maneras para convertirse en una preciosa mujercita, con esa sonrisa tímida y divertida. Otra que ya pasó esa fase, con una cascada de pelo rizado sobre su rostro pecoso. Un niño divirtiéndose de lo lindo en su silla de ruedas. Un hombre de treinta y siete años, estatura media, delgado, pelo muy corto de color castaño, tenue barba, manos grandes de artesano, cuello ancho de deportista, alguna cana de los últimos tiempos, ojos grandes y almendrados, sonrisa amable, sonrisa demasiado amable; parece que pretenda vender algo..., quizá al niño rubio, de pelo rizado y rostro angelical que se empeña en cargarse todo el mobiliario.

Conseguimos un nombre: Marcos, y un lugar: ha montado su propio bar en el centro: Diurno. Allí nos dirigimos. Los niños, emocionados, no paraban de hacer conjeturas sobre cómo sería el dueño del cuaderno. Celia es la encargada de empujar a Arturo. Es bonita la relación que tienen, cómo su prima le cuida y entiende. Hace lo que le pide, siempre. El otro día estaban jugando todos a las tinieblas, Arturo le dijo a Celia que asustara a Lua, que es muy miedosa, Celia la asustó, la pequeña se puso a llorar y cuando su madre intervino, Celia se defendió alegando que Arturo se lo había pedido.

—Muy bien, Celia, pero ¿por qué narices asustas a tu hermana, eh?, ¿por qué has hecho caso al liante de tu primo?

—Mamá, porque Arturo es Arturo.

No hizo falta explicar nada más. Ya digo que si eres un niño rey, puedes con todo.

El bar Diurno es una cafetería discreta y agradable, de grandes ventanales y todo tipo de tartas... Nunca me he sentido atraído por un hombre, pero sé reconocer cuando uno es guapo y él lo es. Detrás de la barra parece un dios que haya bajado a la Tierra para reírse de los pobres mortales.

No nos atrevemos a entrar, pero todos quedamos satisfechos. Hemos descubierto a La Que Ríe Llorando, hemos encontrado al dueño del cuaderno azul, al que todos bautizan como el Guapo igual que tú... Le haremos llegar el cuaderno y misión cumplida...

Nos dirigimos a casa de tu madre, con el entusiasmo de un niño que aún cree en los Reyes Magos, incluso cuando se entera de que son los padres: le da igual, cada año olvida que lo sabe y así puede seguir soñando otra Navidad... Seguimos soñando que te pondrás bien, es demasiado terrible pensar que no. Esperanza: confianza en que ocurra o se logre aquello que se desea. Mi esperanza lleva tu nombre.

No sabíamos que ese día aún deparaba espantosas noticias.

Llegamos a la casa de piedra, con el enorme laurel en la entrada. Está nevando, aun así quiero ir a correr un rato por esos caminos de arena que salen desde el pueblo. Todos dicen que estoy loco, pero me apetece. En realidad no nieva, sino que el viento parece traer los copos de la sierra, copos ligeros que hacen remolinos, a veces da la sensación de que quieren volver al cielo. Hay nubes oscuras a lo lejos, pesadas como este día gris, nubes finas sobre mi cabeza, incluso se cuela algún rayo de sol. Sin embargo, las calles están desiertas: parece que solo yo quiero soportar estas inclemencias. Es normal, según voy resucitando noto que necesito sentirme, aunque sea con esta ventisca golpeándome.

Vuelvo a casa de tu madre, que tan bien describes en tu diario: esa casa que echas de menos siempre que te vas, llena de gente, con las puertas abiertas, niños correteando por las escaleras y diferentes olores esparcidos por las paredes.

Tengo ropa seca en la mochila, Teresa insiste en que me dé una ducha para no quedarme frío, pero me da vergüenza, así que únicamente me cambio y voy con Pedro a tomar una cerveza junto a la chimenea. Tu cuñado es agradable, tiene un aspecto muy sereno, como si la calma que reina en su familia dependiera de él. Quiere mucho a tu hermana, se nota; ella es más como un volcán, capaz de cambiar del mejor humor al más agrio ipso facto. Es muy

exigente consigo misma y con los demás, pero su entusiasmo arrasador la dota de una fuerza descomunal. Pedro la define como la euforia en estado puro, y se refiere a las diferentes acepciones de esta palabra, porque «euforia» no solo significa «entusiasmo o placidez», también es la capacidad para soportar el dolor y las adversidades.

Pedro se va y en ese intervalo de soledad se acerca Javi para contarme que Arturo está triste porque ese amor adolescente no haya sobrevivido, aún cree en los «para siempre». Así que a la siguiente misión la llaman «reencuentro». Hay que conseguir que el Guapo y Aurora se vean.

—Al señor exigencias no le basta con hacer que se encuentren por casualidad. ¡Digo yo que si la misión se llama Reencuentro, con eso bastaría! — Javi está indignado...

—Tienen que querer encontrarse; si no, no tiene gracia... —sentencia Arturo.

Estábamos elucubrando sobre las posibles acciones que debíamos emprender cuando sonó el teléfono. Al rato se acercó Ana, pálida. Era Tomás.

—Ha aparecido Abel en su casa de Ceuta, muerto. Dicen que se ha suicidado con un bote de pastillas... Tomás cree que... que ha sido asesinado.

Un silencio glacial se apodera de todo, parece que un temible aliento helado nos estuviera rozando la nuca. Es el frío que provoca la mezcla de impotencia, miedo, sorpresa y ganas de vomitar. Es el frío que provoca saber que hoy un hombre bueno ha muerto asesinado.

—Pastora ha mandado parte de su equipo a Ceuta, por si lo de Abel tiene relación con el caso de Sofía y pueden culpar al Pelirrojo de algún crimen...

Veo las manos sudorosas, la mirada aterrada, el alivio al entregarnos la cinta, la ansiedad por empezar una nueva vida.

Quiero mudarme de planeta. A uno donde los buenos no mueran asesinados, atropellados o apaleados. A uno donde haya un sitio para los malos que se arrepienten. Donde haya esperanza y no dolor. A ese donde quepa mi camino inventado, las palabras no sobren y me lleves contigo.

OLVIDAR EL INFINITO

Eres lo mejor del mundo y de la vida.
El Guapo, declaración a Aurora en su cuaderno azul

—¿Qué hacía usted allí?
Ni un rasgo de su rostro se inmuta, me trata como el testigo ocular que soy. Me dispongo a explicarle a la inspectora Martos todo lo ocurrido. Los niños, el bar, el Guapo, el cocido..., la llamada que nos anuncia la muerte de Abel... y la siguiente llamada de Irene que cuenta que cuando llegó a su estudio se sorprendió al ver que habían entrado a robar, dejándolo todo patas arriba. Faltaban los ordenadores, los archivos... pero el documental y la cinta donde el Pelirrojo apaleaba a aquel inmigrante los tenía Tomás. ¿Qué cinta? Se lo explico. ¿Por qué no habíamos comunicado la existencia de esta cinta? Le hablo de sacarlo a lo grande, de que no pase desapercibido para que el Ministerio del Interior no lance una cortina de humo... Según me escucho hablar, me siento un loco obsesionado por el complot nacional.

El caso es que no habían encontrado lo que buscaban, por lo tanto, seguirían buscando..., así que Jaime y yo acompañamos a Tomás a su casa. La puerta estaba abierta. Nos quedamos paralizados hasta que Jaime decidió entrar. Todo estaba revuelto. Cuando vamos a pasar a la habitación me parece ver a alguien tras la puerta, corro en busca de esa sombra, bajo por las escaleras hasta el portal, pero cuando llego a la calle no hay nadie. Madrid duerme a pierna suelta y yo he debido sufrir una alucinación... y luego hemos llamado a la poli y aquí está usted, señora inspectora, en el lugar de los hechos, pero tarde, como de costumbre. Quizá me explayé demasiado...

—No sea tan emotivo, señor Álamo, son solo preguntas de rutina. ¿Puede describirme a «la sombra» que creyó ver?

—Pues no, es lo que tienen las sombras..., son algo ambiguas.

Tras la bronca monumental por ocultar pruebas en una investigación criminal, la inspectora pregunta si se han llevado la dichosa cinta.

—Bueno, se han llevado las copias —argumenta Tomás con tono triunfante—, pero la única que puede contar como prueba en un juicio, aunque nunca como definitiva, es la original que estaba en las cámaras de seguridad. Y esa la tengo yo bien escondida...

La cinta, de formato característico, queda confiscada por Pastora, que promete darle copia para que la incluya en el documental.

Volvemos a la casa de Milagros, ya que todos vamos a pasar la noche ahí. Unos no tienen puerta, otros tienen la casa patas arriba y yo tengo mucho miedo. Jaime simplemente se apunta al plan. Todos estamos muy afectados y no queremos estar solos.

Más que una noche terrible parece la fiesta del pijama, sobre todo porque los niños, ajenos a las peores noticias, están felices de que la casa esté hasta los topes. Cuando entramos empiezan las discusiones.

—Joder, pero si Silvia está en la parra...

—¡Javi! —le regaña tu hermana.

—Es verdad, a mí me cae muy bien, pero... no se entera mucho de nada..., de nada normal...

Lua lo ha definido bastante bien. Pero Arturo está decidido.

—Creo que su idea es genial, al estilo Cyrano...

Al parecer a Silvia se le ha ocurrido que para la Misión Reencuentro le dejen al Guapo en su bar el cuaderno azul con la dirección del hospital escrita en la portada. Por otro lado, deben mandar al móvil de Aurora un mensaje en el que únicamente ponga «eres lo mejor del mundo y de la vida».

No me parece mala idea, les dejo discutiendo porque quiero descansar un poco antes de salir. Vamos a ir a tomar algo fuera, para huir de las antenas parabólicas de los niños.

Me zambullo en el sofá que está bajo la escalera, inmovilizado por cien mantas y lejos de la vista de los demás. Intento sumergirme en la magia *malausséniana* de Pennac, porque a pesar de las desgracias y avatares de sus personajes, a pesar de las bajezas del mundo, su prosa destila una increíble esperanza, esa fe en el ser humano que tan reconfortante me resulta.

Pero hoy Pennac no me ayudaba y continué con tu diario.

Me siento vulnerable escribiendo este diario, me siento desnuda, como si cualquiera pudiera leerlo y descubrir mis anhelos y mis miedos. También me inquieta que nadie lo vaya a leer nunca, supongo que las palabras solo existen realmente si alguien las descubre, no sirven para estar escondidas. Por eso lo hago, por eso cuido las palabras de manera que esto no sea solo un desahogo, con la esperanza de algún día poder decir: «Toma, lee».

He escuchado en la radio que España es uno de los países que menos conflictos tienen a la hora de aceptar a personas extranjeras en sus territorios. Pero en contraposición, en las encuestas realizadas, una de las cosas que más inquietan o preocupan al ciudadano es el problema de la inmigración. Tal vez si fuéramos capaces de ver más allá del «fenómeno» de la inmigración, cargado de cifras y estadísticas, de ver más allá del color de la piel, la religión, los territorios, las fronteras..., simplemente nos encontraríamos cara a cara con seres humanos.

Es difícil para mí comprender por qué nadie entiende lo que está pasando, por qué a tanta gente le asusta que el mundo sea de todos. ¿Qué es una frontera, qué pretende? Europa necesita a esos inmigrantes. Si un día de buenas a primeras todos los inmigrantes que trabajan en Europa (con o sin papeles) dijese vengamos, habéis ganado, nos vamos, ciao, ¡Europa se parará! Pero además está la humanidad, de ayudarles porque sí, porque son personas en apuros. ¿Qué culpa tienen ellos de haber nacido donde les ha tocado? Tenemos la obligación de intentarlo. Creo que en pos de la comodidad, de la propiedad, de la vida fácil y sencilla, hemos renunciado a cierta humanidad. Estamos sobrealimentados, sobreprotegidos, sobreacomodados, sobredirigidos...

En el tiempo que llevo con IMARA tengo grabadas en la memoria imágenes que me quitan el sueño, pero quizá aunque sea un pequeño detalle, son las mentiras lo que más me ha conmovido. Todas esas personas que llevan meses de aventura, de riesgo, después de vender lo poco que tenían, de que sus familiares pongan en ellos toda su fe y sus ahorros, los valientes e intrépidos que deciden dejarlo todo atrás... Llegan a España, los encierran como delincuentes, luego los dejan libres pero sin ninguna opción, algunos llegan a Madrid, malviven como pueden. Y todos mienten.

Lo he visto en los centros de internamiento, lo he visto en los albergues, en las comisarías... Llaman a sus familiares y mienten, no son capaces de romperles el corazón. Cuentan que están bien, que pronto se arreglará su situación, que andan buscando trabajo... Nada de que los ha apaleado la Guardia Civil, nada del hambre, el cansancio, el frío o el miedo... Esta pobre gente vulnerable y al límite tiene el corazón tan grande que son capaces de transmitir un poquito de esperanza a todos aquellos que pusieron la suya en ellos.

Nada me ha emocionado tanto como esos héroes sacrificados mintiendo con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas, de los que deberíamos aprender aunque sea esa pizca de compasión. Pero voy a dejar de escribir porque me pongo triste y además estoy agotada.

Dejé tu diario para salir a por esa cerveza, ahora sentía que la necesitaba aún más.

El bar estaba lleno de humo, la música demasiado alta te sacaba de la cabeza cualquier pensamiento. Descubrí a tus amigas al fondo y me senté a su lado.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Silvia mientras se aproximaba a la barra. Hubiera pedido un whisky, pero estaba intentando dejarlo.

—Un tercio.

Silvia se levantó acompañada de Irene y me quedé a solas con Paca. Notaba que estaba algo apagada, pero me pareció natural dado el día de infortunios que habíamos tenido. Me miraba fijamente.

—¿Qué quieres?

No entendí la pregunta.

—¿Cómo que qué quiero? No entien...

—Sé que no conoces a Sofía. Somos muy amigas, a mí y a sus hermanas nos encantan tus libros. Si Sofía fuese a correr habitualmente contigo, te aseguro que nos lo habría contado.

El corazón me da un vuelco. ¿Y ahora qué? Digo una verdad esperando que eso me salve.

—Quiero a Sofía.

—¡Pero si no la conoces! ¿Qué clase de perturbado eres?

Aunque dicen que el que calla otorga, prefiero permanecer en silencio antes que declarar cualquier estupidez.

—Tu amor no es real, Ángel. Sofía es mi mejor amiga, pero también es dura con la gente, no acepta la debilidad y le cuesta entender que hay personas buenas que no ven el mundo como ella. Sé que es así y la quiero así, eso es el amor. Tú no la conoces, solo le has salvado la vida...

Quiero decirle que se equivoca, que sé todo lo que leo, todo lo que me cuentan, todo lo que intuyo. Que entiendo tus miedos. Por suerte, Paca no espera una respuesta y prosigue:

—Hoy me han dicho que la cosa va mal, no tengo muchas... esperanzas. Estoy desahuciada, por así decirlo.

Primero me sorprende el cambio de tercio, luego la noticia me golpea, como siempre ocurre con las noticias insuperables, después sigo callado porque sigo sin saber qué decir.

—No quiero decírselo a nadie, no quiero que lo sepan. Sé que lo intuyen, Silvia cada día me ve peor, pero no quiero hablarlo, ¿entiendes? Cuando las cosas no se dicen, parece que no existen, necesitaba contárselo a alguien, pero no quiero que nadie más lo sepa.

—Tranquila, no se lo diré si es lo que quieres... pero necesitarás más cuidados...

—Pronto me tendrán que ingresar, por ahora solo me subirán la dosis de morfina...

Se acercaron a la mesa con las bebidas, al poco llegó Jaime. Me conmueve su lealtad, su ilusión por involucrarse en esta locura en la que me he sumergido, solo por avanzar hombro con hombro, a mi lado. Luego aparecen Tomás y Hugo.

Me sentía como en una burbuja, escuchaba sus conversaciones muy lejanas, la música muy lejana: era como estar viendo el mundo desde otra dimensión, sin poder participar en él. Intentábamos estar animados, sacudirnos todo lo que llevábamos encima, con risas fáciles y comentarios intrascendentes.

—¿Fumas mucho? —le pregunté a Hugo por decir algo.

—Poco, lo justo para ir tirando. ¿Y tú?

Muy a mi pesar, Hugo me caía bien.

—Bueno, yo soy un ex fumador nostálgico.

Todos rieron, qué placer, qué relax, qué injusticia de risa.

—Me encantaba fumar, pero no era capaz de fumar poco, así que lo dejé.

—No te pierdes nada —concluyó Jaime—. Si fumases, ahora serías como yo, un fumador nostálgico. Echo de menos la época en que no éramos unos perseguidos, se podía fumar en cualquier parte, porque digo yo, ¿qué es un concierto de rock sin humo? Nada, ¡la música no suena igual, joder!

Seguimos riendo y bebiendo y brindando. Brindamos por tu recuperación, brindamos por Abel, brindamos por la vida, por nosotros, por todo lo que se nos ocurrió, hasta que ya estábamos demasiado borrachos para brindar, entonces Hugo levantó su copa.

—Brindo por el infinito.

Todos le abucheamos, ¿qué brindis era ese?

—Cuando estaba en el instituto recuerdo un profesor de Matemáticas que un día nos preguntó: «¿Cómo definiríais infinito?». Casi nadie supo qué decir, los que se atrevieron dieron definiciones de diccionario en plan —pone voz de empollón sabiondo— «que no tiene ni puede tener término». Entonces el profe de mates nos miró con sus ojos soñadores y nos dijo: «Para mí la definición de infinito es esta», se volvió y escribió en la pizarra con mayúsculas: TAN GRANDE COMO TÚ QUIERAS.

Brindamos, como náufragos del infinito, en este mar antiguo y turbio de recuerdos de los que se han ido, de sufrimiento de los que nos quedamos, porque hemos olvidado que el infinito es tan grande como tú quieras. Estamos hechos de piel y sueños, y si los sueños se rompen, la piel se agrieta, separándose de los músculos y de los huesos y acaba cayendo a pedazos.

Al profe de mates soñador se le olvidó advertir que esa definición de infinito vale para todo. También para el dolor.

Lo siento, pero yo no quiero ser emperador. Ese no es mi oficio. No quiero gobernar ni conquistar a nadie, sino ayudar a todos si fuera posible; judíos y gentiles, blancos o negros... Tenemos que ayudarnos unos a otros, los seres humanos somos así, queremos hacer felices a los demás, no hacerlos desgraciados. No queremos odiar ni despreciar a nadie. En este mundo hay sitio para todos.

El gran dictador, *Charles Chaplin. Dentro de tu dvd*

ueño agitado, aquella noche.

S Me desperté gritando, me desperté resacoso y desorientado. Habría vuelto a la acidia que gobernaba mi vida durante los dos últimos años encantado, pero en la casa de Milagros el día había empezado hacía rato. Desayuno solo en esa cocina de pucheros, mientras en la radio suena una canción del pasado que me revuelve un poco. A través de la ventana veo a los niños jugando en el patio. Jaime y Ana son los maestros de ceremonias. Están jugando a Tocar árbol. Ese juego que me enseñó mi padre y que me transporta a la niñez, a cuando Jaime y yo aún teníamos todo por descubrir, queríamos ser astronautas y dar la vuelta al mundo.

Era un juego tonto con la intención de cansarnos, eso creo ahora desde mi mal pensar de lo ya vivido. Todos corríamos en círculo alrededor de mi padre y él decía: «tocar árbol» y galopábamos para tocar, antes que el último, el único árbol que había en la pradera. Esperabas que esa tarde no dijera «tocar camiseta roja» porque te exponías a que diez chiquillos cayeran como una avalancha sobre ti; luego decía «tocar suelo» y todos al instante nos agachábamos como si el cielo se hubiera caído y nos obligara a flexionar las rodillas, más tarde «tocar pared», «tocar banco»..., si hubiera dicho «tocar nubes», habríamos intentado volar. Arturo también intentaba llegar a las nubes con sus ojos.

Dejamos la casa de tu madre ya pasado el mediodía. Cada uno volverá a su sitio, con el corazón un poco menos arrugado.

Algunos empezamos en el hospital. Cuando llegamos, Arturo desliza su silla junto a tu lecho, con el apoyo incondicional de Aurora, para contarte los progresos en la Misión Reencuentro.

En la sala de espera está, una vez más, Pastora Martos. De nuevo el vuelco al corazón, las manos me sudan, habla con su voz áspera y acusadora.

—No tenemos pruebas de que el Pelirrojo haya asesinado a Abel. Todo apunta a que no ha sido un suicidio, pero ahí unos tapan a otros y ya se sabe..., sería básico para la acusación poder inculparlos del atropello de Sofía. Mañana tenemos una ronda de interrogatorios, hay testigos que vieron el coche... Puede que tengamos la matrícula.

Ya no escucho nada más, me siento en una fría silla de hospital, derrumbado. Estoy dándole vueltas al asunto pero de pronto me olvido de mí mismo: el pobre Sevè, el tuerto de Camerún, entra en la sala acompañado de Milagros y Edne. Tiene la cara ensangrentada y el brazo escayolado, le han dado una paliza.

Se sienta junto a mí, me sorprende, habrá notado mi aire desolado y se ha sentido atraído. La desgracia y el dolor unen mucho.

—¿Qué te ha pasado, Sevè? —le pregunto por curiosidad y también para salir de mis pensamientos egocéntricos.

Me mira con su ojo sano tan expresivo, sin rabia, sin lágrimas, me mira con su rostro de seductor inevitable, se pone tenso, en la piel negra y tersa se intuye cada músculo, cada fibra. Suspira, se relaja un poco y me cuenta.

Viajaba en el tren a casa de tu madre para arreglarle el grifo de la cocina, y le ha pillado una panda de skinheads que iban a El Escorial. Me imagino al tuerto mirando tranquilo por la ventana, imagino a las jovencitas del vagón observando con deseo su espectacular cuerpo de perfectas proporciones y la caterva de cabezas rapadas sin cerebro, envidiosos del chico tranquilo y deseable. Eran cinco, dos le sujetaban mientras los otros le propinaban patadas y puñetazos sin dejar de insultarle y escupirle, llamándole negro de mierda, mono maloliente... Se salvó gracias a una de esas viejecitas atrevidas contra las que nada pueden ni las botas militares, ni las cabezas afeitadas, ni los puños de hierro. Su bolso golpeándolos y sus gritos histéricos los obligaron a bajarse en la siguiente parada.

Sevè a veces es un espabilado buscavidas capaz de camelarte con solo una sonrisa, pero otras se comporta igual que un niño inocente. En esa sala de hospital que ya parece el descansillo de cualquier hogar, me dijo que le gustaría haberles explicado por qué estaba allí. No pretendía robarles nada, no quería quitarles su trabajo ni sus mujeres, él tenía una preciosa mujer esperándole. «Si me hubiesen dejado enseñarles la foto de Amina, me habrían entendido», decía con los labios hinchados y la boca llena de sangre. Tienes razón, querido tuerto, tal vez si fuéramos capaces de arrancarnos el miedo, la ignorancia, la violencia y mirarnos con la piel desnuda y el alma despierta..., simplemente nos encontraríamos cara a cara con seres humanos.

Salgo a la calle con los niños, que ya están hartos de estar encerrados entre esas cuatro paredes. Además, Teresa quiere echarse un cigarrito. Nos sentamos en un banco mientras ellos juegan en el pequeño parque. Una niña de unos diez años, como Javi más o menos, se acerca mientras él se columpia alegremente y le pregunta:

—Oye, ¿por qué ese niño va en una silla de ruedas?

Javi le lanza una sonrisa triunfal, nos guiña un ojo a tu hermana y a mí, que escuchamos impacientes, y habla con el arte y desparpajo que le caracterizan.

—Porque intentó salvar a un niño. —Hace una consciente pausa, para darle más misterio al asunto—. Un día iba en bicicleta y vio a un grupo de esos que llevan la cabeza rapada, estaban dándole una paliza a un niño negro que venía del cole. Eran por lo menos diez contra uno y como mi hermano no podía dejarle ahí tirado, ¡le iban a matar!, fue a ayudarlo. Empezó a pelear, peleaba muy bien Arturo, una llave de judo al de la derecha, una patada en los huevos al de la izquierda, así casi acaba con todos. No contaba con que son unos cobardes, y no se iban a dejar ganar así como así. Uno de ellos, que llevaba un bate de béisbol, le pegó un golpe por la espalda en toda la columna, en la espina dorsal... y desde entonces no puede andar. Por lo menos salvó al niño..., que le falta un ojo, pero bueno.

La niña está impresionada; Teresa y yo nos reímos; Javi corre a contarle la hazaña a su hermano, con el que intercambia un cómplice choque de palmas.

Qué suerte tienes —pienso—, ojalá alguien invente una historia hermosa para mí cuando esté en la cárcel.

Me obsesiona la idea de ir a la cárcel.

Sentado en aquel parque, notando el frío colarse entre los árboles, escuchando el tráfico a lo lejos, las risas de los niños cercanos, mientras observo a tu hermana Teresa fumar aquel cigarro con tanto placer, como si fuera el

último pitillo del planeta, soy consciente de que por nada del mundo me gustaría estar entre rejas. Soy consciente de mi egoísmo; por mi culpa tú sí estás prisionera.

Aparece Carmen y se sienta a nuestro lado, regañando a su madre: no le gusta que fume. Teresa cambia de tema mientras apaga la colilla y se la guarda en el bolsillo.

—¡Te han quitado el aparato! A ver...

Carmen enseña los dientes haciendo una teatrera mueca, como un caballo al que estén inspeccionando para su compra.

—¡Qué bien te han quedado!

La madre se muestra admirada y Carmen cierra la boca mientras dice:

—Pero no están perfectos como los del primo...

—Mejor —sentencia la madre. Lo dice con toda la sinceridad el mundo. Añade—: La perfección es muy aburrida.

Arturo reclama a Teresa y ella acude en su ayuda, me quedo a solas con Carmen, que observa a su madre alejarse.

—Como si ella no quisiera ser perfecta, ¡si fuesen sus dientes los que no han quedado perfectos, verías cómo se ponía!

La chica que el día anterior me había resultado encantadora ahora me parecía injusta y egoísta. Me veo a mí mismo a su edad, renegando de todo, como si el mundo me debiera algo. Me veo hace unos días, abandonado a la desidia, como un mendigo. Me veo y me duelo por ser el culpable de separar a todos de ti, con lo que te quieren.

Quién soy yo para juzgar a nadie.

—¿Sabes pescar?

Me mira como si fuese un loco: no estoy prestando atención a sus profundas reflexiones de muchacha desilusionada con sus progenitores. Contesta con una imperceptible negación.

—Mi padre pescaba, ¿sabes? Cuando era pequeño me decía que no podía usar la caña todavía y que pescara a ojete. Esta técnica consistía en bajarse el pantalón, meter el culo en el agua y, cuando viene el pez a morderte, ¡zas!, aprietas el culo y lo sacas del agua.

—¿Y tú lo hacías?

Se ha borrado de su joven rostro el mal humor y ahora se ríe, vuelve a ser encantadora.

—¡Cómo lo voy a hacer! Bastante que cazaba gamusinos. De pequeño me hacía gracia, luego, cuando más o menos tenía tu edad, me enfadaba con él, porque siempre estaba gastando bromas pesadas y dejándome en ridículo. Mi madre también se enfadaba, era muy tímida y le echaba la bronca por sus guasas. Más tarde, cuando ya hacía tiempo que se le llevó aquel ataque al corazón, mi madre y yo recordábamos sus payasadas y nos partíamos de risa...

Carmen se pone seria.

—Lo siento..., lo de tu padre. ¿Pasó hace mucho?

—Ocho años.

Pedro se acerca interrumpiendo nuestra conversación. También aprovecha para fumar. Estamos tranquilos, sin necesidad de hablar, observando a Javi y Arturo jugar a algo que parece peligroso, pero si Teresa les deja, no será para tanto.

La niña que le había preguntado a Javi por Arturo vuelve a la carga, no parece satisfecha con el cuento que le ha largado Javi. Esta vez se dirige con decisión al recién llegado. Pedro le contesta, seguro:

—Es muy vago, puede andar, lo que pasa es que no quiere porque es un gandul.

La niña se marcha poco convencida, no se esperaba eso de un mayor. Pedro me invita a cenar con ellos, pero prefiero picar cualquier cosa aquí mismo y marcharme pronto a escribir.

Vuelvo al hospital y el olor a enfermedad y desinfectante me golpea como una bofetada, aún permanece en mi abrigo el aire frío y límpido del parque. Antes de tomar algo me acerco al baño. Estoy cansado, sigo con resaca, el día se me está haciendo largo.

El baño es amplio y decadente, como casi todo en este hospital que en la guerra civil se convirtiera en punto estratégico por el que luchaban ambos bandos, en ocasiones dominando cada uno diferentes plantas. Tras la guerra quedó arrasado y tardaron treinta años en reconstruirlo completamente e inaugurarlo, pero en su estreno ya estaba obsoleto, por lo que en los noventa empezaron las reformas que continúan a día de hoy. Quizá porque tiene historia guarda ese aire retro tan acogedor, con techos altos, pasillos eternos, escaleras de mármol y en el servicio los característicos azulejos hexagonales de los años sesenta.

No hay nadie, me miro en el espejo y veo mi cara pálida, los ojos castaños rodeados de un halo gris. Me mojo las mejillas y las seco con papel higiénico. Oigo la puerta y levanto la mirada hacia el espejo, donde aparece reflejado el

rostro de un hombre de unos cuarenta y tantos años, grande y gordo, con una salvaje pelambreira del color del fuego. Me seco las manos sin girarme para no encontrarme con su mirada furiosa. No puede ser él, el poli pelirrojo no pintaría nada en este lugar. Pero el tipo que permanece apoyado en la puerta, mirándome, se parece demasiado al que vi en el vídeo dándole una paliza a un inmigrante... Alejandro Sotomayor...

—Hola, Ángel.

Sabe mi nombre. No le contesto, no sé qué contestar. Tengo miedo.

—Soy un admirador tuyo, me gustan tus novelas, ¿te importaría firmarme una?

Mete la mano en un bolsillo y me pongo tenso, saca uno de mis libros y no me relajo, ha dejado la chaqueta abierta y veo su pistola, este tipo tiene algo que me da mala espina, quizá su mirada prepotente y rabiosa como de un perro nervioso deseando bajar del coche y echar a correr.

Doy un paso atrás y le dedico mi más falsa sonrisa de compromiso. Temo por ti, Sofía, deseo huir para comprobar que estás bien.

—No tengo boli...

Él también sonríe y compruebo que su cara cambia. Tiene los dientes algo separados, lo que le da aspecto travieso, pero solo si te fijas en su boca. En conjunto la sonrisa confiere a su cara una pinta de sádico que me pone los pelos de punta. Se acerca mucho a mí, nadie le enseñó a no invadir el espacio ajeno, un invasor nato.

—Artista, sé que has atropellado a esa zorra. ¿Sabes por qué lo sé?

Aunque tengo claro que es una pregunta retórica, le respondo, para ganar tiempo.

—¿Porque la estabas siguiendo para matarla?

Había ironía en mi voz y eso no le gusta al Pelirrojo, que pasa de la calma absoluta a propinarme un fuerte puñetazo en la cara. Está tan fuera de lugar, es un acto tan calmado que resulta de una violencia abominable. Y además, me duele muchísimo, me siento algo mareado, quiero defenderme... En seguida comprendo que estoy perdido. Entran dos chavales jóvenes y me observan con la misma furia. Ninguno lleva el uniforme, tienen facha de matones horteras. El Pelirrojo no ha perdido la calma, al contrario, ahora que sus secuaces vigilan la puerta, él se centra en mí.

—Efectivamente, llevábamos un tiempo siguiendo a la chica, y esa noche pensé que habías hecho el trabajito por nosotros, pero no.

—Lo siento, si me lo hubieras dicho... La próxima vez lo tendré en cuenta...

En esta ocasión no me pega, sonrío, como si fuese un maestro de escuela y yo el típico gracioso que distrae a la clase.

—Artista, tenemos la matrícula, tenemos gente dispuesta a decir que vio tu coche atropellar a la chica y salir zumbando..., nos lo has puesto fácil...

—De todas formas, me iba a entregar —miento—, así que me hacéis un favor.

Su rostro se pone tenso mientras piensa en la posibilidad del arrepentimiento. Me agarra el cuello.

—Te caerán unos añitos y, cuando salgas de la cárcel, no vas a poder escribir ni tu firma. Tú no sabes lo que es eso, cuentista, es el infierno, y además yo me encargaré de que para ti sea aún peor que el infierno.

Me aterra que me descubran. Creo que el Pelirrojo lo nota porque se relaja un poco y habla en un tono más negociador.

—Lo que tienes que hacer es conseguirme la cinta que el traidor de Abel, en paz descanse, nos robó de las cámaras de seguridad. La original, nada de copias. Tienes dos días; si no, alguien recordará haber visto un lancia rojo que atropella a la heroína del pueblo y pruebas encontrarán porque las hay.

Hace un gesto con la cabeza. Fuera, alguien golpea la puerta con mal humor, los matones se apartan y salen. El Pelirrojo me cede el paso para que vaya delante, caminamos en fila india por el pasillo y cuando estamos llegando a la entrada, me susurra al oído.

—Dos días, artista...

Corro al lado de Sofía, Nora espera con los brazos en jarras.

—Esto es un hospital y no es apropiado correr por los pasillos.

—¿Está bien?

—Todo lo bien que en su estado se puede estar.

Sus palabras son un sedante. Esta vez no han ido a por ti. Me quedo paralizado, sin saber qué hacer, con una mejilla hinchada y el mundo desplomándose sobre mi cabeza. Siento miedo, un poli malo es el peor de los malos. He cometido un delito, pero al mismo tiempo estoy a tu lado, en el buen lado, ellos son verdaderos delincuentes.

Decido entrar en la cafetería, me da miedo ir a casa.

Solo se escucha el trajinar de los platos y la radio lejana, con un zumbido de abeja, que contribuye a dar a la escena un aire de desolación y distancia.

Delfín me sonrío.

—Ángel Álamo, ¿qué vas a tomar?... Por dios, Ángel, ¡qué te ha pasado en la cara!

—Me he dado un golpe en el baño, con la puerta.

—Abatido por la puerta abatible, Ángel. Se te cierran las puertas pero siempre hay una salida, ¿no? De todas formas, te ha dado un viaje que te ha dejado los nudillos marcados...

Delfín se pierde debajo de la barra y aparece con una bolsa de hielo; después de cubrirla con un trapo, me la tiende. Tiene su gracia la cosa, estoy en un hospital y es el encargado de la cafetería quien se ocupa de mi puñetazo.

—Le he dado el libro firmado a mis cuñadas y están encantadas. Joder, es que eres toda una personalidad... Bueno, mi cuñada, la de mi hermano Antonio, es un poco paletona, y creo que no ha leído ningún libro tuyo, en realidad creo que no ha leído ningún libro de nadie... —Acompaña su frase con su risa socarrona—. Escucha, Ángel Álamo, que esto es para una de tus novelas. En una ocasión teníamos que ir a recogerla y le preguntamos dónde estaba, va y contesta: «Pues en la calle de Jerónimo el Carrerista», ¡y se refería a la carrera de San Jerónimo! Tú te crees, Ángel, tú te crees.

Pido un bocadillo de algo y voy a sentarme con Aurora: necesito alguien cercano, alguien capaz de ahuyentar a los fantasmas. La enfermera que se ríe llorando está sola escribiendo sobre las servilletas con entusiasmo frenético. Me acerco a ella con la esperanza de compartir como tantas veces una agradable conversación, porque intuyo que su alegría será como un bálsamo que aplaque mi terror. Pero en seguida me doy cuenta de que está triste. Desde que la conozco nunca la he visto así, es tan entusiasta, tan repleta de jovialidad, tan zafia y graciosa..., parece que nada le afecte, parece que esté en un lugar tranquilo apartada de las desgracias del mundo. Es absurdo, sufre como todos, pero ella es más fuerte, quizá tiene menos miedo a la muerte o más confianza en la vida que el resto de nosotros. No obstante, está triste. Me siento a su lado y, después de interrogarme sobre la puerta abatible en mi careto, soy yo quien pregunta qué ocurre. Ella levanta una mirada bañada en lágrimas.

—Hay días que quieres comerte el mundo y otros prefieres que el mundo te coma a ti.

Lo ha dicho sin ningún atisbo de broma, aun así intento robarle una sonrisa.

—Bueno, avísame cuando toque comer.

Sonríe levemente y sigo preguntando.

—¿Qué escribes?

—Nada importante, solo todo lo que me gustaría hacer con mi amante y sé que nunca podremos hacer juntos.

—Las desventajas de ser la otra —digo intentando quitarle hierro al asunto—. La cotidianidad no es compatible con la pasión furtiva...

Estoy a punto de apostillar que el Cretino no se merece que ella esté triste y que tenemos un estupendo plan de reencuentro para ella, pero Aurora se queda muy seria y susurra:

—Sí, supongo... Lo que sí es incompatible es el amor y un cabrón como ese porque, vamos a ver, ¿tú pondrías los cuernos a tu mujer? ¿Prometerías cosas imposibles? ¿Engañarías a todo el mundo?

Me estremezco, pero contesto:

—Las tres cosas a la vez no...

Reímos mientras Delfín nos trae los bocadillos y comemos en silencio. Al rato ella me mira con su serena expresión de siempre.

—¿Quieres hablar?

—Sí, claro que quiero hablar. Cuéntame algún cotilleo de la sexta planta, anda, y así me alegras la noche.

Su sinceridad cae sobre mi corazón dormido y me devuelve la más dura realidad.

—Me refiero a si quieres hablar de las cosas que no puedes hacer con tu familia desaparecida, es una buena terapia.

Y Aurora añade, antes incluso de que yo diga una palabra:

—Lo descubrimos el primer día, todos, la familia de Sofía también. —Al ver mi cara compungida continúa sorprendida—: Tu amigo Jaime lo sabe, pensé que te lo habría dicho...

¡Maldito Jaime! No me ha dicho nada, claro, sabe que aborrezco la compasión. Aurora se detiene un instante para continuar en seguida:

—Cuando ingresaron a Sofía, una señora que venía a ver a su sobrina te reconoció en el pasillo. Nos contó que tu mujer y tu madre murieron hace dos años en un accidente de coche y... que tu mujer estaba embarazada de seis meses —lo dice con un hilo de voz y tras una breve pausa prosigue—. No sé qué haces aquí, pero si necesitas contarlo, tu secreto estará a salvo conmigo, ya sabes que me encantan los secretos...

Me quedo tan callado que ella cambia de tema para llenar el silencio. Se levanta arrugando los papeles y, mientras los tira a la papelera, me aprieta el brazo con fuerza.

—Un día me preguntaste por qué en los hospitales había tantos amoríos... Es lo que tiene trabajar rodeado de muerte y sufrimiento: te aferras a la piel como si fuese el único trocito de vida habitable.

Se aleja con sus andares machacones diluidos en la pena.

Lo sabían todos, me sorprende, aunque también explica la exagerada simpatía que tu familia sentía por mí, les doy pena.

Las palabras de Aurora despiertan sentimientos algo enterrados, el rincón más vulnerable.

Ni mi pérdida y su lástima, ni las amenazas del Pelirrojo y mi inminente condena quebrantan del todo mi ánimo. Lo que me desmorona es ver, al salir, tirado en la papelera, un pedazo roto de la lista de cosas que no podría hacer con su amado Cretino: «Ir al súper. Leerle en alto el periódico una tediosa tarde de domingo. Hacer planes...». No puedo seguir, dejo el papel donde estaba y salgo corriendo del hospital con la esperanza de que el aire frío de afuera seque mis lágrimas.

En un instante, en aquel coche, desaparecieron todas las mujeres de mi vida. Lo peor es que no me despedí de ellas como me hubiera gustado. Ese día todos teníamos prisa, terminaba la Navidad, mi madre y Berta volvían a Madrid, yo me reuniría con ellas en pocos días: llegaría cargado de regalos cuando entregara a mi editora las correcciones definitivas de la última novela. Nos despedimos rápido hablando de cosas absurdas y prácticas, o eso me parece ahora. Ojalá esa despedida hubiese durado más, no sabía lo lejos que iba a quedar aquel momento en poco tiempo. No sabía cuántas veces iba a volver a esos segundos precisos rememorando cada detalle. Entonces no apreciaba el valor que tiene cada décima de segundo.

Lo de *carpe diem* es una expresión manida en la que nunca había confiado. Sospecho calma, no querer pensar en el futuro, creer que lo único importante es vivir el momento sin sacrificarte, sin hacer cosas que no te apetecen, sin estoicismo, sin derrota. Como si no fuese hermoso soñar y vivir un paso por delante, como si no fuese regenerador dejarse llevar por los recuerdos y volver a sentir aquellos momentos que tanta felicidad nos causaron. Pero también es cierto que a veces la prisa o la rutina hacen que pasemos por alto tantos ratos que es probable que en algún momento nos demos de cabezazos por no haberlos aprovechado más, por no haberlos retenido de tal manera que sea posible volver a vivirlos. Que el olor de su cabello, que sus labios manchados de chocolate, que su beso en la boca... nunca se esfumasen.

No me despedí de ellas como me hubiese gustado: nos despedimos rápido y ni siquiera pude recordarles cuánto las quería.

Y cuando todas las personas realmente importantes de tu vida desaparecen, sientes que también has muerto, que no pintas nada en este mundo de fantasmas, estás solo. No hay peor condena que estar rodeado de gente y sentirte solo.

Tus amigos, conocidos, familiares... se asustan y quieren ayudarte, pero tú rechazas su auxilio, solo quieres que deje de doler y eso es imposible. Incluso el psicólogo (al que fui, no para recuperarme, no tenía intención de recuperarme, sino para que todo el mundo me dejase tranquilo) alucinó:

PSICÓLOGO: La vida sigue.

YO: No quiero que siga.

PSICÓLOGO: ¿Piensas en el suicidio?

YO: Si tuviera el valor necesario, me suicidaría, pero no lo tengo.

PSICÓLOGO: Los que se suicidan no son valientes, Ángel. Los valientes son los que siguen y luchan. Además, el suicidio es muy traumático para los que se quedan y te lloran, ¿no lo habías pensado?

YO: A mí no me queda nadie que me llore.

Ese sentimiento no me abandonaba, el desamparo de los huérfanos dickensianos que vagan por calles plagadas de villanos.

Así me siento al salir del hospital, así me siento al subir al taxi y decirle que me lleve a casa, pero ¿qué casa? Nunca mi hogar, eso es un montón de ruinas.

Pablo Milanés canta que aferrarse a las cosas detenidas es ausentarse un poco de la vida. Yo estoy totalmente ausente, aferrado a una vida entre recuerdos pasados y fantasías futuras. La mujer de mi vida es un fantasma y la mujer de la que me estoy enamorando está detenida en un espacio y un tiempo inaccesibles para mí. Además, lo más probable es que vaya a la cárcel o me maten.

La voz de Jaime me rescata del pozo, la entrañable voz de Jaime hablando de vallas y muros en su «Luna Roja»...

«En 1990 se celebró en Berlín un concierto homenaje por la caída del Muro, en el que se reunieron importantes estrellas del rock para terminar con la separación cultural de las dos Alemanias y apoyar la creación de la fundación Memorial Fund For Disaster Relief, contra las guerras y sus consecuencias. El promotor de esta idea fue Roger Waters, el que fuera líder de Pink Floyd, cuando hacía seis años que había visto la luz el último álbum de la banda, *The Wall*, que marcó a toda una generación. Eran canciones que hablaban de sobreprotección, de aislamiento, de guerra, del miedo que nos tenemos los unos a los otros.»

Suena de fondo el tema *Another Brick in the Wall*, mientras la voz de Jaime se erige sobre la melodía, repitiendo palabras que creo haber oído antes, pero da igual porque podrían salir de los labios de cualquier ser humano, cansado de

revisar la historia y comprobar que nada cambia, y desear que lo que no cambia varíe de algún modo.

El mejor antídoto contra la nostalgia es el miedo. En la puerta de mi casa veo una pintada en la que me parece leer la palabra «ARTISTA». Saben dónde vivo.

Me tumbo con intención de dormir pero siento su olor, ¿será porque estoy en su lado de la cama? No quiero soñar, no quiero volver a verla en sueños y luego despertar y descubrir que no está. Pero la veo, siempre la vislumbro con el vientre hinchado de seis meses, resplandeciente en su gestación, mimosa y haragana. Cada mañana pasábamos horas en la cama, a veces incluso desayunábamos allí y después de hacer el amor, volvíamos a dormir.

Cómo definir a quien has querido tanto, cómo presentártela con un pequeño esbozo, para que no duela demasiado. Quiero hablarte de ella y no sé por dónde empezar..., quiero hablarte de la Berta de Pana que corría maratones y después era capaz de comerse un roscón de reyes entero. De la que, cuando era ella misma, cuando era solo para mí, vestía en pana con colores parduscos, del color de la tierra. De aquella que te miraba tan profundamente a los ojos que podías ahogarte en su profundo azul de mar abierto, si te quedabas demasiado rato...

El teléfono no deja de sonar. Me asustan los teléfonos nocturnos, siempre traen malas noticias.

Era mi hermana Alma, más fresca que una lechuga a esa hora intempestiva. Está en Madrid para una exposición... Le hubiera dicho todo lo que te estoy contando a ti, Sofía, ahora que nuestras vidas empiezan a mezclarse... pero en su voz distante y fría, cargada de prisa, no hay hueco para mi dolor.

ENFRENTARSE A LOS OBJETOS

A veces creo que solo soy una mujer deseando que la abracen.

De tu diario

Aquí estoy, sentado delante de mi antiguo escritorio en el que he creado cada uno de mis libros. Aquí estoy, en esta casa ruinoso y demasiado grande para un hombre solitario. Vine tras vender nuestro precioso hogar, era insoportable enfrentarme a los objetos, a todas aquellas cosas que Berta o mi madre o la inminente llegada de nuestra hija... habían dotado de vida y de sentido. Era como cruzarme con pedacitos suyos, piezas inertes que solo cobraban vida si ellas estaban cerca; sin su presencia se convertían en trozos disecados de sus recuerdos.

Tengo la sensación de que quiero llegar a algún sitio, de que escribir me llevará a algo, pero cuanto más avanzo, más intuyo que el camino hacia mi objetivo no existe. Escribo de una forma compulsiva, espontánea, como un torrente. Los pensamientos se agolpan en mi cabeza y necesitan salir a toda prisa para no volverme loco. ¿Qué pretendo contar? No lo sé, aunque quizá no sea lo importante. Pienso en mi amigo Jaime, un superdotado de incógnito: prefiere pasar desapercibido con una actitud que se confunde con la dejadez y en verdad consiste en dejarse atrapar por la vida. Con el chelo era magistral pero no triunfó, no quiere orquestas, ni metas, quiere días. Le atrae sentir cada ritmo en cada día, los acordes que a muchos se nos escapan mientras le buscamos un sentido. Yo tampoco quiero metas, Sofía, solo quiero vomitar las palabras que se pelean en mis oídos, en mi cabeza, en mi estómago... por salir en un orden caótico de frases y de historias. Quiero revelarme a ti como un recién nacido, desnudo e indefenso, sin corazas, sin secretos, sin preguntas que carecen de respuesta.

Siempre me propuse empezar cada libro en un viaje. Luego lo terminaba en una especie de retiro espiritual, tranquilo y cómodo donde pudiera relajarme y estar solo. Una casa que no fuera la mía, un lugar no acostumbrado donde, en la recta final, me visitan algunos de los míos, que son los primeros en leer el borrador.

Aquel invierno, hace dos años, estaba en una pequeña villa de la Alta Saboya, entre una zona montañosa prealpina y otra de colinas medias, cercana a la romántica Annecy. Durante tres noches casi no pegué ojo terminando el libro a contrarreloj. Entonces vinieron a pasar la Navidad Berta, mi madre, Jaime y mi hermana. Imprimí, encuaderné el borrador y lo repartí la noche que llegaron. Mientras yo descansaba en el sofá, agotado, todos empezaron a leerlo, con la lluvia golpeando los cristales, la leña ardiendo y el frío que invitaba a comer bizcocho con leche caliente. Me recuerdo agotado, observándoles leer, espiando sus reacciones... y el piano de Michel Camilo de fondo, expectante en mi deliciosa convalecencia.

Los días siguientes celebramos la Navidad, el Año Nuevo y los Reyes Magos.

Llegó la mañana en que todos se fueron, Berta y mi madre a Madrid en coche y Jaime en avión. Mi hermana regresó a Annecy, la perfecta ciudad de cuento. Yo quería quedarme unos días aislado, para volver a casa con el libro acabado, listo para mandar a mi editora.

Recuerdo la hora mágica en la Saboya: el sol a punto de caer sobre las viñas heladas. Camino por la carreterita estrecha en mitad de las lomas con vistas a los viñedos, a los campos de espliego que no florecerán hasta el verano y el río a lo lejos. Suena el teléfono y todo se vuelve sombras.

Nunca terminé el libro, desde que ellas murieron no había podido escribir una palabra, me parecía un sacrilegio. Mi única familia directa es mi hermana pequeña, Alma, pero la aflicción nos ha distanciado demasiado. Al desaparecer mis seres más queridos, al no tener antecesores que me acompañen en la vida, sentía que me estaba desdibujando. Nadie puede hablar de mi pasado, de cómo era yo, del día de mi nacimiento, de si cumplí o no mis sueños de adolescente, ¡cómo te envidio, Sofía!: estás rodeada de espectadores. Si nadie lo recuerda, es como si no hubiera ocurrido, como si una amnesia general invadiera mi vida. Tengo la sensación de que puedo falsear lo que quiera porque nadie me va a corregir. Recuerdo momentos junto a Berta que parecen inventados y ella no está para confirmarme que no son un sueño.

Por eso no podía escribir, me paralicé, me borré, me hundí.

Desde que te atropellé tengo de nuevo la necesidad de contar. Quizás es la llamada de la vida, la culpabilidad que me corroe, la responsabilidad de entender. Porque este viaje de descubrirte y conocer a los tuyos me ha abierto los ojos a realidades dolorosas pero también a una gran verdad: el mundo está lleno de dolor y duele menos si lo compartes.

Me sentía un inútil, ¿de qué servían mis palabras? Sin embargo, es lo único que puedo aportar, contarlo. Como decía Roque Dalton: «Eso hacemos: custodiamos para ellos el tiempo que nos toca».

He vuelto a escribir porque en ese hospital, junto a tu cuerpo inerte, en cada momento vivido desde mi resurrección, he descubierto que contar historias nos une y crea un abrigo para el dolor.

Abro tu diario, que llevo casi dos días sin leer, como si fuese una cábala que puede orientarme, darme un pie para continuar. Me acuerdo del librero de mi infancia que me enseñó un juego llamado sincronismos, un método de adivinación antiguo. Consiste en hacer una pregunta y abrir un libro al azar por una página al azar, el párrafo que lees supuestamente contiene la respuesta a tu pregunta. Cuando era pequeño pasaba horas intentando desvelar mis dudas mediante este sistema, luego me di cuenta de que no servía para nada. Hace un año estaba compadeciéndome en una noche eterna, borracho perdido y lancé una pregunta desesperada: «Berta, ¿dónde estás?». Me levanté y cogí de la estantería la trilogía *Los gozos y las sombras*, de Torrente Ballester, lo abrí al azar y apareció una página que solo contenía, justo en el centro, el título del segundo tomo: *Donde da la vuelta el aire*.

31 de diciembre

Cambiamos de año y sigo sin saber nada, solo estoy capacitada para hablar de dolor y pérdida o para hacerme preguntas absurdas.

¿Por qué es tan difícil hacer entender conceptos tan simples? ¿Por qué me siento de otro planeta? ¿Por qué pasan los años y sigo sin cambiar? ¿Por qué no soy capaz de ver las cosas buenas de la vida y me centro siempre en lo terrible? ¿Por qué no sé si está bien lo que hago? ¿Por qué pongo a la gente en peligro, y si le sucediese algo a Abel o a Tomás o a cualquiera de mi familia? No me lo perdonaría. ¿Por qué no encuentro ninguna respuesta a mis porqués?

He recibido amenazas, hace días que me llaman por teléfono jurándome que si no desisto en mi investigación, algo horrible va a suceder. Quizá sea cierto, pero ¿qué puedo hacer?

Tengo miedo, todos creen que no pero estoy cagada de miedo. A veces solo quiero salir corriendo, hacer las maletas y escaparme a una isla desierta donde no haya nadie a quien salvar, enamorarme, criar hijos, comer fruta y nadar en el mar.

A veces creo que solo soy una mujer deseando que la abracen.

He llamado a Silvia, a Paca, a Irene, a mis hermanas... pero no las encuentro. He dado un par de vueltas a la bola del mundo de mi estudio, a ver si veía a Hugo, pero está demasiado lejos... Estoy sola, esa es la realidad, en los momentos realmente claves siempre estás solo. ¿Por qué? Estoy asustada y es

imposible para mí dejarlo ahora, es como una necesidad que va más allá de la moral o la ética. Algo ancestral me llama a seguir adelante, algo egoísta, en realidad lo hago por mí. Si esto sale bien, yo saldré ganando mucho más que nadie, porque mi satisfacción, mi sensación de bienestar, de haber hecho lo correcto, será infinita. Eso no hace que resuciten los muertos, ni que se acalle el dolor, pero sí me hace más digna de estar aquí. Todos viajamos en el mismo barco y si el barco se hunde, todos nos hundiremos.

Estoy inmerso en tu diario, sumergido en tu letra ordenada, sin tachones, en tu bolígrafo verde, en la foto de Hugo junto a Paca, Irene y Silvia..., suena el timbre y salgo de ti. Yo también tengo miedo, resucito de unas ganas irrefrenables de morir y ahora temo que alguien detrás de la puerta pretenda matarme. Las revueltas de la vida.

Casi prefería encontrarme el rostro furioso del Pelirrojo, pero no, ahí está, tiesa, irreductible: la inspectora de homicidios Pastora Martos.

—Buenos días, señor Álamo.

—Buenos días. Por favor, llámeme Ángel —contesto mientras observo de reojo la excesiva capa de maquillaje con la que trata de disimular sus ojos cansados, seguramente a causa de otra noche en vela. También gasta uno de esos perfumes excesivos, con demasiado alcohol, y se le ha ido la mano de manera que deja rastro, aturde porque parece mezclado con sudor rancio.

La inspectora entra en mi casa nerviosa y arrolladora, dispuesta a mirar detrás de cada puerta, a ver si encuentra al ladrón de turno. Con ella va un agente también de paisano, demasiado joven para este trabajo, con pinta de becario aturullado.

—Ángel, ¿sabe por qué he venido a verle?

No me mira mientras habla, como si presintiera que alguien va a atacarla por la espalda. No tengo ni idea, el Pelirrojo me dio dos días, no creo que me haya delatado aún.

—No, la verdad es que no sé a qué se debe esta agradable visita. ¿Quieren un café o algo?

Niega con la cabeza y me observa, su mirada parece poseer rayos X, capaces de hacer una radiografía de mi interior.

—¿Conoce a Alejandro Sotomayor?

¡Joder, es el Pelirrojo! Ya está, ya lo sabe. Disimulo.

—¿Debería conocerlo?

Pastora se para en seco, ahora me doy cuenta de que no ha estado quieta ni un momento.

—Teniendo en cuenta que ayer se reunió con él en el baño del Clínico, creo que efectivamente sí, le conoce.

¿Cómo lo sabe? ¿Nos vio salir de allí? ¿Me está siguiendo?... ¿a mí?

—No acostumbro a tener reuniones en los baños públicos...

—Mire, usted está obsesionado con Sofía. No sé por qué, no sé qué pinta en todo esto, pero sé que oculta algo y también sé que estaba junto a Sofía cuando llegó la ambulancia, y sé que ayer habló con Sotomayor en los baños del hospital... Tengo suficiente para buscar una excusa y empapelarle, así que usted verá si quiere o no colaborar...

No sé cómo se me ocurre, pero decido hacerlo, protegerme de algún modo sin decir toda la verdad.

—Me amenazó, me pidió que le diera la cinta original que robó Abel de las cámaras de seguridad, la que no encontraron ni en casa de Tomás ni en el estudio de Irene...

—¿Por qué le amenazó a usted y no a Tomás?

—No tengo ni idea.

—¿Por qué no vino inmediatamente a contarnos lo sucedido?

Demasiados porqués en una ecuación.

—Estaba asustado. Si me ven hablar con la inspectora de homicidios, ¿qué cree que harán?

Sigue observándome con esas pupilas de rayos X y un silencio belicoso, no se fía de mí. Aun así parece reflexionar y me sonrío por primera vez. Esto me da mala espina.

—Está bien. ¿Cuándo tiene que darle la cinta?

—No lo sé, me dio de plazo dos días...

—Lo primero que tenemos que hacer es mantener la calma. Si pierde los papeles, todo se irá a la mierda... —Mira al becario como si sus pensamientos hablados fueran una orden explícita y luego se dirige a mí—. Lo mejor es que, cuando vuelva a verle, quede en algún otro lugar, público para mayor seguridad, y prometa que le llevará la cinta.

Mis ojos se abren como platos, no entiendo lo que pretende esta mujer. ¿Quiere que haga de cebo? Y luego, según se dirige tranquilamente hacia la puerta:

—Mientras tanto vamos a intentar encontrar alguna prueba de la implicación de Sotomayor en el atropello de Sofía y en el asesinato de Abel. Si le vemos extorsionarle para conseguir la cinta, ya tendríamos suficiente para

abrir una investigación de todo el cuerpo fronterizo en Ceuta, y con los testimonios del documental que Irene va a emitir en breve...

Empiezo a estar indignado.

—Pero ¿estoy obligado a hacer esto? No sé, creo que ese tío no se anda con tonterías. ¡Si le doy la cinta, me matará ahí mismo!

—Si es cierto lo que nos ha contado, Sotomayor no le va a dejar tranquilo, no tiene usted nada que entregarle y nosotros estaremos vigilando, de momento lo único que tiene que hacer es darle largas, decirle que no tiene la cinta y conseguir quedar otro día para entregársela. ¿Entendido?

—¿Es una orden?

—Encontraría la forma de obligarle, pero ¿usted sabe lo que es la sincronicidad?

No lo sé y me importa un huevo. Además, se ha inventado la palabra. Si no te hubiera atropellado, a esta tía le iba a cantar las cuarenta, me parece ilegal, es un chantaje pedirme que me arriesgue así. Intuye que no voy a negarme, que oculto algo que me da más miedo que el Pelirrojo. Supongo que si fuera un buen hombre, debería prestarme a ayudar.

Ante mi silencio, la inspectora Pastora Martos repite la pregunta:

—¿Sabe o no lo que es la sincronicidad...?

Niego con la cabeza.

—Si haces el bien, el bien te vuelve.

Y me cuenta la historia, es la primera vez que le escucho decir más de tres frases telegráficas seguidas.

—Hace poco me encontré en la estación de tren de Las Matas a un chico que me pidió dinero porque no tenía suficiente para volver a Madrid, me dio pena y le di dos euros. A los pocos días volví a coger el tren en el mismo lugar y ahí estaba el mismo chico pidiendo dinero a otra persona. Me acerqué a él y le dije muy seria: «La semana pasada te di dos euros. ¿Por qué crees que te di dinero, porque me sobra? No, lo he hecho por ayudarte y tú solo quieres aprovecharte de la bondad de los demás». Desvió la mirada a sus zapatillas, avergonzado, sacó dos euros del bolsillo y me devolvió la pasta que le había dado la semana anterior, sin decir ni mu. Todo lo que das te es devuelto...

¿Qué narices tiene que ver esto con la cinta, el Pelirrojo y yo mismo? Esta mujer no deja de sorprenderme, ahora va de filósofa.

—Por eso debería querer colaborar, solo por un poco de solidaridad. —Mientras baja por la escalera, sin mirarme, remata—. Ya sabe, sincronicidad, señor Álamo... Y si esto no le convence, piense en lo que le he dicho antes:

estaba en la escena del crimen y ha hecho un trato con uno de los principales sospechosos... Seguiremos en contacto.

Cierro dando un portazo. Ahora sí que estoy en un buen lío, soy como un agente doble, solo que además también soy uno de los malos. La ubicuidad en persona.

No obstante, después de una carrera de casi una hora, una ducha y de camino a la inminente cita con mi hermana, la conversación con la inspectora se me estaba olvidando. Me da la sensación de que me siguen, miro para atrás pero no hay nadie sospechoso..., quizá deba pedirle a la inspectora protección.

Mi hermana, ¿por dónde empezar? ¿Qué puedo decir de Alma? Que nos hemos distanciado, que me aterra encontrarme con ella y ver en su rostro los ojos audaces de mi padre, la boca afable de mi madre. Ella y Jaime son mis únicos vínculos con aquel mundo, y Alma —al contrario que mi amigo— me pregunta constantemente cómo estoy, me cuenta cómo se encuentra ella sin que yo se lo pregunte... El caso es que somos huérfanos y esta desgracia, en lugar de unirnos, nos ha hecho incompatibles.

De Alma se ha dicho con acierto que sus cuadros son un estallido cromático que desafía a la naturaleza. Alma solo siente pintando, esto es lo que mejor la define: la pintura es su vida, tiene un don y lo ha exprimido con la fuerza de voluntad que la caracteriza. Es muy sensible, pero en un sentido opuesto al mío; ella es una luchadora nata, sufre y expresa, tira para delante porque la vida se agota en un suspiro. Es huérfana y lo acepta, no digo que sufra menos que yo, sino que se enfrenta de otro modo al dolor. A ella le parece inútil sufrir; a mí me parece una aberración que no se me pare el corazón. Nos sacábamos de quicio con nuestras reacciones opuestas, no intentamos acercarnos, éramos fantasmas con patas.

Además, mi hermana viene exponiendo desde hace años, primero en colectivas y en seguida individualmente, en España y en el extranjero, por lo que no para. Cuando no está inmersa en sus lienzos, anda de acá para allá, lo que ha hecho aún más cómoda nuestra lejanía. Llevo cuatro meses sin verla, pero Jaime ha insistido en que quede con ella y, ya que ayer me llamó, quizá sea un buen momento. Inaugura una nueva exposición, aprovecharé para hablarle de Edne y de su talento, quizá ella pueda echarle una mano.

He resucitado de una muerte intencionada, pero la resurrección tiene sus procesos, primero la euforia de descubrir que vivir es algo maravilloso; más tarde la tranquilidad de comprobar que eres capaz de soportar el dolor y cerrar heridas, la tristeza se va agotando del propio uso. Ahora el miedo al futuro que

se dibuja confuso y solitario. Creo que tengo ganas de seguir adelante, y no es que no soporte mi pasado, sino que me aflige mi futuro. Pensar que los que vengan no van a conocer a mi padre, ni a mi madre, que soy un huérfano, que mi vida empieza de cero, los únicos vestigios de mi pasado son mi hermana y Jaime. Si algún día tenemos descendencia, supongo que les contaremos historias de nuestra niñez, de esa casa donde siempre llegaban personas interesantes, de los viajes en la leonera del coche, cantando y jugando al retrato. Contaremos que a mi abuelo casi le fusilan pero que se desmayó justo un segundo antes del disparo, se levantó entre cadáveres y se presentó ante nuestro padre como una aparición del otro mundo. Almendralejo y aquella casa con el baño fuera, y el palomar y el piano... Es como si todos estos recuerdos fuesen de la vida de otro, me da pánico que no queden, que no permanezcan de algún modo. Si todo sale bien, lo próximo que escribiré será sus vidas, tan ricas y repletas de pasiones que merecen ser contadas; no quiero que se conviertan en personas inexistentes, porque para mis hijos o para los hijos de mi hermana serán como algo de otro mundo, de otra realidad, no de su realidad, ni de sus recuerdos. No los echarán de menos, no recordarán su risa, ni su olor. Me atormenta esta idea, del mismo modo que me atormenta el rostro de mi hija que nunca vio la luz.

Por eso cuando he entrado en la sala me he parado irremediabilmente ante el cuadro que Alma ha dibujado de nuestros padres y de Berta, y he pensado que estaban ahí, que habían resucitado a través de ese objeto al que daban vida. Mi madre y Berta están sentadas en una pradera llena de luz, una luz vespertina, las sombras huyen mientras el sol se alza poco a poco. En el centro ellas, repletas de vida, repletas de sí mismas. En la esquina derecha, una pareja sentada en una silla, ella sobre las piernas de él, no se ven sus rostros, pero los he reconocido al instante. Son nuestros padres.

Mis padres estaban tremendamente enamorados, de hecho, los demás éramos meros espectadores de su amor. Cuando mi padre descubría algo nuevo en el laboratorio, llegaba a casa, subía a mi madre en volandas y empezaba a dar vueltas como un loco, luego se sentaba en su sillón de orejas y ponía a mamá sobre su regazo mientras le contaba todos los progresos en su investigación, ni siquiera reparaban en nosotros. Puede parecer que deberíamos sentirnos celosos de su relación, pero en realidad no era así: nos cuidaban y nos querían, solo que nunca interferimos en su amor, que para ellos era sagrado. Eran personas cultas y activas, creo que nos enseñaron multitud de cosas, nos hicieron unos verdaderos apasionados del arte, del estudio y de la naturaleza, pero sobre todo crecer junto

a esa pareja tan adorable, que se besuqueaba, que se reía entre las sábanas mientras nosotros preparábamos el desayuno cada domingo... nos dio una ciega confianza en el amor.

Recuerdo mi primera pasión adolescente. La niña rubia y yo nos fugamos porque sus padres no le dejaban tener novio. Creo que era enero, no llegamos muy lejos: primero unas horas en casa de Jaime, con nuestras mochilas, mi amigo nos dio unas latas de sardinas y de atún; luego a Atocha, con un frío de narices, para coger el tren a Toledo. Llegamos a la ciudad mágica y cuando nos pusimos a buscar un hostel, descubrimos que la libertad era más cara de lo que pensábamos. La niña rubia se asustó mucho y decidió que lo mejor era volver. Pillamos el último tren por los pelos y fuimos a mi casa. Mis padres estaban preocupados pero no enfadados, les hizo gracia nuestra patética fuga. Llevamos a la niña a su casa, sus padres sí estaban furiosos. Recuerdo descansar en la cocina tomando un vaso de leche caliente con esa niña llorosa y asustada, mientras los padres de ambos charlaban en el salón. Recuerdo las palabras risueñas de mi madre: «Ya, bueno, pero es que los que se quieren tienen que estar juntos».

Me emociono evocando la escena. Estoy parado delante del cuadro que ha invocado tantos recuerdos. Alma habla con alguien, pero al verme allí quieto, absorto, se acerca. No me abraza, ni me besa. Nos hemos olvidado del cariño carnal. En un alarde de afecto pellizco su suave mejilla.

—Lo has captado a la perfección..., el amor, digo.

Mi hermana sonrío emocionada, con esa boca de nuestra madre. No se esperaba que yo le mostrara mi cariño así, de repente. Es un placer volver a hablar con ella, saber que seguimos siendo hermanos y amigos a pesar de los años y los desastres a nuestras espaldas.

—Me alegro de que te guste, lo hice para ti.

Se lo agradezco, sé que ha entendido mi dolor, que no querer olvidar es mi luto.

—Ya me ha contado Jaime todo lo del atropello, el hospital, los inmigrantes...

Vaya, Jaime y Alma siempre tan repateadoramente cómplices. ¿Cómo se le ocurre contarle a mi hermana pequeña mis delitos?

—¿Estás bien?

—Bueno, supongo que si la chica sale adelante, estaré bien. Ahora me siento vivo, tengo miedo y me siento vivo y culpable.

—Eso ya es mejor que no sentir nada.

LOS HORIZONTES DE LUA

La utopía está en el horizonte.

Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos
y el horizonte se corre diez pasos más allá.

Entonces ¿para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

Jaime cierra su «Luna Roja» con esta reflexión de Eduardo Galeano

Estoy junto a tu cama en este rincón donde el tiempo se detiene y la vida se para. Intento ver si los poros de tu piel me cuentan algo que no sepamos, **E** que ni los médicos ni Aurora puedan decirnos.

Hoy es tu cumpleaños, todos van a la comida-reunión en casa de tu madre para celebrar tus treinta y tres primaveras. También iré, pero antes quería pasar a verte.

Primero me encuentro con Nora, cuya extraordinaria simpatía me pilla por sorpresa y luego descubro que quiere que le firme un libro. Le digo que no, que tengo mucha prisa. La Enfermera Que Me Las Pagaré es la primera persona a quien niego una firma, un pequeño gesto de lealtad hacia Arturo.

Salgo de estar unos minutos junto a tu cuerpo sin sentido y me encuentro con Tomás, está leyendo *El Jueves* y se parte de risa. El héroe, el tipo duro, resulta ser forofó de un equipo de fútbol, colecciona discos de culto, se sabe la biografía de su actriz favorita, y le apasionan los cómics de Corto Maltés. Al verle ahí sentado, disfrutando de la lectura a carcajada limpia, he recordado lo que escribes en tu diario:

Tomás es una persona muy especial, le he sorprendido riéndose mientras veía con las niñas los dibujos del Correcaminos. Ese humor tan simple que resume todo. El Coyote siempre luchando por alcanzar lo inalcanzable sin conseguirlo. ¿No es eso la vida? ¿No es eso al fin y al cabo reírse de la propia vida?

Pero también puede ser solo un coyote persiguiendo a un correccaminos y pasándolas canutas. Me gusta que alguien tan complejo, tan comprometido, tan en su sitio, se ría de estos dibujos, disfrutándolos con la inocencia de un niño.

Me acerco a Tomás. No quiero interrumpirle pero levanta la cabeza del tebeo, creo que se ha sorprendido de que le mire tan fijamente, perdido en mis reflexiones y dice:

—¿Nos piramos?

—Tomás, ¿crees que tu trabajo te ha cambiado? —no puedo evitar preguntar—. Quiero decir si piensas que tienes otra visión de la vida, o a vosotros os preocupan las mismas cosas que a todo el mundo.

Repite la pregunta dándose tiempo para pensar y al fin contesta, en su jerga de barrio habitual.

—Sin duda, a mí este trabajo me ha cambiado la vida y al que no se la cambie es un zoquete. Cuando has estado en medio de una crisis nutricional y ves que en casa se tiran las cosas a la basura porque dicen que han caducado (porque es obligatorio poner una fecha en el paquete, no porque el alimento se encuentre en mal estado)..., yo me cojo unos rebotes de la hostia. Me parece superinjusto ese afán de tener cosas que no necesitas, pagarlas con un dinero que no tienes, para luego tirarlas porque no las utilizas. Cuando has convivido con gente que está sacando adelante a su familia con un dólar al día..., claro que te marca, y para siempre, y es bueno y yo se lo intento transmitir a mis hijas de algún modo...

Recorremos la A-6 con Sabina a todo trapo. «Y cómo huir cuando no quedan islas para naufragar», con Tomás cantando sin voz, sin ritmo, sin pudor. Cuando llegamos a casa de Milagros, ya están todos dentro. Me refiero a todos: tu familia al completo, tus amigas y Hugo, que en dos semanas parte para Brasil..., incluso Alma y Jaime han sido invitados.

La casa huele a paella, la casa huele a mejillones tigre, la casa huele a horno caliente, a sartén quemada, a tarta de manzana, la casa huele a los milagros de Milagros.

Tu madre es el alma de la familia y lo sabe; si ella se derrumba, todo se rompe en pedazos. Va de un lado a otro de la cocina con un control completo, dando órdenes directas a quien se atreva a asomar la cabeza, contando historias divertidas porque no es dada al sentimentalismo ni al mal humor. Domina su entorno con una soltura pasmosa y todos la respetan porque la admiran, porque es una estupenda matriarca subversiva, dispuesta a reírse de sí misma y de los demás, incluyendo a sus hijas y nietos.

Celia tiene que hacer un trabajo en el cole sobre una persona mayor de su familia, ha elegido a la abuela Milagros y está sentada en la cocina formulándole todo tipo de preguntas, mientras la observa hacer y deshacer maravillada.

—Pues pon que soy casi perfecta —dice tu madre, y rompe a reír.

Lua se queja de que tiene los dientes muy grandes, Milagros la mira detenidamente y le suelta:

—Qué va, lo que pasa es que tienes el pellejo corto.

La niña no lo entiende muy bien, pero se va satisfecha.

Entra Carmen diciendo que necesita espacio y la abuela le responde que ordene el estudio y encontrará todo el espacio que quiera.

Mi hermana está con Edne, admirando su obra. Bajo las estrechas escaleras que me llevan al taller y me encuentro a las dos mujeres enfrascadas en su mundo de colores. Edne pequeña, oscura como el ébano, silenciosa, poco apresurada... Alma rubia, flaca, espigada, nerviosa... Jaime le llama «terremoto» porque las escaleras de casa tiemblan con un leve estremecimiento bajo sus pasos. Exteriormente son lo más diferente del mundo, pero ambas tienen marcas de pintura en el alma.

Mi hermana está emocionada con los cuadros de Edne y quiere que hagan una exposición conjunta en la sala Ansorena.

—¡A que es una idea genial, Ángel!

Asiento, ilusionado e impotente, aún no ha nacido quien le impida a mi hermana llevar a cabo una de sus «ideas geniales». Pero además, esta me lo parece. Edne no se hace muchas ilusiones, permanece en su sitio, pero es difícil no entusiasmarse cerca de Alma, que está lanzada:

—¿Has visto esta mezcla de impresionismo y fauvismo...? ¡Tu obra, Edne, es como pintar sueños!

Las dejo solas al percatarme de que no me necesitan. Me siento en la enorme mesa junto a tus amigas y Hugo. Paca me preocupa, está alicaída y muy pálida, su rostro es solo ojos. Esos ojos color de otoño que parecen haber perdido algo de esperanza, ya no creen en la primavera. Empezamos la comida, es Hugo quien habla durante todo el primer plato:

—Siempre es un placer comer la primera cucharada de *açai*, esa fruta amazónica con cereales y plátano, la cerveza brasileña, el calor, arena entre los dedos de los pies, olor a cigarros de menta, olor a sudor y meada en los conciertos al aire libre, esa preocupación de no ser asaltado... He hecho «amistad» con los ladrones de mi barrio. Estoy conociendo a artistas de grafiti, putas, policías corruptos; veo atracos desde mi ventana, realizados por chicos de

la calle que conocen mi nombre, me saludan, dicen que soy un *brother*, porque curé a un tío al que le habían metido un dedo en el ojo, y ahora no para de decirme: «Cualquier problema que tengas, búscame y yo te ayudo»... Pasan mujeres preciosas delante de mí, me guiñan el ojo, sonrían...

Efectivamente, Hugo resulta muy simpático, esa mezcla de vividor y defensor de causas perdidas. Se hace el silencio, un silencio estruendoso, como siempre después de un buen discurso. Me acomodo al lado de Paca, que me mira con desconfianza: sigue siendo la única de los tuyos a quien no consigo conquistar. Silvia se tiene que ir pronto, hoy trabaja llevando a un grupo de cámaras a una vuelta ciclista. Ya hemos terminado el postre, Silvia me sonrío desde las nubes:

—¿Le damos un poco a la madera?

Darle a la madera, en el lenguaje de los entendidos, es jugar al ajedrez. Silvia y yo, siempre que tenemos un ratito, nos enfrentamos en el tablero. Parece que tenga una mente difusa, que sus pensamientos vaguen lejos de nosotros y sin embargo es tremendamente eficaz jugando al ajedrez. Sus ataques siempre son a pecho descubierto y su juego es terriblemente apasionado.

—¿Cómo acabaste pilotando helicópteros?

Silvia no deja de agarrar la mano de Paca y contesta a mi pregunta con tono neutro; su voz no es entusiasta aunque se intuye cuánto adora lo que hace.

—El helicóptero es la única máquina de volar libre. Con un avión o una avioneta tienes que ir de un aeropuerto a otro, mientras que con un helicóptero puedes ir a donde quieras y por donde quieras..., solo debes comunicar tu plan de vuelo.

—Además trabaja en la oficina con mejores vistas del mundo —añade Paca. Entonces Silvia levanta los ojos del tablero y la mira con una ternura increíble, se sonrío con la cercanía que solo te da la amistad y el amor. Ellas unen las dos cosas y es alentador. Sigo dándole conversación quizá para distraerla del juego, ya que hoy es la Silvia de las grandes ocasiones.

—Dicen los niños que no ha funcionado lo de mandarles el mensaje a Aurora porque como acababa de romper con el Cretino, tiró el móvil a la basura... Al Guapo le han dejado el cuaderno con la dirección del hospital, pero no ha dado ningún paso por el momento...

Reflexiona con la mirada perdida en algún punto indescifrable del más allá.

—El amor es como un río al que no puedes poner diques..., sigue su curso. Ella es capaz de rescatar lo mejor de él, para él ella es lo mejor del mundo y de la vida. Están solos porque nunca han descubierto a nadie que les haga sentir.

Antes o después se encontrarán.

Siempre hablaba así, al parecer nunca la tomaban muy en serio, pero sus palabras estaban cargadas de lucidez a pesar de la solemnidad. De todos modos, vuelve a la partida y añade:

—Mate en tres jugadas.

Sacan las copas y hacemos un brindis por ti, Sofía, realmente parece que estés entre nosotros. Ponen música para que los niños bailen y jueguen. Tomás busca mi mirada y dice:

—¿Puedes venir un momento?

Subimos las escaleras que llevan al estudio, con estanterías donde ya no caben los libros, más de mil ejemplares, calculo, rebosan en cada estante; una pequeña mesa tan llena de papeles que no cuenta con ningún espacio útil vigila la biblioteca. La habitación está presidida por un ventanuco desde el que se aprecia un buen pedazo de cielo y se intuyen las copas de los árboles.

—Ángel, sé que has trabajado muchos años en diferentes periódicos, eres un escritor y columnista muy reconocido. —Breve silencio de Tomás, creo que desea pedirme algo, le sonrío intrigado—. Sofía y un grupo de políticos, periodistas y miembros de diferentes ONG llevan años elaborando un estudio con posibles enfoques para que los problemas de la inmigración se traten de otro modo en los medios de comunicación y en las agendas políticas...

—No tenía ni idea.

—La inmigración irregular es un nuevo desafío humanitario: los movimientos masivos de población forzados por la guerra, los conflictos, las catástrofes naturales, las sequías, el hambre o las epidemias... Parece que los problemas de la inmigración son la violencia o los conflictos que puedan generar en el país al que llegan. Yo soy más bruto que Sofía y pienso que eso es lo de menos, me parecen gilipolleces de capitalistas caprichosos, ¡hay que abrirse, coño!, hay que tener claro que estamos donde estamos por casualidad y que esta tierra no nos pertenece. Supongo que habrás escuchado muchas veces que nos quitan los trabajos o que las casas de protección oficial se las dan a ellos o que nuestros niños no tienen plazas en las guarderías y colegios públicos porque están atestados de inmigrantes... ¡Normal! Es cierto que esos inmigrantes necesitan los servicios públicos y las facilidades más que nadie, es cierto que sus preocupaciones no son tener un coche o irse de vacaciones, sino sobrevivir. Pero Sofía entiende que es lógico que la gente se queje, el inconveniente para ella no son los inmigrantes, sino cómo se enfoca la inmigración.

Me tenía atrapado en su discurso de tacos, frases sorprendentes e ideas radicales.

—Tengo mentalidad de superviviente, Ángel. Si contamos con las cuatro cosas básicas, ya está. Te digo que soy un poco salvaje; sin embargo, Sofía tiene una visión más filosófica de la felicidad, la integración, la convivencia y todas esas historias metafísicas..., entre todos hemos elaborado un informe sobre los retos y dilemas de la inmigración..., hablamos de la educación y de lo importante que resulta enseñarles el idioma y las costumbres a los que llegan, de los agujeros negros en la Ley de Extranjería, de la economía sumergida sin derechos, de que es básico trabajar en los países de origen... Sobre todo proponemos que la respuesta a una situación tan compleja no puede ser el fruto del empecinamiento de unos pocos.

Me acuerdo de Berta y su defensa de la justicia distributiva por la que abogan los economistas soñadores, que los hay, aunque parezcan dos palabras incompatibles. Tomás ve que me estoy perdiendo entre datos y vuelve a captar mi atención.

—Hay millones de niños en el mundo que no van a la escuela y millones que mueren con, por o en la guerra. Muchos niños de esos países aprenden a contar matando: «Me he cargado a dos». Esto es un gran problema para esa nación porque no rompen solo la vida de esos niños, sino que destruyen cualquier esperanza o posibilidad de futuro, por lo menos durante una generación más. Si lo lees, verás que es una forma de inspirar, una visión diferente y alentadora.

Me tiende un montoncito de hojas encuadernadas y sugiere:

—No tardas nada y si te gusta, no sé, igual podrías escribir algo sobre el tema porque en un par de días todo esto va a salir a la luz y queremos que los políticos tengan en cuenta la denuncia de los malos tratos y esta propuesta. Si además del documental de Irene publicas un artículo, le damos más bombo y ya sabes, de lo que se habla, lo que sale en los medios de comunicación, acaba entrando en la agenda política antes o después...

—No me tienes que convencer, Tomás. Creo en lo que hacéis.

Asiente como pidiendo disculpas y me deja solo en ese rincón de lectura, donde huele a cuero, a polvo y a papel viejo. Y leo el proyecto creado por mujeres y hombres soñadores, idealistas que realmente creen que el mundo puede cambiar. Me enamoro de esas ideas igual que lo he hecho de ti.

Bajo al salón todavía conmovido por lo que he leído. Los niños están gritando en el jardín, tu madre duerme la siesta, el resto sentados por los sofás. Solo Pedro y Teresa parecen hacer caso de la música. Bailan abrazados, muy despacito, casi sin mirarse pero susurrándose palabras al oído que les provocan sonrisas o cómplices caricias. Ellos también me conmueven con su amor que sobrevive.

Necesito salir a correr, despejarme, pensar. Me cambio de ropa y me enfrento al frío del exterior. Los niños están jugando al rescate, todos menos Arturo, que ejerce de árbitro, le veo sombrío y me cuenta:

—¿Por qué no va a buscarla si dice que es lo mejor del mundo y de la vida?

—Es complicado, Arturo, han pasado muchos años, tendrá miedo a hacer el ridículo..., pero no te preocupes, tú ya has hecho más de lo que Sofía te pidió y le has devuelto el cuaderno a su dueño..., si no se quieren «reencontrar», tú no puedes hacer nada.

Se queda pensativo. Nuestras miradas viajan en paralelo, buscando el débil sol que acaricia las cimas de granito en la sierra. Si fuese un dibujo animado, habría visto la bombilla encendiéndose...

—¡Claro que puedo!

—¿A qué te refieres?

—Lo siento, Ángel, eres un tío enrollado, pero esto no es algo que puedan entender los mayores. —Inmediatamente grita—: ¡Javi, Celia...!

Estoy a punto de irme, pero Lua, a quien por ser demasiado pequeña no la dejan jugar, está sentada muy enfadada mirando el paisaje con cara de mayor. Me siento a su lado.

—No entiendo lo del horizonte.

Tiene una voz tremendamente dulce, gesticula con las manos al hablar y abre mucho los ojos negros transparentes.

—Qué es lo que no entiendes.

Empieza a mostrarme su tierna y encantadora personalidad.

—Ese es el horizonte, ¿no? —pregunta señalando el cielo y la tierra a lo lejos—, pero cuando vas en el coche, siempre que vas a un horizonte, luego hay otro, y luego otro más... ¡Nunca se acaban!

Me gustaría decirle que tiene razón, que nunca llegas al horizonte porque los horizontes son como la vida: una cosa tras otra, no hay ningún sitio al que llegar. Sin embargo, le cuento que el horizonte también es esa ilusión donde

parece que el cielo se une con la tierra o con el mar. Reflexiona mientras me abrocho las zapatillas, no he resuelto sus dudas pero cambia de tema: quiere venir a correr conmigo.

—No puedes, Lua, corro muy rápido.

Parece terriblemente desilusionada, como si no encajara en ningún sitio. A los niños les da pena, Celia viene a por ella para dejarla jugar un rato. Aprovecho para escabullirme entre los caminos del pueblo. Hace una tarde preciosa, con ese aire tan frío que parece purísimo, huele a campo, a tierra húmeda, a madera de encina ardiendo.

Me pierdo en la cómoda cañada por la que corrí el otro día, con los músculos y las articulaciones chirriando; aún estoy agarrotado, me llevará un rato entrar en calor. Escucho un coche detrás de mí. Va despacio. Apresuro el trote y el coche acelera intimidante. Recuerdo un sendero un poco más adelante y emprendo una carrera enloquecida. El conductor acelera de nuevo levantando una cortina de polvo en la que imagino poder esconderme. Me falta el aire, puede que sean unos gamberros, imploro, pero antes de darme la vuelta ya sé de quién se trata. Ahí está el Pelirrojo.

Baja la ventanilla del copiloto y sonrío enseñando sus dientes separados en esa cara de sádico.

—¿No te han dicho nunca que correr es de cobardes?

—¿No te han dicho nunca que eres tan tópico que aburres? —respondo sin resuello.

—Artista, te veo un poco agresivo...

Y sacando el brazo me agarra los testículos.

—Lo que tienen las persecuciones es que ponen a las personas a la defensiva.

Baluceo. Baja del coche enfadado. El conductor, un armario de dos metros, también.

—Han pasado dos días, artista. ¿Sabes lo que eso significa? Que más te vale tener lo que queremos.

Intento pensar rápido, pero estoy congelado y me duelen los huevos.

—Sí, claro que lo tengo, pero aquí no... Si hubiera sabido que nos íbamos a encontrar en este pueblito. ¡Lo pequeño que es el mundo!

—Tienes el original, supongo...

Su voz es dura, amenazante.

—Sí, tengo la cinta de las cámaras donde se ve cómo apaleas a un inmigrante indefenso.

—Si hubieras sido uno de esos cabrones, hace un momento te habría reventado los cojones, pero las que dan guerra son ellas, ¡cómo pelean cuando se tienen que enfrentara a un par de pollas autoritarias! Así que ríe. Tú verás cómo te lo montas, pero quiero la cinta ya.

—Está bien, pues mañana, en mi casa...

Vuelve a reírse con su boca llena de huecos.

—No, Artista, creo que no has entendido quién manda aquí. Dentro de dos horas en la última planta del aparcamiento de las Descalzas, ¿entendido?

Se sube al coche a toda prisa y salen del camino hundiéndose en cada charco.

Vuelvo corriendo al pueblo. Pido dinero a una pobre anciana que me mira como si fuese un delincuente. Llamo desde una cabina a la inspectora Martos.

Cuando le pregunto por qué el Pelirrojo quiere la cinta con tanta premura, me cuenta que dentro de dos días quieren emitir el documental de Irene con todas las imágenes, y mañana llega a España la alta comisionada de Naciones Unidas para la Protección de los Derechos de las Poblaciones Inmigrantes y sus Familias. Tomás se ha encargado de hablar con ella y ponerla en antecedentes. El Pelirrojo necesita parar este asunto ante la presencia de esta mujer porque, aunque el Ministerio del Interior dio órdenes de no dejar pasar inmigrantes, no ha dado carta blanca para que un grupo de locos violentos den rienda suelta a sus frustraciones (o que algunos hasta saquen tajada), para que maten a otro policía y atropellen a una cooperante... Si esa cinta llega a cualquier medio de comunicación, se le cae el pelo a él y a algunos altos cargos políticos. La cinta original de las cámaras es la única prueba real.

Recuerdo el documental de Irene en el que Tomás también habla como coordinador general del Proyecto Fronteras de IMARA: «El Ministerio del Interior tiene una política clara, que en su momento manifestó públicamente: no facilitar en modo alguno la vida de los inmigrantes que lleguen a Ceuta, con ánimo de desalentar a los posibles candidatos que están al otro lado. Se están llevando por delante los derechos humanos más elementales». También habla de las crueles paradojas que provoca la Ley de Extranjería: «Si un inmigrante al entrar en Ceuta, en lugar de seguir todos los trámites administrativos que le marca la propia ley española, le da un palo en la cabeza a alguien y le roba la cartera, a ese le dan de comer, tiene cobijo y asistencia médica. Al otro no». Hace un par de años IMARA decidió intervenir con un proyecto de asistencia a la población, ya que no había sitio en los centros de internamiento y más de

trescientos inmigrantes estaban viviendo en la calle en unas condiciones infrahumanas. Pusieron en marcha este campo de refugiados en territorio español, exactamente igual a los que puedan poner en el Tercer Mundo.

Entiendo que lo que menos conviene al Pelirrojo, y a todos los miembros del Gobierno implicados, es una cinta donde la Guardia Civil arremete contra los inmigrantes como si fuesen peligrosos asesinos.

Regreso corriendo donde Milagros para cambiarme y que alguien me lleve a mi casa. He quedado con la inspectora en media hora.

En contraste con el frío del exterior, dentro hace un calor acogedor. Tu madre ha puesto a los niños delante de la tele con una bolsa de golosinas en las rodillas.

Me dan una envidia nostálgica.

Jugar durante horas al rescate en el frío de la sierra después de haber comido los ricos manjares de Milagros, pelearte con los primos, reconciliarte con los primos al cabo de unos segundos, aprender la receta secreta de la tarta de manzana de la abuela, aprender a pintar con Edne y con Alma, mezclar los colores y las formas de tal modo que, al terminar, las manzanas pretendidas parecen torrijas..., ver una peli de dibujos comiendo gominolas. A veces la vida es maravillosa.

Daría lo que fuera por ser un niño hoy, sin estas preocupaciones de adulto que me acosan. Tengo miedo del Pelirrojo. Soy un delincuente, un traidor, sé que me van a pillar y ahora no me asusta tanto la cárcel como desilusionar a toda esta gente que cree en mí.

Echo de menos ser un niño, cuando es tan fácil que la vida resulte maravillosa, cuando los horizontes se repiten, cuando para salvar a todo el mundo solo tienes que correr a todo trapo y abalanzarte sin aliento sobre la pared del patio para gritar: «¡Por mí y por todos mis compañeros!».

EL ACABOSE

Tengo los pies desnudos para entrar en el siglo
y el corazón desnudo y la suerte sin alas,
vamos a no estrenarlo con quimeras exangües
sino con el dolor de la alegría.

Ana, junto a tu cama, te lee en alto: Buzón de tiempo, de Mario Benedetti

aime me lleva a casa, dentro de una hora tiene que volver a la radio. Cuando
Jle cuento lo sucedido se acelera.
—¡Cancelo el programa, pillo la gabardina, camufló el coche, te sigo y
los sigo! Por si la Martos no hace nada y todo es una trampa.

Se lo agradezco y le explico cómo puede ayudarme haciendo lo que mejor
hace, le cuento para qué le necesito y acepta encantado.

En casa me espera la inspectora tan deshumanizada como de costumbre.
¿Creerá en algo esta señora?, ¿habrá amado alguna vez?, ¿la amarán siquiera?

—Póngase este micro debajo de la ropa y no lo golpee con las manos o no
se oirá nada...

El becario que va con ella me instala el micro, el transmisor, la batería y me
llena de cables mientras Pastora mira el reloj impaciente. Nada de preguntar qué
me parece el plan, nada de «tranquilo, muchacho, todo saldrá bien», ni siquiera
responde a mi increpación aterrada, ¿y si me registran? Solo órdenes eficaces y
rostros inexpresivos.

—Pero si no le llevo la cinta, el Pelirrojo me va a matar; si no lo hace él, lo
hará el gorila que lo acompaña...

—Estaremos cerca, vigilando. Usted solo tiene que intentar que diga
exactamente por qué quiere la cinta, ¿entendido?

—Lo entiendo perfectamente, ¡me van a curtir! ¡Me van a dejar como un
colador!

Pastora suspira aburrida, debo de parecerle patético, pero me gustaría que ella estuviera en mi lugar, no en un coche dos manzanas más allá, protegida por la distancia y sus hombres.

—Si le da la cinta, seguro que le mata porque ya no le necesitará, ¿lo entiende? Lo que queremos es que confiese, por lo menos que diga o haga algo para poder detenerlo.

—Espero que no lo detengan por asesinar a un escritor en un aparcamiento público.

Cojo la moto, doy un pequeño rodeo y freno al toparme con Jaime, que se baja del coche como un detective de película, gabardina incluida. Comprueba la instalación, me da mil consejos y se despide con un abrazo enorme:

—Que la fuerza te acompañe.

Casi no siento frío camino del aparcamiento de la plaza de las Descalzas. Bajo al tercer nivel, aparco y espero apoyado en mi querida monster deseando que el Pelirrojo no aparezca y urdiendo cebos para hacerle confesar.

Al poco rato el coche que me acosó en el camino desciende por la rampa, deteniéndose en cada esquina hasta dar conmigo.

El Pelirrojo baja impaciente del vehículo.

—Artista, dame la cinta, tenemos prisa y hay que comprobarla.

Permanezco en silencio, tengo que conseguir que hable y no dejar que se acerque más. Entre mis opciones elijo la C, aunque solo sea porque es la inicial de la palabra «correcto».

—No la tengo.

Y retrocedo.

—¿Cómo que no la tienes?

—No te la voy a dar hasta que tenga alguna garantía.

El Pelirrojo me mira como si quisiera prenderme fuego.

—Mira, capullo, esto no es una novela y no puedes elegir el final. Como no me des la cinta ahora mismo, te mato o, mejor aún, voy a quedar esta misma noche con la inspectora que lleva el caso para decirle la verdad: que tú eres el cabrón que atropelló a santa Teresa, ¿qué te parece?

Lo ha dicho, me ha descubierto, lo ha dicho y tengo el cuerpo lleno de micrófonos.

—¿Qué te parece? Prefiero que me detengan que hacer tratos contigo. Además, no tengo la cinta.

Por el puñetazo que me arrea, me temo que le parece fatal. Empiezo a sangrar por la nariz.

—Creo que no estás en situación de decidir.

Saca la pistola del bolsillo y me apunta directamente a la cabeza.

—¿Quieres acabar como el chivato de Abel?

—Tengo entendido que Abel se suicidó.

—Era un tipo raro, los raros siempre acaban mal...

—Te sentaría fatal que te traicionara...

Me mira sonriendo, inmediatamente me convengo de que nada en el mundo podrá arrancarle la verdad.

—No te puedes fiar de nadie... Fíjate, hasta un mierda como tú es capaz de tocarme los cojones...

El cañón de la pistola marca un anillo en mi sien y mientras habla, la saliva se escapa entre sus dientes deformes y me salpica. Contengo las ganas de limpiarme el rostro.

—Hagamos un trato.

—Artista, ¿crees que puedes hablar de tratos?

—Creo que tengo algo que tú quieres y tú tienes algo que necesito entender...

Se pellizca la nariz con gesto de fatiga, me parece verle flaquear. Retira el arma de mi cabeza empapada de miedo y sudor. Aprovecho.

—Si me das una buena historia, algo que yo pueda creer aunque no comparta..., tienes mi palabra de que te daré esa cinta.

Juego la carta del escritor y lanzo un farol a su orgullo de matón.

—¡Quién cojones crees que eres! Tu palabra no vale mucho, Cuentista, pero si quieres una historia te la daré, así también sabrás con quién te la juegas. Sí, a Abel le suicidamos. Después de torturarlo hasta que cantó que la puta cinta la teníais vosotros, y si tú no la tienes, nos dirás dónde está y pasaremos al siguiente.

Es un momento exquisito y lo saboreo, ya tengo la confesión. Parece notar que algo ha cambiado. Me agarra del cuello y me empuja contra el coche.

—Andando, ahora mismo nos vas a dar la cinta, ¿o prefieres probar la bañera? ¿Sabes lo que es la bañera?

Y abre la puerta. No lo sé, prefiero no saberlo. Cuando voy a entrar me giro, intento salir corriendo, me agarra del pelo y me golpea la cabeza contra el coche, me empuja dentro y comprendo que estoy perdido. Si sobrevivo, iré a la cárcel; aun así prefiero sobrevivir.

—¿Abel probó la bañera?

El gigante que conduce sonríe con malicia a través del espejo retrovisor. El Pelirrojo sigue apunt ndome con la maldita pistola. Está muy serio, ha abandonado el tono socarrón para sacar todo el odio y la agresividad que intentaba contener.

—Claro, no había que dejar marcas. Llenas la bañera, le pones de rodillas con las manos esposadas a la espalda y le sumerges la cabeza hasta que deja de patear. Cuando apenas ha cogido un poco de aire vuelves a repetir la inmersión. Limpio y eficaz. Pero fue solo para hacerle hablar, luego te cuento cómo le matamos...

—Era vuestro compañero...

—Efectivamente, por eso. Nuestras  rdenes directas aquellos días consistían en impedir el paso, nos pagaban bien por hacer bien nuestro trabajo. Esa era nuestra misión, ningún maldito moreno debía cruzar esa valla o por lo menos cruzarla y permanecer ileso...

—Son escoria y no deben pasar a nuestro país, crees de verdad en ello,  no? Para ti es más que un trabajo, más que una orden de tus jefes.

—Ahora se están ablandando y quieren que dejemos nuestros «métodos», pero antes eso es lo que nos pedían y tenían toda la razón, al árbol torcido más vale enderezarlo a tiempo,  no podemos dejar que nos invadan!  Abel era uno más! Le trató como a un amigo, fui a ver a su hijo cuando nació, le prestó dinero cuando lo necesit  y luego se acojona y va con el rabo entre las piernas a contarle el cuento a la zorra de turno,  vamos, hombre!

El coche recorre las calles de la ciudad a todo trapo, saltándose semáforos, esquivando peatones. Les importa poco no pasar desapercibidos. Están totalmente descontrolados y no hay nada más peligroso que alguien violento y sanguinario que ha perdido el control. Intento mirar para atrás pero tengo la cara llena de sangre.  Pastora andar  cerca? No parece que ningún coche nos siga.

—Estate quieto, Artista, que me estás poniendo de los nervios.

El Armario conduce y el Pelirrojo va detrás, muy pegado a mí.

—No me eches el aliento encima, es lo único que te pido, ya hay suficiente contaminación aquí.

Me golpea con tanta fuerza que parece que mi cabeza vaya a reventar el cristal. Me quedo aturdido, mirando por la ventana. Veo a dos enamorados caminar tranquilos por la acera, cuchicheando sobre el futuro. Veo a una chica sola, arrebuja en su abrigo.

Subimos las escaleras de mi casa. Nada más entrar me colocan en una silla con las manos esposadas a la espalda. Tengo miedo de que me desnuden y vean los micros. ¿Dónde está la policía? Aparte de en mi casa, llenando la bañera, no parece que haya ningún poli cerca.

—Artista, si me das la cinta ahora mismo, estamos en paz, y te evitas este trance. Los héroes son para las películas o los libros, en la vida real más te vale arrojarte al sol que más calienta...

—Nunca me ha gustado demasiado la vida real.

Puñetazo al canto. Patada en el pecho. No puedo pensar del dolor que siento. El teléfono del Pelirrojo suena y me concede unos segundos más de vida.

—¡Estoy ocupado! —grita—. Para qué cojones quieres que ponga la radio.

El mostrenco de dos metros sale del baño y arrastra la silla hasta el borde de la bañera llena de agua. Me agarra la cabeza y la hunde con fuerza. En principio no me siento tan mal, el agua fría alivia el dolor de nariz mientras se tiñe de rojo. A los pocos segundos empiezo a sufrir un agobio terrible, quiero salir, no puedo respirar, siento dolor en los hombros. Trago agua y dejo de patear. Al sacar la cabeza tomo una bocanada de aire. Tengo los ojos nublados, solo acierto a oír, lejana, la risa sádica del Pelirrojo y también me parece oír la voz de Jaime. Vuelve a sumergirme. En seguida siento que me asfixio, ya está, voy a morir, así es como muero.

La mano del mostrenco suelta mi cuello y me apresuro a sacar la cabeza rápidamente para tener tiempo de coger más aire, pero cuando salgo del agua descubro que estoy solo. Me arrastro como puedo detrás de la puerta. Oigo gritos y disparos y amplificadas la voz de Jaime desde su «Luna Roja»: «Ángel, por favor, si estás bien, manda una señal». Intento controlar mi respiración desahogada y susurro:

—Jaime, nunca nadie tuvo un amigo mejor.

Distingo unos pasos inconfundibles que se acercan a mi escondrijo. Pastora ha llegado, más vale tarde que nunca.

—No pensé que me alegraría de verla.

—El señor Álamo se encuentra perfectamente.

Informa mientras me desconecta los dispositivos inalámbricos.

Tardo un rato en acostumbrarme a respirar.

Han detenido al gigante que acompañaba al Pelirrojo, pero él se ha escapado.

Cogen huellas, me quitan los trastos que me pusieron por el cuerpo, me hacen tres mil preguntas... Al parecer tienen suficiente para acusarlos del asesinato de Abel y abrir una investigación de la Guardia Civil fronteriza y del Ministerio del Interior. Además han dado orden de busca y captura contra el Pelirrojo.

Oigo la voz de Jaime: «Tras esta pausa musical y después del saludo que hago extensible a todos mis oyentes del protagonista de los sucesos trágicos que hemos tenido la oportunidad de escuchar en directo, una muestra de la corrupción policial, de sus amenazas y de cómo se jactan del asesinato de un compañero, de las múltiples agresiones y el intento de asesinato del famoso escritor Ángel Álamo. Sucesos que, repito, por desgracia no han sido una ficción...».

Alguien apaga la radio. Mientras todos corretean de un lado a otro yo permanezco sentado en el sofá, a la expectativa. Oigo el silencio, el tictac del reloj del salón. Tengo frío, estoy mareado y cansado. Cansado de mentir, de huir, de esconderme. Se acabó.

EL GUARDIÁN DE TUS SUEÑOS

A veces parece mentira, pero existe la justicia y sirve para algo.

Tomás

—¿Qué va a pasar conmigo? —pregunto con enfado, no quiero dar más rodeos. Ella sonríe, sin malicia ni ironía, una sonrisa franca. Estamos solos, gracias a Pastora no me han traído esposado. Todo un detalle.

—¿Con usted?

—Me van a detener o qué, el coche —dudo un momento, me asusta hablar tan abiertamente del tema—, el coche con el que atropellé a Sofía está en el garaje, por si necesita alguna prueba más para acusarme...

La comisaría huele a sudor, miedo y desinfectante.

—No le voy a acusar de nada.

Pastora me mira directamente a los ojos, quieta. Pocas veces está detenida, siempre parece en movimiento, deslizándose poquito a poco pero sin parar del todo.

—Desde hace tiempo sé que usted atropelló a Sofía, teníamos la matrícula y el modelo de coche, pero hemos llegado a un acuerdo con la fiscalía. Gracias a su colaboración para lograr la confesión de Alejandro Sotomayor, es usted ahora un testigo protegido...

—Pero en la radio se oyó que yo era el culpable del atropello...

—Cuando la gente inventa héroes, no suele creer a los malos. —Luego, mientras se pone la chaqueta y abre la puerta, añade—: Seguiremos buscando al Pelirrojo, no se preocupe... Cuando sea necesario deberá declarar ante el tribunal, ¿entendido?

Entendido, amiga, a partir de ahora sus órdenes serán deseos para mí.

Salgo al frío del exterior, que me reconforta como si hubiese vuelto a nacer y dejase el agradable útero para salir a un mundo hostil y helado. No me importa. Soy libre. En las escaleras de la entrada Pastora fuma apoyada en la pared, con su aire masculino y sofisticado.

—¿Por qué lo ha hecho? Si sabía que yo la había atropellado...

—Detenerle no la va a despertar. Además, yo también sé que los villanos son personajes muy valiosos en la literatura. En mi trabajo me encuentro con personas normales que cometen un error y sucede que nos repelen sus tácticas pero al mismo tiempo rezamos para que se salgan con la suya. Pero dígame a su amigo, el de la radio, que se ande con cuidado...

Sonríó a esta mujer, de corazón. Ahora entiendo por qué todos confían en ella. Tiene imaginación.

—Gracias —le digo con un hilo de voz.

—No me dé las gracias, es la sincronización, ¿recuerda? Usted no lo sabía, y aun así cuando se prestó a ayudarnos sellamos un trato, un intercambio..., pero si quiere que estemos totalmente en paz, regáleme un libro suyo, aunque yo no leo nunca.

Estoy agotado, todavía me queda algo que hacer. Preparo un tanque de café, enciendo el ordenador, pongo música... y escribo el artículo que Tomás me pidió, en uno de esos escasos momentos de catarsis, de inspiración y fluidez. A las dos de la mañana lo mando por mail a la redacción.

Paso una noche horrible, tengo el cuerpo magullado, tengo la mente alerta. Sueño con submarinistas que se quedan sin oxígeno en el fondo del mar; sueño que alguien pone una almohada sobre mi cabeza para asesinarme; sueño con Berta y contigo. Despierto sobresaltado por el timbre del teléfono. Es tu hermana Ana.

—Ángel, ven corriendo, Sofía se muere.

Me levanto como una exhalación y en cero coma dos segundos estoy ante la cara circunstancial y triste de Bela Lugosi.

Ana ha exagerado, alguna máquina ha empezado a pitar y nos ha reunido a todos para una despedida masiva ante tu inminente desaparición.

—Entonces, ¿está bien? —pregunta tu hermana aliviada. Gesto inconcreto de nuestro médico vampiro.

—Bien no, estable, diría yo.

Aplacada la tensión, me preguntan por lo ocurrido, me abrazan, brindan a mi careto magullado infinidad de adjetivos y al Pelirrojo otros tantos; el más repetido es mentiroso. Nadie le ha creído. Siento envidia de la persona que creen

que soy.

Cuando reúno el valor para decir la verdad, para confesar de una vez que soy culpable de tu estado, una mano huesuda me agarra el brazo. Bela Lugosi, en un alarde de cercanía nada propio de él, elige ese momento para contarme por qué se hizo médico intensivista. Al parecer probó de todo: médico de familia, urgencias, planta... y se dio cuenta de que la sensación siempre era la misma: cuando llegaba un paciente muy grave no sabía qué hacer con él y lo remitía a las unidades intensivas, con una terrible sensación de impotencia. Mientras arrastra los pies y la tristeza por esos pasillos interminables me cuenta que él quería saber qué hacer cuando un paciente está grave, no empaquetarlo a otro departamento. En plena confesión vampírica, tus amigas me preguntan si quiero irme un par de días con ellas a Francia. Al principio no lo comprendo, pero en seguida veo el rostro color ceniza de Paca, su delgadez extrema, sus ojos apagados... Digo que sí, que iré encantado. Quedamos para salir mañana a primera hora.

Siento separarme de ti, pero quizá si nos movemos, a la vida no le dé por pararse. Porque ya estoy harto de este optimismo absurdo, Sofía: no vas a despertar y si lo haces, serás una sombra.

Entro a sentarme a tu lado y adopto una actitud de despedida, sé que no voy a volver, que ya no puedo seguir viéndote inmóvil, no tiene sentido. Sé que antes o después sabrás que te he atropellado, sé que no merezco estar a tu lado. Escribo en tu tobillo derecho, con bolígrafo verde, un «lo siento», una disculpa sobre tu piel.

Somos dos almas desencontradas que quizá hubieran disfrutado de una agradable compañía, o de un apasionado amor, o una amistad incondicional... y siento una añoranza insoportable, añoranza de tu ausencia desconocida. De tu boca que nunca me ha besado, de tus ojos en los que no he podido perderme, de tu voz intangible, de tu sexo. Ya no puedo seguir siendo el guardián de tus sueños.

Escapo por esos pasillos conocidos, saludando a médicos y enfermeras. Cuando estoy a punto de cruzar la puerta G y despedirme definitivamente de las paredes y recovecos, del olor a desinfectante y los indicios de enfermedad, me encuentro con Aurora. Lleva su uniforme de enfermera, pantalón y camisa azules, como siempre.

—Ángel, estás hecho un cuadro..., aunque te imaginé peor al escuchar la radio, ¿te vas?

—Sí, salgo de viaje... Espero que nos encontremos algún día, fuera de aquí. Tengo ganas de verte con otra ropa.

Suelta una de sus carcajadas con lágrimas.

—Cuida de Sofía, ¿cómo la ves?

—Ya sabes que no me gusta hacer pronósticos... No sé, es extraoficial, claro. Yo la noto con más tono, como con más tensión en los músculos, creo que está mejor.

Aurora nunca hace juicios a la ligera: convive con los pacientes, los conoce, está acostumbrada a notar cada cambio, a observar cada detalle y además cuenta con un infalible sexto sentido. Ella es la que mejor puede decirnos cuál es tu estado. Me pongo contento con su optimismo extraoficial.

Cuando llego a casa, el teléfono ya está sonando. Es Jaime.

—¡En toda tu puta vida vuelvas a angustiarme de esa manera!, oímos los disparos, ¿para qué practicamos el código morse? Unos golpecitos y sabría que estabas bien.

Reconstruimos cada momento de la noche anterior, que parece tan lejana.

—Fue fácil —se vanagloria—, solo tuve que añadir la frecuencia de la radio a la banda de frecuencia que emitía tu micrófono inalámbrico..., aproveché tu cobertura. Ha sido un acontecimiento, llamadas de taxistas de la parada de las Descalzas que se movilizaron para no perderte de vista, el muro del programa se colapsó, incluso pedían que algún vecino cortara el agua. Para mí fue horrible retransmitir cada hostia, cada zambullida en esa bañera insalubre que tienes. Oímos los disparos y no pude disimular, supliqué que no me dejaras, lo que también ha movilizó al colectivo gay del programa.

—Tu voz me salvó —le interrumpo—, saber que estabas conmigo me dio el valor necesario.

La risa de Jaime es como una cascada y me sumerjo en ella. Nos despedimos discutiendo sobre cuál de los dos es el mejor, cada uno opina que el otro. Jaime acepta ser superior si yo accedo a que me llame Watson. Prometo resolverlo cuando vuelva de Francia.

Según cuelgo el teléfono vuelve a sonar, como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

—¿Ángel? He leído el artículo..., es cojonudo, muchas gracias, tío. Entre la radio, el documental de Irene y esto, no sé, creo que vamos a lograr algo.

Breve silencio de Tomás en el otro extremo del hilo. No le gustan los cumplidos, a mí tampoco.

—De nada, hice lo que debía.

—Solo falta pillar al Pelirrojo, ¡menudo cabrón! Cuando le pillen, va al trullo fijo y con él unos cuantos políticos a los que ya están investigando, no irán a la cárcel, pero por lo menos perderán su poder... A veces parece mentira, pero existe la justicia y sirve para algo.

En esas palabras se esconde una vieja esperanza atormentada. Adquiere un tono confidencial.

—No se lo digas a nadie, pero un contacto me ha filtrado que nos van a seleccionar para el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales junto con Tzvetan Todorov por representar «el espíritu de la unidad de las fronteras, y el compromiso con los ideales de libertad, igualdad, integración y justicia...».

Inmediatamente recuerdo retazos del texto del filósofo y escritor que quizá comparta premio con vosotros. La inmigración y la identidad del otro:

«Cada uno de nosotros es un extranjero en potencia. Ayer o mañana nosotros seremos los otros. Ser civilizado es ser capaz de reconocer la humanidad de los demás plenamente, aunque tengan un rostro o unas costumbres diferentes».

Nos despedimos y me derrumbo sobre la cama, pongo la tele para ver el programa de Irene pero caigo en un profundo sueño.

Despierto con la lluvia: golpea con tal fuerza los cristales que las gotas parecen indicios de una hecatombe. Veo la televisión mientras preparo la bolsa de viaje. En todos los noticiarios hablan del documental de Irene, de que el Ministerio del Interior se hará cargo de las burradas cometidas contra los inmigrantes, también hablan de mi artículo, de tu atropello, de la «Luna Roja» de Jaime, de la búsqueda del Pelirrojo... Me alegro. Me complace que el trabajo de Irene sea un éxito: no juzga, ni reflexiona, ni trata a los espectadores como ignorantes a los que hay que explicar el significado de la barbarie. Confía en el espectador, lo respeta. Solo se encarga de mostrar con delicadeza una terrible situación, unos bocados de realidad. Me conmueve su enfoque, lleno de esperanza: esperanza en la inteligencia del ser humano, en su humildad y su conciencia.

Las chicas pitan y bajo aprisa las escaleras mientras me pregunto por qué me han propuesto este viaje, ¿qué pinto yo en su burbuja íntima? Creo que necesitan que alguien te sustituya, también creo que necesitan un testigo, todos buscamos espectadores de nuestras vidas que sean ajenos a ellas.

VÍSTETE SEXY PARA MI FUNERAL

Anochece y tú lo sientes. Pero no importa.
Una vida se enciende en alguna parte.

De mi libro Oscuras soledades, que descansa en tu mesilla

aca murió dos días después de nuestro regreso a Madrid.

P Y se llevó con ella las confidencias de esa semana. Las risas, las lágrimas de Irene, las caricias de Silvia...

Recuerdo que Silvia llenó la bañera con agua caliente y aromatizada, puso velas alrededor y esa canción, su canción, que se repetía constantemente hasta que la voz rota de Beth Gibbons parecía salir de nuestros poros.

Irene y yo leíamos sentados en el sofá, delante de la chimenea. No sé cuánto tiempo pasaron en el agua, a través de la puerta cerrada nos llegaban retazos de su cotidiana conversación, de los planes para el día siguiente, de cómo soplaba el viento en la ventana, de lo bien que se estaba en esa bañera caliente. Durante un buen rato me pareció oír cómo se contaban las cicatrices, las pequeñas historias que se esconden tras cada traza de piel dañada, historias que querían compartir aunque fuesen insignificantes, porque son las fisuras dejadas por el tiempo y la vida. Recuerdo risas y chapoteos... Irene me miró con unos ojos repletos de dolor y dijo casi sin voz:

—Creía que eran invencibles. —Después, llorando a voz en grito—: ¡Ellas eran invencibles!

Solo fueron siete días de retiro, o de despedida..., para mí como un regalo del porvenir. Me traje la certeza de que el mundo es una maravilla, pero nosotros no somos más que un ligero paseo por las nubes de Silvia. Una colección de momentos ínfimos que hay que intentar arrebatarle a la vida, hay que lograr que no se nos escapen entre los dedos.

Y Paca me arrancó una promesa:

—Prométeme que la cuidarás bien, ¿eh? —Supe que hablaba de ti, Sofía, y también que no le negaría algo así—. Cuídalas a todas, Ángel..., y escribe algo sobre nosotras, que no parezca que nunca hemos existido...

Yo le brindé mi confesión.

Murió justo cuando los almendros empezaron a florecer. Horas antes de que tú despertaras de ese sueño profundo. ¿Te encontraste con ella en algún punto del camino? Quiero pensar que sí, que esperaste en esa encrucijada que separa la vida de la muerte, solo para llevar de la mano a tu mejor amiga, y darle un fuerte abrazo de despedida, antes de dar la vuelta y regresar con nosotros.

No lloré en el entierro, no hubo muchas lágrimas, Silvia no derramó ninguna. Parecía más centrada en asuntos banales, se mantenía ocupada resolviendo el menú de la cena o decidiendo el bar al que iríamos después del funeral. Le costaba tomar cada decisión, como si quisiera fingir que la vida aún consistía en esas pequeñas cosas. Son curiosas las distintas maneras de afrontar la pérdida: tu gente no llora en estos casos, les parece trivializar el dolor, como si hacer de la desgracia una fiesta fuese el único modo de sufrir con dignidad.

No lloré en el entierro de Paca, ni siquiera ante las bonitas palabras que Silvia pronunció. No lloré en el bar. Pero no pude contenerme cuando llegué a casa.

Me serví una copa y me senté en el sofá a escuchar la radio. Era el momento de la «Luna Roja» de Jaime. Sabía que Silvia le había pedido algo y que él iba a dedicar el final del programa a Paca; así fue. Después de hablar de los últimos estrenos cinematográficos, de entrevistar a no sé qué director de teatro, tras una retrospectiva muy interesante de la vida y obra del escritor Sándor Márai, llegó el cierre. La canción empezó a sonar de fondo, la canción que Silvia le había pedido, Jaime hablaba con voz tenue.

—Me despido con *Dress Sexy At My Funeral*, que bien podría ocupar el trono de mejor canción de Smog. Smog es el seudónimo de Bill Callahan, músico estadounidense de naturaleza atormentada y emoción compulsiva. Este es un tema con un elegante humor negro nada recomendable para corazones convencionales, pero la persona que me ha pedido esta canción no entiende de convenciones, solo posee un inmenso corazón despedazado. Va por ti, Paca, estés donde estés.

Callahan toca la guitarra con suavidad, parece cantar abriendo lo mínimo la boca, y su voz de barítono me paraliza. Es una canción narrada por un hombre que ha muerto y le dice a su esposa viuda lo que debe hacer en su funeral. Le

pide que se vista sexy, que le guiñe el ojo al sacerdote, que lance besos a sus hermanos afligidos...

Y lloro, por Paca y por Silvia, y me estremezco al pensar que la historia que cuenta esta canción pudiese ser real, que la viuda leyera a los asistentes la última voluntad de su marido:

And when it comes your turn to speak before the crowd, tell them about the time we did it on the beach with fireworks above us, on the railroad tracks with the gravel in your back, in the back room of a crowded bar, and in the very grave yard where my body now rests [...] Also tell them about how I gave to charity and tried to love my fellow man the best I could... but most of all, don't forget about the time on the beach with fireworks above us...

«Cuando te llegue el turno de hablar ante la muchedumbre, cuéntales cuando lo hicimos en la playa con los fuegos artificiales sobre nosotros, en la vía del tren con la grava bajo tu espalda, en el cuarto de atrás de un bar lleno de gente, y en el cementerio donde mi cuerpo descansa ahora [...] También diles que he donado dinero a la caridad e intenté amar a los hombres lo mejor que pude... pero sobre todo, no te olvides de cuando lo hicimos en la playa, con los fuegos artificiales sobre nosotros...»

Creo que todas las muertes vinieron de golpe a mí. Parece que aprendes, que te acostumbras, que la próxima vez dolerá menos..., pero cada muerte de alguien querido no es más fácil que la anterior, al contrario, hace que las otras revivan un poco, cada muerte reaviva el dolor de otras muertes, nunca te acostumbras.

Necesito salir de aquí, así que voy a lo que considero más parecido a una casa para mí, desde siempre, desde que yo recuerdo..., voy en busca de Jaime.

Desde hace varios días sospecho que me siguen, incluso cuando la inspectora Martos ha detenido a todos los compinches del Pelirrojo y me asegura que él solo no supone mucho peligro, no tiene apoyo, es un pirado poco inteligente..., yo sigo teniendo la sensación de que alguien me observa y la realidad es que el Pelirrojo continúa en libertad.

Tras los abrazos en la puerta de su trabajo, Jaime me lleva a cenar. Mientras elegimos el menú me pregunta por qué no he ido a visitarte, ahora que has despertado. Le respondo con evasivas que él no intenta desentrañar; parece preocupado por sus propios asuntos, algo nervioso, diría yo.

—¿Qué te pasa, Jaime? Estás como ido...

Vacilación en su mirada.

—Tengo algo que decirte..., es extraño, pero...

Lo que odio de los restaurantes japoneses es que insisten en ser condenadamente serviciales. Me pone nervioso que se acerquen cada segundo a llenar la copa con agua, a preguntar si quiero otra Sapporo, no me gusta que me sirvan y tampoco me gusta que interrumpen a Jaime cuando está a punto de desvelarme algo que le pone nervioso... Él, sin embargo, parece aliviado con la llegada del camarero. Pedimos el *sushi* y da la impresión de que mi amigo no va a continuar con lo que estaba a punto de contarme.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Alma y yo..., bueno, que hemos tenido..., que hemos..., que *nos hemos*.

Abro unos ojos enormes y pregunto para darme tiempo:

—¿Te has enrollado con mi hermana?

—Sí..., algo así.

—Bueno, son cosas que pasan entre amigos... a veces. No le des más importancia.

Intento ser tan comprensivo e imparcial como él, pero su respuesta es como un jarro de agua fría sobre mi cabeza aletargada.

—No es que nos hayamos enrollado, es que estamos juntos.

Entonces estallo.

—¿Cómo que estáis juntos? Y qué pasa con tu pacto de amor eterno.

Sus facciones se endurecen.

—Ángel, no seas gilipollas, estás celoso. Es mi mejor amiga, la persona con la que más a gusto estoy...

—Mira, por muy amigos que seáis, no conoces a nadie como pareja hasta que no eres su pareja.

—Eso es una estupidez. Yo conozco a Alma mejor que a nadie, mejor que a mí mismo, y la quiero muchísimo.

Jaime parece molesto y con razón. Él me apoya incondicionalmente en cada una de mis locuras y yo se lo agradezco cuestionando su relación con mi hermana. Aun así no puedo parar.

—No digo que no la quieras, solo que la amistad es el sentimiento más grandioso y puro que existe porque es elegido y desinteresado, el amor no.

Me observa largo rato, como un padre decepcionado. Parece reflexionar para luego tragarse de un bocado un *nigiri* y, dando un largo sorbo de cerveza, intenta apartar los pensamientos que se habían cruzado por su cabeza.

—Pensé que te alegrarías, pero veo que...

Lanza una mirada triste, no le dejo continuar.

—Solo quiero que te des cuenta de que, efectivamente, conoces muy bien a Alma y sabes hasta qué punto pueden molestarte muchas de sus cosas. —Quiero cambiar el enfoque, debo hacerlo, es mi amigo, es mi hermana—. ¿Crees que a ella le va a gustar que te pases horas encerrado en el baño leyendo las obras completas de Paul Auster? Le sacaré de quicio...

Suelta una carcajada. Ya está, creo que estoy empezando a aceptar la nueva situación.

—Además, Alma es una de las pintoras más coloristas de nuestro país y tú eres daltónico, joder...

Noto en su mirada que ha perdonado mi estupidez. Seguimos con el *sashimi*, observo comer a mi amigo: siempre come *sushi* con las manos, odia los palillos e insiste en que un tenedor que no sea de madera varía el sabor del alimento. Jaime es ese lado indómito que todos poseemos. Probablemente les salga bien, mi hermana busca en el mundo todo lo que mi amigo posee sin proponérselo.

Salimos del restaurante. Hablamos de todas las ausencias, con naturalidad, es liberador. Le acompaño hasta su casa y decido ir caminando a la mía.

En el momento en que abro la puerta noto esa extraña presencia, invisible, que lleva días atormentándome. Antes de que pueda reaccionar, una sombra me golpea y caigo al suelo.

—Artista, ¿creías que me iba a olvidar de ti?

Me da una patada en la espalda y me tira de morros contra el sofá.

—Sabía que vendrías, no eres de los que sorprenden con un alarde de imaginación...

Se escuchan unos pasos en la escalera. El Pelirrojo, antes de escapar por la ventana, me lanza una amenaza que me hiela la sangre.

—Estaré un tiempo escondido, pero te aseguro que aunque sea lo último que haga, voy a volver a por ti, a por la chica o a por el maricón de la radio que se folla a tu hermana...

Es el momento que elige Pastora para entrar. Y corre tras él con su sofisticado cuerpo que de pronto parece el de una pantera. Y siguen sin encontrarlo.

—No se preocupe, es solo un loco. Antes o después le encontraremos...

La inspectora Martos fuma relajada, sigue estirada y dura, pero la noto menos hostil en mi presencia.

—No debería fumar.

—No se preocupe por mí, sé cuidarme. Pero a usted, a este paso vamos a tener que ponerle un guardaespaldas.

Me acerco a la estantería para concederle lo único que me ha pedido. Se lo entrego con una reverencia. Abre el libro y lee haciéndose la dura.

—A la mejor poli del mundo y de la vida..., esperaba algo más profundo.

Nos reímos, me alegro de que esté cerca, de que nunca descansa y siempre permanezca alerta. Aun así tengo miedo, porque la inspectora Martos tiene razón: el Pelirrojo es un loco.

Nada me da más miedo que un desequilibrado buscando venganza.

¿ES EL ROJO SOLAMENTE UN COLOR?

—Tío Stojil —dije estúpidamente—, Stojil, Stojil, me juraste que eras inmortal.
—Es cierto, pero nunca te juré que era infalible.

El Señor Malaussène, *de Pennac. En tu librería, y en la mía*

igues ingresada, convaleciente, desorientada, no paran de hacerte miles de pruebas y pareces no tener secuelas, solo ciertas lagunas. Todos aseguran que es un milagro. Tu hermana le preguntó a Bela Lugosi si podrías hacer vida normal, conducir por ejemplo, y con su rostro circunspecto contestó: «Si tiene carné de conducir, podrá conducir».

Saliste al fin de la unidad de críticos de la sexta planta, la pecera sombría, para mudarte a una habitación con vistas a la sierra y al campus universitario.

He decidido volver al hospital, no puedo resistirme a verte.

Cruzo por milésima vez la puerta G, creo que nunca he estado tan nervioso y despistado. Nada más entrar me encuentro con Aurora y me alegro tanto de que retrase el momento de enfrentarme a ti que estoy a punto de abrazarla.

—Ángel, ya te echaba de menos... Cuéntame, ¿le diste un beso a la bella durmiente para que despertara?

—Dicen que no la cuidas tú, qué lástima.

—Pero voy cada día a verla, ya sabes que aquí tengo mano, está estupenda... Hablamos mucho...

Voy a preguntarle si le has hablado de mí justo cuando se gira y deja a la vista un rostro que reconozco. El Guapo se esconde tras el cuerpo grande y largo de Aurora, está sacando algo de la máquina de bebidas, y vuelve a impresionarme su belleza madura.

—Mira, Marcos, este es Ángel. El escritor del que te hablé.

Me mira y sonrío. No le había visto sonreír, solo conocía la mirada concentrada atendiendo una barra; es curioso, la sonrisa le hace menos guapo, acaso más vulgar. Parece un dios que ha bajado a la tierra para hablar con los pobres mortales y ha decidido cambiar su condición divina y así integrarse mejor. El gesto le hace menos inalcanzable.

—Encantado —decimos los dos a la vez tendiendo nuestras manos.

Aurora me mira con complicidad.

—Fíjate qué cosas, llevábamos quince años sin vernos, Marcos tiene un bar en el centro, los sobrinos de Sofía fueron a merendar y al intentar entrar al bar, la silla de Arturo vuelca, ¡menudo susto te llevaste!, ¿verdad, Marcos?

—El pobre niño no paraba de gritar que le dolía. Creo que estaba asustado y me insistió en que tenía que traerle aquí corriendo porque estaban sus padres... Yo quería llamar a emergencias, pero todos me suplicaban que los llevara al Clínico, siempre hay alguien de la familia y está la enfermera preferida de Arturo... No podía negarme...

—En cuanto llegaron preguntaron por mí y nada más bajar empezó a encontrarse mejor...

Aurora sonrío, sabe que ha sido una encerrona, pero parece encantada. Si el destino no viene a ti, habrá que ir a por él. Habría pagado por ver la cara de los niños cuando la Misión Reencuentro finalizó con éxito.

Una doctora se acerca a nosotros y atrae la atención de la enfermera. El Guapo y yo quedamos frente a frente. Me despido sin interrumpir la conversación de Aurora y, cuando estoy a punto de subir las escaleras en tu busca, me giro para decirle al Guapo, en un susurro:

—Pídele que te lea en alto el periódico una tediosa tarde de domingo. Y haz planes a su lado..., le gustará.

Su mirada se vuelve un pozo indescifrable, está celoso, pero creo que le ha gustado mi consejo.

Llego a la puerta de tu habitación, está cerrada. Agarro el picaporte y parece que me haya quedado pegado a él. Oigo dentro una risa, ¿es la de Ana, será la tuya? Todo me parece muy absurdo, ¿qué hago aquí, qué te voy a contar? Suelto el picaporte y vuelvo por donde he venido, mi corazón ya no salta de emoción e incertidumbre, está silencioso y sombrío.

Y sigo sin verte.

He inventado miles de excusas porque no me atrevo. Tengo miedo de que me reconozcas, tengo miedo de que ya no seas la misma persona, o la persona que yo he imaginado, que no desees cambiar el mundo, que no seas compleja y

simple, ¿y si ya no me gustas? Tengo miedo de sentir que tú no me sientes.

Tampoco te hemos dicho lo de Paca. Las tormentas de la vida en las que unos se van y otros vuelven, y yo solo quiero encerrarme en un rincón a llorar de alivio porque estás viva, y de pena porque Paca ha muerto.

Esta tarde se inaugura la exposición conjunta de Edne y Alma. Acudiremos todos al acontecimiento; todos menos tú, que sigues recluida, y Hugo, que es tu fiel escudero y se ha ofrecido a cuidarte. Me siento celoso de ese cariño incondicional que te brinda. Será porque él es tu amigo, fue tu amante, le conoces, le has elegido y le quieres, compartís viejos chistes y una vida de recuerdos, mientras que yo para ti no soy nada, solo un intruso. Cuando me veas ni siquiera te sonará mi cara.

Cuando llego, Edne y Alma están con los preparativos, junto con toda tu familia y tu madre, que se encarga de las viandas.

Jaime y yo ayudamos, mientras los niños corretean y las dos protagonistas mantienen una cháchara nerviosa. Tu sobrino Javi está jugando con una niña que es la prima segunda del conuñado de alguien. Es algo mayor que él, tiene un pelo rubísimo que nimba su carita graciosa, ella le dice que Arturo le parece muy simpático y divertido, acto seguido le hace *la* pregunta:

—¿Por qué está en una silla de ruedas?

Javi mira a la niña detenidamente, con la mano apoyada en la mejilla, respira y decide tirarse a la piscina, zambullirse en la realidad:

—Cuando era un bebé se quedó tan dormido que se olvidó de respirar.

Hay momentos en los que la verdad resulta imprescindible, no hay otras respuestas que valgan; los cuentos y las palabras vacías tampoco sirven, ni siquiera puedes utilizar el astuto escaqueo: solo es lícito decir la verdad.

Esperaba que despertases para no ser tu verdugo, para empezar de cero una nueva vida. Pero una nueva vida no se puede sustentar sobre una gran farsa. Y eso soy yo, un fraude, un falso héroe que no te ha salvado de nada: te atropellé y me largué.

Me falta el aire y quiero irme ya mismo. No aguanto más entre toda esa gente.

Los cuadros son un éxito y Edne, prudente, sonrío ante los cumplidos de los compradores, mientras Alma va de un lado a otro como un terremoto de energía y voz. Discretamente me despido de todo el clan, que entiende mi marcha como cualquier despedida de días atrás. No sé si volveré, de momento me siento incapaz de mirarlos a los ojos. Nunca, en todo este tiempo, me he sentido tan miserable como ahora.

Jaime capta mi estado, solo a él le revelo la nueva situación. Me pide que no huya, que no me aleje, que ya se ha ido demasiada gente, que ahora es el tiempo de quedarse y luchar.

Desde que te atropellé he vivido una vorágine, centrado en la tarea compulsiva de escribir, en la misión absorbente de beber cada pedazo de ti y de los tuyos, sumergido en el terror a ser descubierto o asesinado, atrapado en cada revelación, reviviendo mis recuerdos dolorosos, perdiendo vidas de nuevo..., tan atareado..., y me he olvidado de mí.

Salgo de la sala de exposiciones y las voces lejanas me acompañan hasta la calle, voces que invitan a darme la vuelta y correr para arrojarme entre sus murmullos y sus risas. Oigo unos tacones poderosos sobre el suelo de mármol. Tacones al final de una pantorrilla imponente y unos gemelos fuertes. Teresa me persigue.

—¡Ángel, espera!

Me detengo muy a mi pesar. Si me paro demasiado, no seré capaz de salir de allí.

—¿Ya te escapas?

Esta pregunta hecha en tono jocoso me paraliza por completo. Teresa siente que ha dicho alguna impertinencia y cambia de tema, lleva un par de copas y se le nota. Apresura un monólogo divertido y loco.

—Me refiero a que acaba de empezar la fiesta y te estás yendo... Te aviso que si quieres formar parte de esta familia tendrás que aguantar los rollos de las hermanas de Sofía.

Parece una declaración de intenciones, me aceptan en la familia. Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Eres feliz, Ángel?

Pienso demasiado rato la respuesta y Teresa continúa.

—Quiero decir, después de lo que pasó, de la muerte de tu...

Guarda un respetuoso silencio y yo me sumerjo en mis pensamientos. Cuando sucede una gran desgracia, una enfermedad de un ser querido, una muerte cercana, un drama familiar o mundial, parece como si los sueños no fueran importantes. Cuando renuncias a tus sueños, cuando parece que nada es lo suficientemente importante como para pensar en ello..., entonces no eres feliz. Me pregunto si Teresa como madre de Arturo, con las complicaciones que eso conlleva, y el miedo al futuro; me pregunto si ella será feliz.

Parece leer mis pensamientos o bucear en los suyos porque habla como si yo no estuviera delante.

—Por ejemplo, a mí me gusta el trabajo en la facultad, poder comer cada día con mis hijos, tener a Pedro a mi lado..., mi familia es lo más importante. Decir que soy feliz sería arriesgado, pero tampoco me he derrumbado por las dificultades de la vida, creo que he encontrado serenidad y comprensión, he comprendido muchas cosas que antes ignoraba y sobre todo, vivo como quiero vivir, como me parece que se debe vivir. Eso me interesa mucho más que ser feliz.

—Teresa, yo atropellé a Sofía.

No puedo evitar confesar, yo no estoy viviendo como quiero vivir, vivo en una mentira.

—¿Cómo, era verdad?

Odio darle la razón al Pelirrojo.

—Iba borracho, era el segundo aniversario de la muerte de mi mujer, mi hija y mi madre, estaba perdido en mi dolor y... no intento justificarme... Ella se cruzó y no reaccioné, la atropellé y me fui, no podía pensar, tenía miedo y me fui. Volví en seguida y... no hay justificación, pero... Después me metí en vuestro mundo, os fui conociendo a todos y me fue imposible alejarme... Necesitaba decirlo, no para librarme de culpa, solo necesitaba decirlo, ahora que ella está bien.

Su mirada es inescrutable y me imagino desnudo ante ella. A veces la verdad da tanta vergüenza que no puedes evitar ponerte colorado. Temo todo lo que se le estará pasando ahora por la cabeza, las mentiras y las artimañas para acercarme a ti y a tu familia. Debe de pensar que soy un depravado. Sin embargo, contesta:

—Entonces, ¿no conocías de nada a Sofía?

Niego bajando la cabeza. Si pudiera, la escondería debajo de la tierra.

—¿Y qué piensas hacer?

Teresa es muy directa, quizá ese carácter fuerte y cargado de pensamientos sinceros puede molestar a muchas personas, pero a mí no, a mí me relaja, entiendo que me dice exactamente lo que piensa, sin filtros, sin mano izquierda, sin tacto. Le devuelvo la misma sinceridad que ella siempre me ha brindado:

—Ahora solo se me ocurre irme, quiero terminar la novela, quiero pensar y dejar de fingir..., quiero esconderme del Pelirrojo.

—Pero... después de lo que has hecho. —Me mira furiosa—. ¿Te vas así, sin más? Creo que no nos merecemos esto, Sofía merece saber la verdad... ¿Volverás?

—No lo sé.

Apaga el segundo cigarro y me mira con una mezcla de decepción y asombro.

—Supongo que si no te conociera, me parecerías un cabrón, pero te conozco.

Se aleja con sus tacones ruidosos, con sus andares decididos. Antes de entrar en la sala vuelve a girarse para gritar una sugerencia que parece más bien una orden:

—Si es verdad que estás terminando la novela..., ¡recuerda que en esta familia nos gustan los finales felices! Espero que tengas los cojones de escribirlo.

Después de hacer una maleta funcional, de coger mi portátil, mi cuaderno marrón de notas, tu diario, un par de mapas, algún diccionario y varios libros imprescindibles, subo al coche. Todos los viajes, incluso los que pueden parecer una huida, esconden un anhelo de libertad espontánea que me llena de alegría.

El cielo está gris oscuro, sopla un aire denso de tormenta, los árboles se mueven nerviosos, recortados en su verde brillante y húmedo contra el gris del cielo, hay una luz espectacular que ilumina algunas zonas dejando otras en sombra. Me siento bien, creo que realmente algo empieza hoy.

Paro en doble fila junto al bar de la esquina para comprar un refresco antes de partir.

En la barra me encuentro con el señor librero. Para mí ha pasado una vida entera desde la última vez que lo vi, pero apenas ha transcurrido algo más de un mes.

—Muchacho, siéntate conmigo, ya he visto que has vuelto a escribir... He leído tu artículo. ¡Fantástico!

Me siento junto al hombre de mil cien años, que me observa con el entusiasmo de un chaval.

—Tienes razón con lo de la hipocresía del mundo, joven. Muchos no compran cava para hacerle el boicot a los catalanes, en una lucha absurda y sin sentido, pero nadie dejará de comprar petróleo para salvar las vidas de los pobres habitantes de esos países tercermundistas de los que nos aprovechamos, o para hacer sus vidas algo menos miserables... Además, son negros, ¿a quién le importa adelgazar el hambre en el estómago de esos desconocidos? Me gusta esa frase, muchacho, la he sacado de tu texto. —Me siento halagado, el gran recolector de citas ha elegido una mía, es un verdadero orgullo—. El problema

es que la mayoría somos unos ignorantes o unos amnésicos. La ignorancia y el olvido de la historia hacen que crezcan las semillas xenófobas porque si alguien no sabe del genocidio de Ruanda o de Pinochet en Chile o del holocausto nazi..., es difícil entender y mejorar. Qué pronto olvidamos, ¿verdad, muchacho? Lo lejos que parece todo lo que no nos incumbe y lo cerca que está. Nadie lo piensa, pero a nosotros nos puede pasar en cualquier momento, hace no tanto sufrimos una guerra atroz... En fin, joven, creo que tus palabras han hecho reflexionar, sí, señor, para eso sirven, ¿no?

El librero sigue utilizando aforismos, citas y refranes en sus discursos, me siento reconfortado en su compañía e intuyo en mi semblante la misma expresión que ya estoy acostumbrado a reconocer en los demás: necesidad de contar. Así que le cuento todo delante de una coca-cola. Desde el principio, desde el día que te atropellé (el único día de mi vida que podría recapitular minuto a minuto). Él me observa con el mismo gesto que debo poner yo ante todas las confesiones, una mezcla de interés y sorpresa. Cuando termino, me dice lo que ya sé, sin cortarse un pelo:

—No has actuado muy bien que se diga, por lo menos has ayudado a que acusen a los culpables y si terminas el libro, quizá te sientas mejor. El pasado no se puede cambiar, muchacho, y ya lo dijo Márai: «Cuando al fin lo aprendemos todo, ya nos ha pasado la vida por encima».

Guarda unos segundos de silencio y sonriendo afirma:

—Por lo menos has vuelto a escribir y no te has convertido en uno de esos literatos absurdos... Yo los odio, en la tienda entran millones, gente que dice saber mucho de literatura pero no lee nada. Bueno, sí, por supuesto, se tragaron todos los clásicos y ahora creen que todo lo bueno ya se escribió..., ¿verdad, joven?

Me despido con un abrazo, le prometo que publicaré el libro, aunque, pensándolo bien, quizá tú no quieras que salga a la luz. El librero me suelta una de sus frases sabias, no es suya, claro.

—Anímate, chaval. Mario Benedetti, en uno de sus cuentos, escribe que «hay una alegría extraña en saber que aún podemos estar tristes. Significa, entre otras cosas, que no estamos perdidos».

Me guiña el ojo y se aleja para recoger en el trabajo a su «novieta». Ya lejos grita:

—Si no conoces Pimiango, deberías ir, en Asturias... Un pueblo que se encuentra en la montaña, pero también tiene vistas al mar, es pequeño, tranquilo... y quizá te encuentres al elefante enamorado... Si vas, no dejes de

alojarte en la posada El Acebuche.

Pimiango se localiza en lo alto de una montaña, desde la carretera general se encuentra el desvío que sube por curvas entre árboles, en un hermoso recorrido de ascenso llegas a este pueblo que domina el Cantábrico y los increíbles Picos de Europa.

Naufrago en el frío húmedo del lugar, encuentro la posada El Acebuche: una casona de estilo barroco popular, en piedra y madera, construida a mediados del siglo XVII pero restaurada recientemente..., eso me cuenta la amable mujer que abre la puerta, somnolienta. Tienen habitaciones libres. Sigo a la señora hasta la segunda planta. Me instalo en la número seis, una acogedora estancia con vestidor, baño, cama de matrimonio, chimenea encendida inmediatamente, mesa de estudio y un inmenso ventanal.

Me tumbo en la mullida cama de sábanas frescas y suaves, dejo que el peso de las mantas me envuelva en un sueño sin sueños.

Creí que me despertaría el cantar de los pájaros, pero es el infernal pitido del móvil lo que me saca del letargo. Es Jaime, es para darme una mala noticia.

Silvia ha muerto. Volaba entre unos acantilados, los pescadores aseguran haber visto el helicóptero perderse mar adentro, sin rumbo fijo. Dicen que es extraño, que Silvia nunca se quedaría sin combustible. Quién sabe, quizá el dolor la hiciera menos cuidadosa, quizá quería irse, o eso parecen decir las palabras que dejó sobre su mesilla de noche.

Jaime me lee la carta por teléfono, el ventanal de mi habitación está abierto a la huerta y al jardín... Las lágrimas me estorban mientras escucho en la afectada voz de mi amigo lo que Silvia escribió para Paca antes de irse. Las recuerdo en aquella bañera perfumada, rodeadas de velas, con el viento azotando y su amor invencible:

¿Es el rojo solamente un color?:

Podría ser labios.

Rojo, rubí, rojo. Puedes pensar que es algo que se deja comer, saborear...

Calor rojo que te quema y te calienta como el fuego, como el sol.

Podría ser un amanecer. Rojo, púrpura, rojo.

Rojo el momento que el sol deja el día y el cielo dice gracias y adiós.

Quizá amor rojo o la luna roja junto al horizonte.

Rojo, escarlata, rojo. El rojo de todos los fuegos y todas las pasiones.

Podría ser todas estas cosas...

Pero si tú no estás, el rojo es solamente un color.

EL ELEFANTE ENAMORADO

El tiempo es insignificante.

La mujer del viajero en el tiempo, *el libro que Silvia no terminó de leer*

Estos últimos días he pensado a menudo en el dolor. Las diferentes maneras de enfrentarse a la pérdida, a la muerte, a las limitaciones. Los que tiran para adelante en busca de algo de felicidad, los que se sumen en la desgracia, los que se revelan, los que no pueden seguir como si no pasase nada, los que se rinden.

Creo que he pasado por todas estas fases desde el accidente donde perdí a mi madre, mi mujer, mi hija... hasta ahora, después de atropellarte y de perder aún más gente. Hoy puedo ver cómo el hombre desencantado y sin esperanza se reconcilia con la vida.

Llevo unas semanas en Pimiango, intentando empaparme de los pequeños y deliciosos planes que se me brindan cada día. Este lugar es fascinante. La posada El Acebuche ha resultado ser un hogar acogedor, sobre todo el gran salón con chimenea, sofás y grandes ventanales sobre los pastos y los bosques. La casona mantiene el sabor tradicional que ofrece la piedra labrada, las maderas de castaño y los enseres originales debidamente restaurados; con la funcionalidad y el diseño actual. Fuera el campo abierto ideal para correr, leer, disfrutar del paisaje o simplemente perderse en la tranquilidad de los rincones de este lugar, entre robles, hayas y el acebuche, un tipo de olivo silvestre que crece en este clima templado y lluvioso... que huele a humedad, a resina y a mar.

Con el paso del tiempo mi habitación ha ido cogiendo intimidad: hay libros en la mesa, notas pegadas por las paredes con detalles que no debo olvidar incluir o revisar en la novela, una pizarra colgada donde desarrollo los esquemas

de cada capítulo, flores arrancadas de algún paseo, mi ropa de ayer tirada en la silla, tus palabras esparcidas entre las sábanas... Tu diario, del que ya he leído la última página que escribiste pocas horas antes de que te atropellara.

24 de enero

Hoy comida con Irene, Paca y Silvia. Hemos hablado de elegir un instante y nos hemos dado cuenta de que los momentos de risa ganaban por mayoría absoluta. Si tuviera que elegir un instante en toda mi amistad con Hugo, por ejemplo, quizá bailando hasta las tantas en Murcia la canción que tanto me gusta de los Pixies o riendo en el Congo cuando llegó nuestra enfermera. Con mis hermanas, tantos ataques espontáneos conduciendo por las carreteras infinitas... Con las chicas, esa complicidad que nos deja reírnos de nosotras mismas sin pudor, o llorar hasta reír de la suerte de tenernos y contar con esta amistad incondicional. Con mis sobrinos, la alegría de verlos crecer, esas pequeñas personitas, sus equivocaciones y sus dudas cuando aún lo están descubriendo todo. Hay pocas cosas que unan tanto como compartir unas buenas carcajadas, de las de verdad, las que salen de las entrañas. Follar, viajar, escuchar los problemas, ayudar en las malas rachas, tener secretos..., eso también une, pero cuando tienes que elegir un instante, la risa suele estar de por medio. Y hemos reído recordando y escogiendo momentos.

Estoy a punto de salir a correr, no me apetece mucho porque es tarde, pero hoy me siento a gusto, enérgica, alegre, tengo confianza. No sé por qué, creo que las cosas pueden cambiar, que no estamos estancados. El documental de Irene, nuestro informe de denuncia, valdrán para algo. A veces pensamos que escondiendo los problemas desaparecen, pero en realidad es necesario hablar de ellos porque si no, el problema no existe. El silencio no sirve, solo vale decirlo bien alto para que lo escuche todo el mundo. Entonces puede cambiar algo. Tengo confianza en que así sea. No creo en un mundo perfecto, no creo en las personas perfectas. Pero sí creo en el cambio. En la Historia, que a pesar de las guerras y los daños, de desperdigar el mundo..., a pesar de todo, acaba inventando la paz y se convierte entonces en la historia de los descubrimientos y los reencuentros, la historia de esos retales que nos quedan de alegría y de risa.

Después de escribir esta última página (que para ti era una de tantas, no sabías que tu vida se pararía un tiempo), supongo que te pusiste el chándal y las zapatillas. Te imagino bajando las escaleras de tu casa para emerger en el frío de una noche de enero; imagino el vaho saliendo de tu boca, tu respiración entrecortada, tu pecho hinchado de aire y de alegría porque te sientes viva, y tu corazón late, tus músculos laten, tu piel late. Entonces te atropello y tu historia se para. ¿Sabrás amortiguar el golpe? Espero que todos sean capaces de hacerlo.

Voy a ofreceros este borrador, estas páginas que igual carecen de sentido, para que lo leáis; para que tú y los tuyos sepáis toda mi mentira o mi verdad.

Me hubiera gustado escribir un cuento para Arturo, un ensayo para Teresa o un poema para ti. Salvo que este es un libro de historia, pero de la historia que huye de los libros de Historia para descansar en los álbumes de familia.

Hace unos días vinieron Jaime y Alma a visitarme en mi retiro; como siempre que estoy en la recta final de una novela, les dejé leer. Bajamos a cenar al acogedor comedor que cuenta con unas diez mesas tenuemente iluminadas,

con el soul sonando en el hilo musical y las inmensas ventanas que dan al jardín. Estaba nervioso, quería que me dijeran qué les había parecido el borrador. Mi hermana fue la primera en hablar:

—Ya lo decían papá y mamá: los que se quieren tienen que estar juntos...

Miró a Jaime como para confirmar que ellos se querían y estaban juntos.

—Pero ¿os ha gustado?

Jaime levantó la vista de la carta.

—Mucho, pero necesita un final, un final acorde con lo demás.

Jaime siempre era parco en sus elogios, pero yo sé que ese «mucho» significa más que las inmensas parrafadas adulatorias de otros.

—Ya, estoy en ello, pero no es fácil...

—Ángel, deberías volver y hablar con Sofía. Ya está en casa, se recupera rápido y pregunta por ti... Todos preguntan por ti...

—Pero no puedo mentir más.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

Mi hermana es una acérrima defensora de la verdad. Siempre prefirió una verdad que destruye que una mentira piadosa.

—Había pensado en... Igual me estoy escondiendo tras estas páginas..., pero prefiero que os llevéis el manuscrito, que lo lean todos y luego ya veremos cuál es el final de la historia.

La idea les pareció fantástica y continuamos en una agradable y familiar velada. Me resulta cómodo estar con ellos. Su relación amorosa ha afianzado aún más nuestros lazos. No somos una familia, pero somos el intento de ser una familia. Eso tiene el doble de valor. Y nos queremos, eso puntúa triple. Nos respetamos, esto nos lleva a la recta final. Ellos incluso hacen el amor, la meta está asegurada. Pronto los niños corretearán alegres a nuestro alrededor.

Salimos a caminar por los alrededores, el litoral y los Picos de Europa, como cuando éramos adolescentes aventureros que cogíamos un tren para escalar en el Picu. Me gusta la vida de montaña, Jaime y yo siempre hemos sido montañeros, en nuestra querida sierra madrileña que ahora estará cubierta de un manto blanco y oloroso gracias a las jaras en flor, en los Alpes o el Himalaya, o aquí entre estos grandes desniveles con el verde brillante en el valle tras la lluvia pasajera. Los pastos parecen mullidas alfombras donde poder tumbarse plácidamente. Nos gusta la aventura, alejarnos de la civilización, vivir al aire libre, observar y sentir en la piel el paso de las estaciones... Estos días hemos recuperado la afición olvidada por mi tristeza patológica. Nos hemos reencontrado con las montañas y ha sido maravilloso.

Ya ha pasado una semana desde que se fueron, acogidos por ese amor recién estrenado que sin embargo cuenta con años de historia y recuerdos con los que llenar una vida entera. Los echo de menos, pero agradezco volver a mi soledad, escribir, la carrera matutina, la ducha caliente, el copioso desayuno con la voz ronca y desgarrada de Edith Piaf que aún conmueve al mundo.

Hoy estaba en el escritorio de mi habitación, escuchando la lluvia caer sobre el tejado, corrigiendo y pensando, cuando han llamado a mi puerta para decirme que tenía una carta, una extensa carta de Jaime.

Lo primero que me cuenta es que el Pelirrojo ha huido del país, así que de momento no me dará ningún susto. También habla de las repercusiones que el documental de Irene y el informe de IMARA están teniendo en los medios de comunicación, en el gobierno y la oposición. Las críticas al carácter represor de la Ley de Extranjería, basado sobre todo en el control policial del flujo migratorio, han provocado la intención de efectuar reformas centradas en la acogida e integración. Me alegro de que tus utopías se acerquen al horizonte, que las cosas cambien, aunque solo sea un poquito.

Ahora yo también he cambiado, no solo hablo de mi resurrección personal; ya no soy impasible, solo es eso. Sufro más, en la ignorancia se vive más tranquilo, pero mi sufrimiento está provocado por la superioridad económica, es un puñal de remordimiento; pertenezco a una sociedad «moderna y avanzada» que olvida a las dos terceras partes de sus congéneres. Pienso en los problemas que me he creado a mí mismo, cuántas veces he dejado de observar a mi alrededor y no he dado gracias por todo lo que me ha sido dado, todo aquello que yo pensaba que me correspondía por derecho, que me lo merecía, y sin embargo ahora lo veo claro: solo es una cuestión de azar. Doy gracias al azar por haber caído en el lugar adecuado en el momento preciso.

Gracias, Sofía, has conseguido que algo cambie dentro de mí.

Después Jaime da paso al tema que en realidad más me inquieta. Cómo se ha tomado tu familia, y sobre todo tú, la lectura del borrador:

Querido Ángel, he hablado con cada uno de ellos, pero no puedo resumirte todo lo que sintieron, lo que debatieron y concluyeron. Puede que la mejor forma de expresarlo sea contarte una historia, sé que te encantan las buenas historias.

Ayer un niño del barrio volvió a preguntar por qué Arturo está en una silla de ruedas. Ante el silencio de todos, ya aburridos de inventar, fue el propio Arturo quien respondió: «Por culpa de un escritor muy famoso. Estaba acabado, muy triste porque sus personas más queridas habían muerto, el caso es que el tío estaba hecho polvo, bebía, no escribía, no veía a nadie... Un día iba conduciendo borracho y me atropelló y el muy miserable se dio a la fuga. Pero se sentía tan mal que acabó volviendo para salvarme. Luego fue a verme al hospital, se hizo con mi gente porque en el fondo es un

buen tío... La verdad es que, como dijo mi madre, si no le conociera diría que es un cabrón, pero como le conozco... Además, ha ayudado a que pillen a los malos y ha escrito un libro estupendo de todos nosotros, aunque solo cuenta lo bueno, ya le diré yo los trapos sucios... Lo que no le perdono, por mucho que me llame rey, es que sea un ladrón de diarios, eso no se hace. Pero ya ves, como él mismo escribió: es lo bueno de los buenos escritores, se vuelven como de la familia».

Quisiera pensar de dónde sale la Historia con hache mayúscula, si no es de las raíces de las vidas que se hunden en la memoria de las personas. Y como tú bien has dicho, las personas somos imperfectas, por eso la Historia sería una imperfecta recopilación de hechos y de vidas. Por ejemplo, mi propia historia contada por mí no es más que eso.

Mi propia versión interpretada por Arturo y los tuyos no es más que eso.

Si una historia cotidiana y sin importancia tiene tantas maneras de enfocarse, de contarse y de interpretarse, ¿cómo no va a ser así nuestra propia historia, y la que se cuenta del mundo? Leí un libro sobre la reina Juana de Castilla contado por Bethany Aram. Debido a que la mayoría de los datos disponibles sobre Juana parecen parciales y mediatizados, este estudio intenta evitar la tentación de condenar a la reina como loca o defenderla como sana: «Numerosos estudios han sugerido que la definición y el tratamiento de la locura pueden revelar más sobre un momento histórico en particular que acerca de los mismos individuos locos».

Por esto quizá lo importante no es que las historias sean ciertas en su totalidad; lo importante es la historia en sí, lo que ha dejado, lo que cambia, lo que aporta, lo que hace sentir, en qué momento se cuenta y por qué. Además, hay que aceptar que siempre estamos dispuestos a creer más a unos que a otros, para eso sirven los ideales y los amigos.

Me adentro en el monte y sigo el atajo entre los árboles para llegar a la punta de San Emeterio, donde en un acantilado, a más de sesenta metros de altura, cuelga un faro. Dicen que su señal produce una apariencia de destellos equidistantes cada cinco segundos. Lo miro unos instantes y sigo caminando por el espectacular entorno de acantilados que se desploman directamente sobre el Cantábrico hasta llegar a la cueva del Pindal. Es una cavidad con forma de túnel de unos trescientos metros de longitud; las manifestaciones artísticas se concentran en una única pared iniciando y acabando con signos, trazos lineales y series de puntos. El motivo principal lo constituye el dúo del caballo y el bisonte. Un hombre mayor, con marcado acento asturiano, me cuenta una bonita leyenda que explica una de las pinturas rupestres más originales de Asturias y la tengo

ante mí: la silueta de un elefante que guarda, dentro de su contorno y a la altura del pecho, una mancha roja en forma de corazón, por lo que se le conoce como el Elefante Enamorado.

Hace mucho tiempo, cuando los hielos cubrían Europa, llegaron a Asturias grandes animales como los mamuts. Los primitivos pobladores organizaban cacerías valiéndose de palos afilados y flechas. Sin embargo, estos medios rudimentarios no eran efectivos con los grandes mamíferos, por lo que idearon unas trampas que consistían en grandes agujeros llenos de estacas afiladas tapados con palos y hojarasca para engañar a los animales. Una noche una pareja de mamuts merodeaba en las cercanías de la cueva del Pindal. Cuando la tribu se percató de su presencia, se escondieron para situarse detrás de los animales y hacer mucho ruido, de forma que se asustasen y corrieran hacia la trampa de la que no podrían escapar. La pareja de mamuts se separó, y mientras el macho se defendía, la hembra se dirigía inexorablemente hacia el foso. Cuando quedó atrapada, el macho lanzó un gran alarido de rabia y se dirigió a la cueva del Pindal, de donde jamás saldría. Su particular luto fue encerrarse entre esas piedras hasta que su enorme corazón también se petrificó y su imagen grabada quedó como símbolo de ese amor perdido.

Regreso a la posada pensativo, sin dejar de ver la figura de ese animal perenne, sin dejar de pensar cómo terminaba Jaime su misiva:

«Sofía no me ha dado su opinión, no ha dicho nada, solo quiere verte. Irene ha sido la encargada de decírmelo: el viernes, a las siete, en el café El Jardín Secreto de la calle Libertad. No faltes, Ángel, no me seas capullo».

Con su sola presencia, aligeraba la pesadumbre de vivir.

En la cafetería, en una reseña del libro Señora de rojo sobre fondo gris, de Miguel Delibes

—¿Por qué querías verme?
—Porque te das cuenta de cuándo se hace de noche... y porque se supone que es lo que tenía que pasar, es lo que todos esperan, que te conozca.

—A mí me importa lo que esperas tú. Estás muy seria, supongo que estás enfadada...

—¿Por atropellarme y robar mi diario?

—Lo siento.

—Ya lo sé, lo dejaste escrito en mi tobillo... Anda, hablemos de algo más ameno. No sé casi nada de ti..., quiero cotillear, llevas meses investigando en mi vida y yo no sé ni cuál es tu película favorita o tu comida preferida... o las cosas que detestas.

—Tienes todo el tiempo que quieras. Además, has leído mis libros, eso ya es algo, ¿no?

—Pues no lo sé, ¿es verdad que te gustan las cejas pobladas?

—Sí, y la piel desnuda después de hacer el amor. ¡No me mires así! Vale, a ver, me gusta cuidar a la gente.

—...

—Me gusta cocinar. Soy experto en preparar platos sorpresa con todo lo que encuentro en la cocina...

—...

—Me encanta el cine, el teatro..., me gusta mucho improvisar, ¿sabes? Soy como los Beatles, que salían al concierto sin saberse las canciones, ¿es verdad! ¿No me crees? Inventaron los estribillos porque no se sabían las canciones y

cuando se atascaban se miraban y volvían a repetir la estrofa anterior hasta que uno se acordaba y seguían con el tema...

—Ángel, pareces un anuncio de «cómprame, no te arrepentirás».

—Lo siento, estoy nervioso... No sé si me odias o no y cuando te he visto aquí sentada..., desde la calle... Eres como una musa...

—Ya lo creo, si no me atropellas, no escribes un libro tan bueno ni de coña..., por no hablar de mi diario...

—Como iba diciendo, te he visto y he estado cinco minutos observándote desde lejos..., no me atrevía a entrar, estaba preparando qué decirte y disfrutando de tu imagen viva. Cuando me he sentado, nos hemos dado dos besos, hemos pedido los cafés y hemos sonreído como dos desconocidos que se conocen demasiado... y me he quedado en blanco. Te propongo un plan, podemos hacer una pregunta cada uno.

—¿Solo una? Qué difícil... Empieza tú.

—¿Por qué tu diario está escrito con bolígrafo de color verde?

—¿Esa es tu pregunta? Vaya, pensaba que probarías algo más íntimo.

—No, eso prefiero descubrirlo yo. Además, no hay nada más íntimo que las pequeñas excentricidades de cada uno.

—Me gusta el color verde porque es diferente y alegre y poco serio.

—¿Y qué son esos malditos círculos que dibujas a veces en los márgenes?

—Ah, eso lo pongo cuando estoy ovulando, pero ¿no era solo una pregunta? Me debes dos, o mejor empezar de cero, como si este fuera nuestro primer encuentro.

—En realidad lo es.

—Me refiero a como si tú no me hubieras atropellado, leído mi diario, descubierto a los malos, escrito un maravilloso libro, ¿te había dicho que me pareció mágico?, a todos nos lo pareció, aunque estamos deseando leer el final...

—Tu madre estará muy desilusionada...

—¿Mi madre? Bueno, dijo algo así como ¡así que fue él, pues vaya faena! Pero ¿no leíste mi diario? Ahí explico cómo es ella, ¿no te acuerdas?

—Perfectamente.

—¿Y qué opinas?

—Que tienes razón: no juzga, solo respeta y acoge, ese es su código de amor.

—Pues eso.

—El final lo estamos escribiendo ahora. De todos modos, si es lo que quieres...

—¿Dónde vas?

—Voy a empezar de cero, espera un momento..., no te vayas, ahora vuelvo.

—...

—Hola, buenas, ¿te importa que me siente en esta mesa? Es que es la única con sofá y estupendas vistas de la calle...

—Claro, siéntate.

—Me llamo Ángel Álamo.

—Sofía.

—¿A secas?

—Sí, me gustan los nombres sin apellidos.

—¿Te pido otro café?

—Por favor, un manchado.

—Te he visto nada más entrar... Miento, te he visto desde la calle y he decidido entrar y sentarme a tu lado...

—¿Y eso?

—Estás muy buena. ¡No pongas esa cara, no te rías, es cierto! Y además, tú lo sabes y sabes sacarle partido a tu belleza..., esa camiseta tan escotada, por ejemplo, se te ve la clavícula y se intuye el principio de tus..., que te queda muy bien. El pelo tan corto deja el cuello al aire y se te ven las orejas... ¿Por qué te rías? ¡Lo digo en serio! Tienes unas orejas espectaculares, ¿no lo sabías?, con la hilera de pendientes tan pequeños... Se nota que esperas a alguien, alguien a quien te apetece gustar, ¿me equivoco?

—Un poco.

—¿Tus orejas no te parecen espectaculares?

—A la persona que espero ya sé que le gusto.

—Vaya, o sea, que no hay misterio.

—Para mí sí, yo no sé si él me gusta.

—Y cómo te gustan a ti.

—Que me haga reír, que me cuide, que tenga conversación para una vida entera y me haga el amor como si se fuera a acabar el mundo.

—Creo que soy tu hombre. En serio, ¿ves?, te has reído y te aseguro que sobre todo lo último puedo hacerlo...

—Bueno, acabamos de conocernos.

—¿No tienes hambre?

—¿Cómo?

—Si tienes hambre, el tipo al que esperas parece que te ha dejado plantada. Podemos ir a mi casa y comemos algo... Vivo cerca.

—Está bien. No, espera, esto lo pago yo.
—Huele a aire de tormenta.
—Va a ser una tormenta eléctrica.
—¡Menudo relámpago! ¿Lo has visto?
—Me están cayendo gotas. ¿Tu casa está muy lejos?
—No mucho, pero ¡corre!
—¡Son gotas heladas!
—Correr bajo la lluvia siempre me ha parecido muy romántico.
—¿Lo tenías preparado?
—Si lo hubiera preparado, te habría avisado para que no te pusieras una camiseta tan fina..., se te transparenta todo.
—¿Y eso es malo?
—Malo no, irresistible.
—A ti te sienta bien el pelo mojado..., pareces un animalillo salvaje.
—Un animal no sé, pero te aseguro que ahora me siento un verdadero cavernícola...
—¡Joder, se va a vaciar el cielo!
—Ese es mi portal, ¡corre, cierra la puerta!... Vaya, qué silencio aquí dentro... Estás tiritando.
—Estoy empapada, ¡qué ascensor más pequeño!
—Me da un poco de claustrofobia, pero como estamos mojados, no quería manchar la escalera... ¿Te aburro?
—¿Seguro que esta es tu puerta?
—Sí, joder, es que se atasca... Ya está, adelante.
—Tu casa parece sacada de una peli de David Lynch, con todo tan rojo, tan negro y siniestro, inquietante..., ¡yo también tengo ese póster de Bruce Lee! Es bonita la frase.
—Entrenaba unas ocho horas y corría cerca de dieciséis kilómetros diarios..., tenía casi treinta y tres años cuando murió y los médicos aseguraron que su cuerpo no representaba más de dieciocho años biológicos.
—Era un filósofo, su teoría de la confrontación del Jet Kune Do, aquello de que el individuo está más limitado por sus propios prejuicios e ideas preconcebidas que por la agresión del adversario... ¡Parece que vendes libros! Tienes montañas por todos los rincones y llenos de polvo, no sabía que podía haber alguien más desastre que yo.
—Yo tampoco hasta que entré a tu casa.
—Mi casa está mucho mejor que... esto.

—Tuve la fortuna de estudiar en una época en la que se experimentaba con la enseñanza. En mi colegio no había libros, intentaban potenciar al máximo la creatividad y te enseñaban a resolver problemas y enfrentarte a las cosas..., el orden no era tan importante.

—...

—Una vez salí con una chica que me dejó su coche y se lo rayé. Me dijo que si no cuidaba sus cosas, era porque ella no me importaba o porque era un egoísta, yo le dije que ella sí me importaba, pero su coche no... Se enfadó mucho y con razón, supongo..., era muy repulida, hicimos un *trekking* en Nepal y se aseó con una toallita de esas de jabón y luego la dejó tirada en el campo, además fumaba, ¡pero claro, no le gustaba que su impoluto coche oliera a tabaco!, así que no usaba el cenicero y tiraba la colilla por la ventana..., le importaba mucho cuidar las cosas, pero ¡a la mierda el planeta!

—¿Siempre hablas así, compulsivamente?

—No..., estoy nervioso...

—¿No me vas a dejar nada?

—¿Quieres una toalla?

—Nada para descubrir.

—Aún no me has visto desnudo.

—Quítate la camiseta.

—¿El pantalón también?

—No, primero quiero verte así, con los vaqueros y sin camiseta. Vaya, tienes un tórax muy musculoso y suave... Me gusta... Sin pelo, en la cara tampoco tienes casi pelo... ¡Eh, eh! Tú no me puedes tocar.

—¿Esas son las normas?

—Exacto, ahora quítate los pantalones.

—¿Estás segura?

—...

—Vale, tú lo has querido...

—¿Creías que me iba a reír de tu erección?

—¡Y te estás riendo, cabrona! Ya te digo que a tu lado me siento un cavernícola... No sé por qué no salto sobre ti.

—Porque te gusta jugar.

—¿Tú no te quitas la ropa mojada?

—Aún no. Dame la mano, eso es, tócalo todo, quiero que lo imagines... A ti es lo único que te falta por descubrir.

—Lo estoy deseando..., pero tengo otra pregunta que hacerte.

—¿Ahora?

—¿Te enterabas de algo mientras estabas en coma?

—Supongo que sí, me acuerdo de tu olor.

EPÍLOGO

DE PIEL Y SUEÑOS

Quiero que me digas, amor, que no todo fue naufragar, por haber creído que amar era el verbo más bello. Dímelo, me va la vida en ello.

Silvio Rodríguez. Aquella noche, mientras hacíamos el amor

Ni siquiera quería nacer, morí dos veces, una de hipotermia y otra de tristeza. Las dos muertes son igualmente dulces, frías, aterradoras; las dos veces el cuerpo se enfría y el alma se escapa a ninguna parte. Pero entré en ese hospital junto a ti y volví a colarme en la espesa jungla de la vida.

Cada uno tiene su manera de vivir y de morir. Creo que si Silvia se hubiera quedado con nosotros, nunca se habría arrepentido. Pero también me conmueve ese Elefante Enamorado que decidió no volver a oler las flores, ni ver el sol, ni sentir el aire sobre su dura piel de mamut... para morir de amor.

Duermes, puedo escuchar tu respiración desde mi escritorio, también escucho las campanas de San Marcos, aunque no sé qué hora han dado.

Los finales de los libros siempre me cuestan, empiezo una nueva vida contigo, pero aún tengo que terminar esta historia y cumplir una promesa. En tu diario ponías que el que lo leyera debía revelar aquello que fuese lo mejor del mundo y de la vida... Cuando lo leí, ni siquiera yo sabía que tú eras mi futuro; que contar historias levanta una barrera contra el dolor; que hay quien decide quedarse y quien prefiere irse y dejarnos un duro vacío.

Existe un reloj en la Universidad de Chicago, llamado el Reloj del Juicio Final, que perpetuamente se encuentra a punto de cumplir la medianoche. En este reloj, la medianoche metafóricamente representa una guerra mundial que acabará con toda la civilización. Sus cuidadores son los hombres y mujeres del *Boletín de Científicos Atómicos*, una publicación que se fundó en 1945 por los científicos del Proyecto Manhattan, y en él han contribuido Einstein, Edward Teller, Carl Sagan, Al Gore, Isaac Asimov, Arthur C. Clarke..., entre otros.

Cuando se creó en 1947, se fijó a siete minutos de la medianoche. Ha ido variando su hora a lo largo de los años, acercándose o alejándose de la medianoche según los dictados de la política mundial. Desde la guerra fría, muchas personas creen que el reloj ha perdido su significado apocalíptico; pero el movimiento, adelante o atrás, sigue reflejando la percepción del peligro de sucesos catastróficos.

He tenido ese reloj dentro, a punto de marcar la medianoche, durante más de dos años. Ahora sé que solo quiero que el fin del mundo me pille a tu lado.

Un día despertaste y me dijiste que se había ido demasiada gente: su ausencia marca tus días. Aun así, entre lágrimas, con tus pestañas enredadas y tus cejas despeinadas, aullaste que hay muchas formas de enfrentarse a la vida, y que tú prefieres quedarte. Nos abrazamos y seguimos construyendo nuestro futuro de desheredados alimentándonos de toda la felicidad de cada día. Aunque solo fuesen ratitos, cada uno de ellos merecía de sobra habernos quedado. Mi reloj de la medianoche se ha parado, ya no hay una catástrofe inminente dentro de mí.

Después de hacer el amor por primera vez, después de que yo te preguntara si serías capaz de perdonarme, me preguntaste si estaba preparado para quererte. Supongo que te referías a si había dejado de querer a Berta. Sí, Sofía, estoy preparado, es irremediable, ya lo siento, no podría evitarlo; pero no he dejado de querer a Berta, porque nunca dejas de amar a quien de verdad has querido.

He escrito esta historia en pasado y en presente. Pero el final lo voy a contar en un hipotético futuro. Porque no hay nada más esperanzador que creer en el mañana.

Cuando despiertes iremos a la plaza de San Marcos a tomar un café mientras lees en alto cualquier libro, en la ciudad más literaria de todas. Pasearemos por calles estrechas y sin circulación, envueltas en un mágico silencio de piedra, perfumadas con el limpio olor de la ropa tendida, y volveremos a este pequeño hotel frente al Adriático, para seguir perdiéndonos en nosotros mismos.

Dentro de unos meses será la presentación de este libro, supongo que acudirán todos los que están. El inmortal librero de mi infancia, mi hermana y Jaime disfrutando de su descubrimiento mutuo, el enamorado tuerto de Camerún, La Que Ríe Llorando reencontrada con su Guapo, la silenciosa Edne y su niño Azaro, que tiene toda la vida por delante..., ¿conseguirá cambiar el mundo? Como mínimo será un héroe silencioso, como su madre. También estará Hugo y ese infinito que es tan grande como tú quieras. Irene, cámara en mano,

cortando el aliento a su paso con sus ojos como un cielo de verano. Y la dura y eficiente inspectora Martos, que cree en los villanos. Esa familia tan entrañable, al completo, coronada por el Niño Rey, que vive su vida con alegría y fuerza, y nos llena la existencia de motivos para seguir. Y tu madre, capaz de hacer milagros cada día, y Bela Lugosi, que ya no quiere ser vampiro..., incluso puede que el Pelirrojo, fugitivo, nos espíe desde algún rincón.

Y, aunque no creo en nada, sí creo que también estarán los que se fueron. Mis padres en su vieja ducati con el aire golpeándolos con fuerza, aferrados a la idea de que los que se quieren tienen que estar juntos. Paca y Silvia abrazadas a cualquier luna roja. Tu padre por fin tocando las nubes mientras salva a algún niño enfermo de tristeza. Y Abel comprendiendo por qué nos hacemos tanto daño; es el precio del libre albedrío. Mi Berta con su ropa de pana y ese aspecto sano e invencible, acunando a nuestra hija...

Te miraré dormir como tanto tiempo te he visto dormir, con el otoño colándose por la ventana y ese sol oblicuo y débil. Me preguntarás qué es lo mejor del mundo y de la vida. «Los sueños y la piel», te diré.

Esa piel desnuda después de hacer el amor, con el brillo del sudor, y el sol que te roza desde la ventana.

racias a todos los que me han prestado sus vidas y su compañía.

Gracias a Sergio por existir. Al bolígrafo rojo de Bego que escribe y tacha y sugiere, inventa y pinta corazones... y hay tanto de él aquí. Por lo mismo, gracias a toda su tribu: Marta, Ana, Alberto..., que cuida de Valentina mientras corregimos y siempre me cobija en ese hogar.

A mi padre, que me enseñó a creer en las palabras, en ese lugar donde el cielo y el mar se unen.

En especial gracias a todas las mujeres de mi vida.

Mi madre; la genial matriarca que acoge y acepta y nos enseñó todo lo que está y lo que no está en los libros.

A mis hermanas: Pura, que ríe llorando y me ayudó con todo el tema hospitalario. Rosa, que tecleaba mi primera infumable novela cuando yo era una niña y me acompañaba en cada locura con su insaciable espíritu aventurero. Coqui, su familia, su historia y su euforia en estado puro. Miriam, su apoyo, su inspiración y su valentía, ese roble que me protege y me sustenta. Mar, con su terremoto de energía y los viajes de Peli que tanto me hicieron soñar. Arancha, la presidenta de mi club de fans, que siempre creyó que este libro era el mejor del mundo. Begoña, mi compañera en la vida y la literatura.

A Conra, que siempre estuvo ahí.

A mis amigas del alma, Mariona y Raquel, por los viajes, las risas, los gabinetes de crisis..., por caminar a mi lado. A Raquel y aquella noche en «Babel», a Mariona por leerme y crearme.

A Mali y su tierra lejana y su añoranza y su compañía. A Jillian, siempre cálida compañera de risas y crianzas.

A mi hermano, el seductor inevitable, ese pedacito de papá que corretea por el mundo.

A todos «mis» niños: Miriam, Ángela, Gonzalo, Juan, Ana, Ángel, Diego, Carolina, Marta, Javi, Nil, Uma, Míah, Valentina, Isabel, Silvia y Bruna. Por dejarme crecer a su lado.

Gracias a Aitor por su lealtad y apoyo, a Trond porque no hay distancias para dos amigos que se quieren.

Por su increíble ayuda en la labor de documentación y orientación en muchísimos aspectos, miles de gracias a Carlos Ugarte, con su hablar callejero y su lucha incansable, sin él este libro no habría sido posible.

Gracias a las ONG Médicos Sin Fronteras, SOS Racismo, ACNUR.

También mil gracias al caballero andante Fernando Sánchez Dragó, que siempre me ha apoyado en este arduo camino de la escritura.

Por su ayuda con todas las terminologías médicas, gracias a Elena y Gloria.

Gracias a Silvia Vidal por su cueva, a Nick por su poesía. A Darío y su paseo en helicóptero. A Juan Varela por sacar tiempo para leerme. A Ana Mañeru, que me ayudó a comprender el valor de cada palabra. A Fernando Schwartz por apoyarme tanto. A Juan Olarte por su «infinito» y más consejos.

A mi editora Raquel Gisbert por creer en el proyecto y luchar por él. También a Maya Granero por todas sus estupendas sugerencias y correcciones, por trabajar de corazón.

A otros que leyeron estas páginas con ilusión antes de ser nada: Jordi, Gema, Dani, Beata, Silvia, Pep, Magali, Elena, Olga, Eva López, Manolo, Manuel Bellisco, Concha, Manuela, Felipe Colorado, Oriol Martí, Ana Martí, Key...

A Ana Sanz por esa conversación que impulsó tanto este relato.

A Regino y esas copias tan a tiempo.

A José Yáñez, el mejor webmaster.

Mi más sincero agradecimiento a Carlos Revés por creer en las personas y las historias.

Para terminar, doy las gracias a un recuerdo entrañable: Valentina durmiendo con la cabeza sobre mi hombro, su respiración dulce, tumbadas en la cama, el río suena fuera, Sergio también hace su lectura número mil mientras yo corrijo este manuscrito y sueño con nuevas historias.

La piel desnuda
Patricia Blasco
ISBN edición en papel: 978-84-8460-954-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Patricia Blasco, 2011

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2011
Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones PI Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid
(España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2011

ISBN: 978-84-8460-983-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com